



EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA
Super Región Hispanoamericana

¿QUIEN DICEN LOS HOMBRES QUE SOY YO?

ENCUENTRO INTERNACIONAL
DE LOURDES 2006

TEMA DE ESTUDIO

Equipos de Nuestra Señora

MOVIMIENTO DE ESPIRITUALIDAD CONYUGAL

SECRETARIA SUPER REGION HISPANOAMERICA

Caminiaga N° 2661 B° San Carlos

Córdoba CP 5014

Córdoba- Argentina

Teléfono 54 (351) 4644193

ens_hispanoamerica@hotmail.com

www.enshispanoamerica.org

Impreso por Macoformas Ltda Mayo 2005

CONTENIDO

índice

Introducción	7
Presentación del tema de estudio	8
Como se articula nuestro tema de estudio	10
¿Quién soy, según la gente?	10
¿Para ustedes, quién soy yo?	10
Tú eres Cristo, el Hijo de Dios.	10
Advertencia	11
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	12
Para continuar la reflexión	12
Primera reunión	13
El hombre en busca de Alguien que dé sentido a la vida	14
Buscar el sentido de la vida	14
Buscar las respuestas	15
a) El proyecto tecnológico	15
b) El proyecto consumista	16
c) El proyecto libertario	16
Para reflexionar sobre palabras de hombres	17
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	19
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	20
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	20
Segunda reunión	21
Los hombres desean paz y justicia para todo el universo	22
La paz	22
La justicia	23
La paz y la Justicia como unidad indisoluble	24
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	25
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	26
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	27
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	27
Tercera reunión	29
El alcance universal de la fe	30
El valor de la alteridad, fundamento del ecumenismo	30
La unidad de la fe contra la división de las fes	31
¿Somos promotores de división?	31
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	32
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	34
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	35
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	35
Cuarta reunión	37
La vocacion personal: “Mi nombre está en los cielos”	38
Construir nuestra identidad	38
Recibir su nombre	39

Para nosotros, todo es don	40
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	41
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	43
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	45
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	45
Quinta reunión	47
El llamado a formar una pareja: conciencia de la vocación conyugal	48
El llamado a ser persona	48
El llamado a forma pareja	49
Fundamentos de la relación conyugal	50
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	50
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	52
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	54
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	54
Sexta reunión	55
La respuesta personal y la respuesta de la pareja	56
Matrimonio, sacramento permanente	56
Formación permanente	57
La fecundidad de la pareja	57
La fecundidad: un don para transmitir	58
El ministerio de la pareja	58
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	59
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	62
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	63
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	63
Séptima reunión	65
Acoger a los demás para acoger al Señor	66
¿Cuándo termina la noche?	67
Del miedo a la franca acogida	68
El rostro del hombre es el rostro de Dios	68
Los otros más cercanos	69
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	69
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	71
Plegaria "desnuda" de Juan Arias	71
Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse	72
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	72
Octava reunión	73
"¿Quién dice la gente que soy yo?" – "Tu eres Cristo, el Hijo de Dios"	74
Al final de estas reflexiones...	74
...existe una respuesta...	75
Dios no nos salva sin nosotros	76
La respuesta indispensable del hombre	77
Para reflexionar sobre las palabras de los hombres	78
Para reflexionar sobre la Palabra de Dios	79

Una sola pregunta para mí y para nosotros: el deber de sentarse ... y luego para Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo	81
	81

Anexos

Charlas Colegio ERI 2004 Rio de Janeiro - Brasil	83
--	----

«Y VOSOTROS, ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?»

Francisco y Silvia ASSIS PONTES SR BRASIL	84
Introducción	84
I/ El contexto de la pregunta	84
II/ ¿Qué muerte debemos vencer hoy?	85
III/ ¿Sólo la Fé o el Amor?	86
IV/ De la fidelidad a las exigencias concretas del Evangelio.	86
V/ ¡Dichosos los que comprenden que la obra es de Dios!	88
VI/ ¿Y vosotros, quién decís que Soy Yo?	88
VII/ La solidaridad en el compartir y en la comunión	89
Conclusión: Yo quiero ver tu rostro, Señor.	90

CRISTO, SEÑOR DE LA HISTORIA

<i>Mons. François FLEISCHMANN Consejero Espiritual E.R.I.</i>	91
Introducción	91
I/ Jesús ¿Cómo descubrirlo?	93
II/ Cristo, Salvador	95
III/ Jesús, Hijo de Dios	99
IV – La reflexión continúa	100
Para concluir	101

“Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elias; otros, que uno de los profetas” (Mc 8,28)

<i>José y María Berta MOURA-SOARES SR PORTUGAL</i>	103
Introducción	103
I/ En Cesarea	103
II/ En el mundo actual	105
III/ Falsos profetas	105
IV/ Denuncia profética	106
V/ El testimonio	107
VI/ CRISTO, Fuente de Esperanza	108

«¿QUIÉN DICEN QUE SOY?»

Jan y Peter RALTON SR OCEANIA	110
-------------------------------	-----

«¿Quién soy yo?» «Tú eres el Cristo».

Colette y Marín VOISIN SR France-Luxemburgo-Suiza	116
I/ ¿Qué importancia reviste para nosotros la Persona de Jesús a quien llamamos Cristo?	116
II/ ¿Qué es Cristo en nuestra vida de pareja?	120

BIBLIOGRAFIA

	123
--	-----

INTRODUCCIÓN

Antes que nada una advertencia: este tema es sólo para aquellos equipistas que se atrevan a adentrarse en el misterio del encuentro personal con Jesús. No hay modo de leer este material, reflexionarlo y tratarlo en equipo, evitando que nos interpele personal y conyugalmente. No se trata de un tema "Light".-

A lo largo de los ocho capítulos plantea un itinerario de reflexión y formación de entrañable humanidad. Y es que cuanto más nos acercamos a la persona de Jesús, más comprendemos acerca de nosotros mismos, por que El asumió completamente nuestra humanidad y la redimió.-

Y si necesitamos ampliar nuestra mirada sobre los temas propuestos para cada reunión, el anexo al final del libro agrega los temas trabajados para la reunión del Colegio ERI 2004, de gran interés y riqueza.-

Por último, una invitación: unámonos de corazón a la preparación del Encuentro de Lourdes 2006; este tema de estudio es una oportunidad de sintonizar con el Espíritu que en esos días estará actuando en el movimiento a través de los asistentes al evento (verdaderos canales de gracia para sus Sectores y Regiones).-

¡ Ojala busquemos a Cristo antes que nada !

Y así al final del libro, podamos decir, junto a Pedro: *"Tú eres el Cristo"*, y seamos testigos de esta verdad para todos los hombres.-

Lila y Carlos.

PRESENTACIÓN DEL TEMA DE ESTUDIO

¿Por qué escogimos esta página del Evangelio como el tema de estudio que deberá conducirnos, poco a poco, a nuestro próximo Encuentro Internacional? Existen múltiples motivos y tal vez cada uno de ustedes podría encontrar otros. Pero el más importante de todos es el siguiente: nuestra época exige de nosotros una *toma de conciencia de la fe* a la cual no podemos ni debemos sustraernos, si queremos vivir plenamente nuestra identidad de seres humanos, de creyentes y de compañeros de equipo.

En efecto, el hombre de hoy, y el creyente aún más, está llamado a una autenticidad profunda; está llamado a dar cuenta de su fe y, para hacerlo, debe llegar a tener una conciencia clara de dicha fe. Es Jesús quien hace un llamado a nuestra inteligencia de la fe, a nuestra investigación crítica de creyentes adultos; es Jesús quien nos exhorta a adoptar una actitud de escucha, de investigación, de intercambio y de diálogo; es Jesús mismo quien nos interroga para hacernos comprender que sólo una fe capaz de interrogarse a si misma puede recibir, escuchar y reconocer la Palabra de Dios y las palabras de los hombres. *Conocimiento y vitalidad* serán los frutos de nuestra profundización y la meta de nuestro itinerario.

Jesús pregunta a sus discípulos: “Según lo que dice la gente ¿quién soy yo?”. Los discípulos no parecen comprender bien el sentido de la pregunta. Jesús insiste: “Para ustedes ¿quién soy yo?” La respuesta es simple y clara: “Tú eres el Mesías”. No obstante, veinte siglos después de aquel día, la pregunta sigue viva para cada uno de nosotros; es la pregunta que atraviesa la historia humana y la historia de cada uno de aquellos que se dicen creyentes. Responder: “Tú eres el Mesías” no basta, porque nuestra respuesta exige la conversión de nuestra vida para seguir realmente a Cristo. Es por esto que, antes de llegar a pronunciar nuestra respuesta personal de hombres y mujeres de fe –“Tú eres Cristo, el Hijo de Dios”– tenemos que llevar a cabo una toma de conciencia que nos lleve a renovar con total lucidez nuestro acto de fe.

Así, el objetivo de este tema de estudio es el de proponer un proceso de reflexión y plegaria partiendo de una pregunta más personal: ¿Quién soy yo? ¿Qué busco en mi vida? ¿Qué pienso, qué digo, que hago para dar un sentido a mi vida y para dar consistencia a mi fe? Esto debe permitirnos finalmente llegar a escuchar y entender la pregunta que nos hace Cristo: “¿Quién dicen ustedes que soy?” y responder con total claridad: *“Yahveh es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre.”* (Salmos 23/22, 1-3).

¿CÓMO SE ARTICULA NUESTRO TEMA DE ESTUDIO?

Este pasaje del Evangelio contiene tres frases claves que constituirán el marco de nuestra reflexión. Se trata de dos preguntas y una respuesta, todas muy claras, nítidas, esenciales y, al mismo tiempo, radicales:

¿Quién soy, según la gente?

Es una pregunta de actualidad que Jesús nos plantea hoy también. ¿Quién es Jesús para la mayor parte de la gente en el mundo de hoy?... Muchos no lo conocen. Para otros, se trata simplemente de un personaje histórico. A la gran mayoría no le interesa.

¿Para ustedes, quién soy yo?

Es la pregunta que Jesús plantea a todos los bautizados, es decir a los que lo aceptaron formalmente como Cristo. Pero, entre ellos existen también varias categorías: a) Los indiferentes: aquellos que no tienen conciencia de la importancia de su salvación (la gran mayoría); b) Los ritualistas: aquellos que se apegan a los ritos y que tienen a veces enfoques religiosos de tipo mágico y hasta supersticioso (religiosidad popular); c) Los comprometidos: son los cristianos muy conscientes de la salvación del mundo que Cristo trajo y que tienen una relación personal con Cristo.

Tú eres Cristo, el Hijo de Dios.

Esta fue la respuesta de Pedro. El itinerario que les proponemos en este tema de estudio es el de hacer una reflexión personal para descubrir quién es Cristo para nosotros. De todas maneras, no debemos olvidar la respuesta de Cristo a Pedro que se encuentra en el texto de Mateo: *"Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos."* (Mateo 16,17). Así pues, los exhortamos para que intensifiquen su plegaria durante este año de preparación a la Reunión de Lourdes, pidiéndole al Padre, a través de Jesucristo y por intercesión de María, que les revele *"cuál es la Anchura y la Longitud, la Altura y la Profundidad... del amor*

de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios.” (Ef. 3, 18-19)

En el curso de las tres primeras reuniones, desarrollaremos y profundizaremos el alcance de la duda, la ansiedad y la búsqueda de un sentido para la vida que tiene que ver con cada hombre y en el cual se encuentra la humanidad entera: aún aquel que ha escogido la fe puede experimentar en ocasiones la duda y la búsqueda de sentido. La pregunta de Jesús, nos la hacemos nosotros mismos: “¿Quién soy?” “¿Qué estoy buscando?” “¿Qué es lo que deseo?” “¿Hacia dónde voy?” “¿Cuál es el ser humano que quiero ser y en el que quiero convertirme?”

La cuarta reunión nos ayudará a comprender cómo mi “yo”, mi identidad de ser humano, me es dada por Dios y es voluntad de Él pues “mi nombre está escrito desde siempre en los cielos.” (Lucas 10,20; Hebreos 12,23). No puedo separar lo que soy como hombre de lo que soy como criatura de Dios: soy parte integral del proyecto de Dios para toda la creación.

Por último, las tres últimas reuniones nos llevarán, a través de una progresiva toma de conciencia de nuestra vocación personal y conyugal, a ser hombres y mujeres creyentes y –especialmente como equipos y compañeros de equipo– al servicio de la Iglesia y del mundo, en forma determinada y consciente.

Nos encontramos ante una página del Evangelio que consideramos, como humanos del tercer milenio, de una actualidad impactante porque es una página que se dirige a nosotros en primera persona, para que demos una respuesta clara sobre el sentido de nuestra vida y nuestra fe. Quien nos plantea las preguntas es Cristo mismo: ante Él no podemos fingir, andarnos con rodeos, tergiversar, disimular. Delante de Cristo que nos interroga, no podemos sino rechazar o aceptar el desafío de la travesía; no podemos sino encerrarnos en el silencio o comenzar a dialogar: con nosotros mismos, con quienes están a nuestro alrededor, con Él. Pero si aceptamos emprender esta ruta, tenemos que hacerlo con seriedad y responsabilidad, porque el rostro que se presenta ante nosotros es el de Cristo mismo quien, sin palabras inútiles, nos mira directo a los ojos y nos pregunta: *“Para ustedes ¿quién soy yo?”*

Advertencia

Según nuestro humor, nuestra fatiga o estado de ánimo del momento, algunos pasajes de este tema o ciertos textos podrían parecer nos un

poco difíciles. Sin embargo, no por ello debemos desanimarnos, “no botemos la prenda con el agua del lavado”.

Si no entendemos el significado de alguna palabra, recurramos al diccionario para buscarla, de esta manera enriqueceremos nuestro vocabulario.

Recordemos que el tema de estudio trata de alentarnos a la reflexión personal, en pareja y en equipo, y que todo estudio exige un cierto esfuerzo intelectual. En efecto, el estudio del tema hace parte del capítulo de “formación”, dentro de la pedagogía del movimiento de los END.

Desde ya deseamos una buena formación para todos.

Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Varios textos nos son propuestos para alimentar nuestra meditación de la palabra de Dios.

Tal vez podríamos escoger uno en el cual profundizar durante todo el mes, en el cual ahondar cada vez más, al momento de nuestra oración cotidiana.

La plegaria comunitaria durante la reunión mensual podría estar basada en alguno de los otros textos del mismo tema.

Para continuar la reflexión

Los equipos que lo deseen encontrarán, en el anexo al final de este documento, la conferencia de Monseñor Fleischmann, Consejero Espiritual del Equipo Responsable Internacional, así como las intervenciones de 4 parejas Súper-Regionales, presentadas durante el Colegio de Río, en julio de 2004, sobre el tema: “*¿Quién soy yo, según la gente?*”

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



“¿Quién dicen los hombres que soy yo?”
Descubriendo a Cristo

(Marcos 8,27)

Primera Reunión

El hombre en busca de Alguien que dé sentido a la vida

El ser humano, a lo largo de su existencia, busca sin cesar el sentido profundo de su vida. En la historia de la humanidad, las diferentes culturas propusieron teorías y proyectos que podían dar respuestas satisfactorias. Pero la respuesta más cierta es la que todo hombre debe buscar por sí mismo: una búsqueda larga y profunda que conduce al encuentro de toda criatura con su Creador.

Buscar el sentido de la vida

Todo ser humano busca el sentido de la vida ¿Para qué vivir? Es una pregunta que nos planteamos tarde o temprano, una pregunta que se impone en todas las etapas importantes de nuestra vida y ante todas las decisiones que nos comprometen. Esta pregunta es un acicate y un estímulo constante.

¿Qué busca la mayoría de nosotros? ¿Qué deseamos cada uno? Sin duda todos buscamos, de una u otra manera, la felicidad y la paz; sobre todo en un mundo marcado por contradicciones, conflictos, injusticias y desorden. La impresión de estar desorientados nos lleva a desear un "refugio" donde buscar y encontrar un poco de paz. Pero en esta búsqueda desenfrenada, terminamos por pasar de una experiencia a otra, de una situación a otra, de un "amo" a otro, sin llegar jamás a alcanzar nuestro objetivo.

En realidad, toda vida tiene su sentido y cada uno debe trabajar sobre sí mismo y sobre su vida, a fin de buscar y encontrar sus respuestas.

Existen aquellos que hacen cosas muy simples, otros cosas muy complejas; lo importante es no confundir el sentido con la utilidad, con el éxito en la lucha por lograr nuestros objetivos, pues el sentido y el valor de las cosas y de los actos que hacen parte de nuestra vida residen en lo que éstos revelan de nuestro espíritu y en el significado que nos ofrecen y que dan a nuestras vidas. Así, los cuidados diarios de una madre hacia sus hijos no son menos importantes que la actividad de un jefe de Estado al servicio de su pueblo.

En nuestra búsqueda de sentido, a veces corremos el riesgo de quitarle sentido a las cosas que lo tienen, o bien de inventar o atribuir un sentido a cosas que carecen de éste. Ahí existe una tensión continua. Pero si, por nuestra cultura, nuestra economía o nuestra práctica política creamos las condiciones de una vida privada de sentido, no podremos quejarnos de que nuestra vida no tenga sentido ni buscar en otra parte, en la Iglesia, en la política, en el trabajo, el éxito, la felicidad, el placer, las respuestas a la pregunta esencial que nos interroga desde lo más profundo de nosotros mismos.

Buscar las respuestas

Todo ser humano busca respuestas fundamentales a la pregunta sobre las razones de vivir, porque *“...a diferencia de los animales, para los cuales el futuro se encuentra en su pasado, en el sentido de que está determinado por la naturaleza, el hombre, como ser libre y por lo tanto amo de su destino, no está determinado por el pasado; es capaz de proyectarse en su futuro y, sobre todo, es capaz de elaborar el proyecto de lo que él debe ser, del ideal y del tipo de hombre que quiere realizar. Así lo hizo siempre a lo largo de la historia. Las diferentes civilizaciones que se sucedieron –la civilización griega, la romana, la civilización medieval cristiana, la moderna– [...] todas han tenido un “proyecto de humanidad” y podemos decir lo mismo de la civilización actual. Pero existe una diferencia: mientras que las civilizaciones del pasado, homogéneas en lo esencial, proponían un único proyecto de humanidad, la civilización moderna y contemporánea, esencialmente pluralista desde el punto de vista ideológico y cultural, presenta por el contrario muchos y variados proyectos a los que responden proyectos de futuro también diferentes y hasta opuestos. Entre estos proyectos, los principales son, en nuestra opinión, los tres siguientes: el proyecto tecnológico, el proyecto consumista y el proyecto libertario.*

a) El proyecto tecnológico

“Es el proyecto de un hombre y un mundo rigurosamente sometidos a la racionalidad científica, en donde nada es dejado al azar, ni a la imaginación, ni al humor, sino que todo está determinado y previsto por computador, a fin de evitar errores y despilfarros económicos, desorden social y sufrimiento. [...] Este proyecto confía totalmente en la ciencia –a la que considera capaz de resolver los grandes problemas que plantea el desarrollo industrial actual– y, sobre todo, en la razón humana.

b) El proyecto consumista

“Según esta perspectiva, el hombre es visto ante todo como un ser que tiene “necesidades”, cada vez nuevas y mayores. El objetivo es pues satisfacerlas mediante la producción y el consumo de bienes materiales, cada vez más abundantes y de mejor calidad. El ideal al que tiende este proyecto es la creación de la sociedad del bienestar, una sociedad del “tener”, en donde todo hombre debe tener con qué satisfacer todas sus necesidades, tanto las primarias como todas aquellas necesidades creadas artificialmente.

c) El proyecto libertario

“Aquí el hombre es considerado como un ser que tiene “deseos”, los cuales son reprimidos por la sociedad mediante sus leyes, por la moral mediante sus “tabúes” y por la religión mediante sus preceptos. Así pues la propuesta consiste en liberar al hombre de toda “ley que lo oprima” y de toda “moral represiva”, para permitirle gozar de su derecho a la felicidad y, más que nada, de su derecho a ser libre de cualquier tipo de opresión y alienación. En esta perspectiva, se apunta a la creación de una sociedad libre, es decir aquella en la que cada uno tenga la libertad de satisfacer sus “deseos” de la forma que mejor le convenga.

“Esos “proyectos de humanidad” están presentes en la cultura actual y tienen gran influencia sobre nuestros contemporáneos. Su idea de “liberación” subyacente les confiere un particular atractivo. El hombre de hoy aspira a ser libre de todo condicionamiento y de cualquier tipo de coerción¹, ya sea esta de orden socioeconómico o de orden moral y religioso. Libre del sufrimiento, de la necesidad y del miedo. Estos diferentes proyectos de humanidad se presentan justamente como liberadores, pero ¿lo son realmente? O tal vez, en vez de liberar al hombre ¿es posible que refuercen sus antiguas servidumbres y hasta creen otras nuevas?”²

De una u otra manera, estamos anclados en estos tres proyectos de civilización, al tiempo que compartimos los valores propuestos por cada uno de ellos, probablemente más de uno que de otro. No obstante, en el fondo, no nos sentimos plenos; esto nos conduce hacia otra realidad que tal vez muchos de nosotros viven: el sentimiento de estar desorientados, de vivir en medio de lo provisional o lo precario con

¹ Obligación

² Raffaele Sacco, in *L'Osservatore Romano*, mayo 2003

relación a cualquier ideología y a cualquier proyecto. A nuestro alrededor, todo parece tan desprovisto de fundamento y significado que nos lleva a buscar en la evasión la respuesta a nuestra inquietud, o bien a interrogarnos cada vez más acuciosamente, sobre el sentido que debemos dar a nuestra vida. Esto puede desembocar en una actitud negativa que nos lleve a vivir resignados e impotentes, pero puede también brindarnos la ocasión de emplear los dones de nuestra inteligencia y nuestra libertad para escoger las vías que estimemos más auténticas para nuestra vida.

No se trata entonces de escoger una manera de ser hombre según uno u otro proyecto (tecnológico, consumista o libertario), sino más bien de comprender el verdadero sentido de lo que es una persona y de querer convertirse en persona.

Se trata simplemente de un "proyecto de humanidad" cuya meta, para todo ser humano, es la de convertirse realmente en una persona. Pero, ¿tal proyecto es posible? ¿No se requiere de una vida entera para realizarlo plenamente?



Para reflexionar sobre palabras de hombres

Los siguientes textos revelan, cada uno a su manera, la necesidad profunda de la persona de dar el sentido de su vida en medio del mundo y de su proyecto de civilización en el que está implicado.

Marianella García Villas, de El Salvador, abogada, parlamentaria y más tarde presidenta de la Comisión para los Derechos Humanos de El Salvador, asesinada el 13 de marzo de 1983 en la guerra civil de su país:

- ▲ *El sentido de mi vida es ser un pequeño elemento en la vida de mi pueblo; mi historia no es más que una parte de la historia de todo el pueblo, soy una mujer común y corriente. Pero, en El Salvador, las personas comunes y corrientes mueren, a menudo son encarceladas, se las hace desaparecer, se las asesina. En El Salvador, al igual que en el resto del mundo, los pobres, que son las personas más comunes y corrientes, no mueren de vejez sino de pobreza.*

Luigi Pintor, político italiano laico que se dice no creyente:

- ▶ *No existe nada más importante para hacer en toda una vida que inclinarse para que otro, cogiéndote por el cuello, pueda levantarse.*³

Don Carlo Molari, teólogo, consejero espiritual de uno de los Equipos:
*Hay muchos signos que muestran que es posible orientar positivamente el itinerario de la humanidad. Hay que reconocerlos, cultivarlos y difundirlos, para que la esperanza pueda tener fundamento. El primer signo de esperanza es la sed de interioridad y la búsqueda de espiritualidad. Esta búsqueda espiritual, que se hace hoy en día más intensa y apasionada, viene del hecho que el hombre está llamado a la felicidad, al bienestar y al dominio de las cosas. Y esta llamada, necesariamente, tiene efectos sobre la esperanza instintiva que lleva al hombre a encontrar en la vida la mayor alegría posible. Pero también exige [...] dejar definitivamente la lógica de la acumulación. Es una etapa que no se puede superar sin redescubrir la riqueza interior de las personas. De ahí la necesidad de un nuevo y vigoroso impulso de la interioridad. [...] Sólo una fuerte interioridad podrá ayudar a perseverar en la lucha contra la corriente. Para el hombre de hoy, el problema crucial es saber si existe una respuesta absoluta y definitiva a las expectativas históricas del ser humano o si, por el contrario, es posible vivir contentándose con respuestas parciales, provisionales, en tensión. Algunos no llegan a soportar esta situación y se derrumban. Otros se refugian en el fundamentalismo, que es la nostalgia de los momentos importantes de su historia. Otros avanzan porque siguen guardando motivaciones ilusorias; y otros más porque han encontrado a Dios y viven la esperanza teológica. Son maneras diferentes de practicar la esperanza, viviendo la dinámica de la vida espiritual con mayor o menor perfección.*⁴

Un joven de 18 años

- ▶ *A la imagen de Cristo que estoy mirando.*

Me gustaría conocerte. Me gustaría tanto ver tus ojos cuando Magdalena lloraba a tus pies. Quisiera ver tus manos que los discípulos reconocieron de inmediato por la forma como partías el pan. Me gustaría escuchar tu voz, cuando las multitudes fascinadas, venidas expresamente de muy lejos, la escuchaban. Era sublime sin duda. Me gustaría ver tu rostro que perdonaba los golpes recibidos. Pero por encima de todo, quisiera hablarte, aunque sólo fuera una hora, presionarte con preguntas

³ L. Pintor, Servato, 1992.

⁴ C. Molari, *Un passo al giorno*, 1985.

sobre todo lo que no sé, todo lo que me provoca dudas, quisiera saber lo que piensas de Brahms, de Guccini, de D'Annunzio o de Marx... y de mí.

Padre Henri Caffarel⁵

- ▶ *No dudo que el gusto de lo absoluto sea un hambre de Dios inscrita en todo hombre. Esta hambre es la definición misma del hombre: es la sustancia humana la que está hambrienta, y su hambre es de Dios. Es por eso que te decía y te repito: el verdadero problema no está entre tu marido y tú, sino entre Dios y tú. Encuentra a Dios, entrégate a Él y tu vida cambiará...*



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Juan 4, 6-15

Jesús, fatigado por la caminata, se encontraba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: "Dame de beber." Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?" (Porque los judíos no se trataban con los samaritanos.) Jesús le respondió: **"Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva."** Le dice la mujer: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?" Jesús le respondió: "Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna." Le dice la mujer: "Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla."

Del salmo 36 (35), 8-12

"Oh Dios, ¡Qué precioso tu amor!
Por eso los hijos de Adán, a la sombra de tus alas se
cobijan.

⁵ H. Caffarel, *Aux Carrefours de l'Amour*, Págs. 26-27

Se sacian de la grasa de tu Casa,
En el torrente de tus delicias los abrevas;

**En ti está la fuente de la vida,
Y en tu luz vemos la luz.**

Guarda tu amor a los que te conocen,
Y tu justicia a los rectos de corazón.
¡Que el pie del orgullo no me alcance!
¡Ni la mano de los impíos me avente!



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

Desde un punto de vista sencillamente humano, sin hacer referencia explícita a la fe que, en ocasiones, puede también encubrir nuestras ansiedades y miedos, tratemos de responder con

sinceridad:

- ▶ *¿Siento yo también, sentimos nosotros, ese sentimiento de inquietud y desconcierto que nos hace preguntarnos en lo más profundo de nosotros: ¿Qué sentido tiene nuestra vida? ¿Para qué vivir?*
- ▶ *¿Qué respuestas hemos encontrado en nosotros mismos? ¿Con ayuda de quién o de qué?*
- ▶ *¿A quién y a qué cosas concedo yo valor en mi vida cotidiana? ¿Cómo doy testimonio de esa escogencia de valores? ¿Quién soy en el fondo? ¿Qué espero de mi mismo(a)?*
- ▶ *¿Qué valores hemos escogido como pareja para vivir juntos y qué acciones confirman nuestra orientación?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

- ▶ *¿Cuántas veces nos damos cuenta de que, a las preguntas que nacen del fondo de nuestro ser, les damos respuestas que no somos capaces de hacer realmente nuestras?*
- ▶ *¿Qué impide a nuestras almas y a nuestros corazones recibir la Verdad y comenzar verdaderamente el camino de conversión al que aspiramos?*
- ▶ *¿Qué obstáculos, en nosotros y a nuestro alrededor, hacen más difícil nuestra empresa?*

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



“Los hombres desean paz y justicia para
todo el universo”

Segunda Reunión

Los hombres desean paz y justicia para todo el universo

Todos buscamos la paz, pero ocurre con frecuencia que no vivimos en paz. O tal vez nos equivocamos de paz: queremos una paz tranquila y serena, mientras que la verdadera paz es el fruto de un compromiso constante para conquistarla.

Jesús, nuestro Maestro, nos dio su paz: una paz verdadera que no debe ni quiere ignorar los valores de la justicia y el perdón.

La paz

“Busca la paz y anda tras ella.” (Salmo 34, 15). *Shalom*, la palabra del texto hebreo original, es la paz como plenitud, bienestar, prosperidad, integridad. Así pues, va en el sentido de una naturaleza humana, ni desfigurada ni violentada ni oprimida, sino enteramente reconciliada. Es la realización total del “sueño” de Dios, del Dios de la vida para quien paz y vida son inseparables. Esta paz no nace por sí sola; hay que buscarla, descubrirla, conocerla, perseguirla. Y perseguirla no quiere decir alcanzarla u obtenerla sino buscar alcanzarla u obtenerla. El compromiso de buscar la paz “aquí y ahora” debe ser constante: los que viven a la espera del Reino esperan y anuncian su paz; se convierten en servidores y constructores de paz; ofrecen y acogen la paz. Sin embargo, la paz nunca será definitiva: cada paso hacia delante y cada éxito no serán más que semillas, simples ladrillos, señales. La historia, personal o colectiva, procede y avanza a costa de continuas fracturas y recomposiciones; nunca es estática sino dinámica. Es por eso que la paz a la que se llegó un día no podrá ser ni estable ni definitiva.

Habitualmente asociamos la palabra paz con algo estático: uno reposa en paz pero no lucha en paz; uno se sienta en paz, pero no participa en una reunión en paz. La paz es considerada como la ausencia de conflicto, mientras que, para nosotros, cristianos, la paz es un don del Espíritu y no un estado estático de reposo o relax, sino algo más comprometido. La paz es una conquista, un proceso, un compromiso; es un continuo desafío puesto que el conflicto es un elemento inevitable de la vida, el cual debemos vivir de forma constructiva y positiva. Jesús nos deja su paz y exhorta a los hombres a conquistar la paz. La venida de Cristo a la tierra es un mensaje

para los hombres de buena voluntad, para los pastores y los más humildes. La resurrección de Cristo proporciona la paz a los apóstoles temerosos y, junto con esa paz, la energía necesaria para anunciar la Buena Nueva. ¡Bienaventurados serán los artesanos de la paz!

Antiguamente, en nuestras iglesias, no había nada más agradable para el oído de la gente que escuchar hablar de paz. Parecía que, para franquear el límite entre la guerra y la paz, bastara un pequeño esfuerzo de voluntad. Las cosas se complicaron cuando pusimos atención a lo que nos decía Isaías: "El producto de la justicia será la paz." (Isaías 32, 15-20).

La justicia

Desde el momento en que se comenzó a plantear la paz al lado de justicia, el discurso sobre la paz no sólo se volvió más desestabilizador sino que nos hizo también comprender muchas cosas:

- ▲ No habrá paz mientras los bienes de la tierra estén repartidos tan injustamente;
- ▲ La guerra no es sólo el estruendo de los cañones, la bomba atómica o las armas químicas, es también la existencia de un sistema económico violento, aunque éste sea aceptado en medio de un resignado silencio;
- ▲ Lo absurdo de la situación no reside solamente en el hecho de que existen ricos y pobres en el mundo, sino en que los ricos se vuelven cada vez más ricos a expensas de los pobres quienes se vuelven cada vez más pobres;
- ▲ La línea de separación entre la paz y la guerra no es tanto la que divide el Este y el Oeste sino la que separa al Norte del Sur: aquella que se sitúa entre los países ricos y el tercer mundo, agobiado de deudas y al borde del abismo.

Sin duda, por las miles de formas de violencia pública y privada que se desarrollan todos los días, cada uno de nosotros es cómplice de la guerra y atiza su fuego.

"Si no tenemos el valor de decir que, puesto que no hay que vender armas, tampoco hay que fabricarlas; que la política de bloques es injusta, que la condonación de las deudas del Tercer Mundo no es más que un anticipo sobre el reembolso de lo que les debemos a esas dos terceras partes del mundo; que la lógica del desarme unilateral no deja tampoco

de relacionarse con la del Evangelio; que la no-violencia activa es un criterio de la práctica cristiana; que ciertas formas de objeción de conciencia son señales de un amor más grande por la ciudad terrestre... si no tenemos el valor de decir todo eso, seguiremos siendo cabos de vela humeantes en vez de antorchas de Pascuas.” (Don Tonino Bello, obispo).

La justicia va de la mano con la paz y mantiene con ella una relación constante y dinámica. La justicia y la paz tienden al bien de todos y cada uno de nosotros, es por esto que exigen orden y verdad. Cuando una u otra se ven amenazadas, ambas flaquean; cuando se hiera a la justicia también sangra la paz. El ardiente llamado de Juan Pablo II resuena con fuerza en nuestros corazones: “No existe paz sin justicia, y no hay justicia sin perdón.”

Si la paz es un don que se recibe al mismo tiempo que el perdón, la paz es obligatoriamente y por encima de todo el fruto de la justicia, porque la justicia elimina las causas de conflicto y hace a los hombres libres de expresarse. Sin justicia, jamás será posible hablar de paz. Mientras los bienes de la tierra estén repartidos tan poco equitativamente, mientras los ricos sean cada vez más ricos y los pobres siempre más pobres, la paz de la que hablemos no será más que una pálida sombra de la verdadera paz de Cristo.

A este respecto nosotros, parejas y hogares cristianos, nosotros compañeros de equipo, tenemos el deber de formar a nuestros hijos en un ambiente de justicia y paz, y crear en ellos actitudes y valores cristianos para así contribuir de forma eficaz a la justicia y a la paz del mundo. Tenemos que luchar contra la corriente de violencia que difunden los medios. Al mismo tiempo, es necesario estimular una conciencia crítica en los niños frente a los anti-valores que allí se muestran.

La paz y la Justicia como unidad indisoluble

“Amor y Fidelidad se dan cita, Justicia y Paz se abrazan”: este verso del Salmo 85 (86) asocia la paz y la justicia con dos conceptos importantes para el matrimonio: el amor y la fidelidad. Esta simple frase nos hace comprender que la justicia es parte integrante de la conquista de la paz. En toda comunidad humana, desde la familia hasta las relaciones internacionales, la ausencia de justicia hace imposibles las relaciones dentro de la serenidad y la dignidad. Se instala la desconfianza; los abusos y la discordia, los conflictos y la guerra se vuelven inevitables, consecuencias previsibles y, en algún caso, hasta deseables para seguir alimentando un sistema profundamente injusto. No se puede decir a un hermano: “La paz sea contigo” si éste carece de lo más indispensable.

“Paz en la tierra, aspiración profunda de los seres humanos de todos los tiempos...”, así comienza la encíclica *“Pacem in terris”* de Juan XXIII. Hoy en día son muchas las personas que forman parte de esos hombres de buena voluntad quienes, independientemente de su fe y su raza, luchan juntos por un mundo más justo y pacífico, comenzando por las realidades de la pareja y la familia para llegar a las de las naciones y los pueblos.

*“Si quieres paz en el mundo, debes hacer la paz en tu país,
Si quieres paz en tu país, debes hacer la paz en las ciudades,
Si quieres paz en tu ciudad, debes hacer la paz en las familias,
Si quieres paz en tu familia, debes hacer la paz dentro de ti.”*

Para reflexionar sobre las palabras de los hombres



Li Tien Min

▲ *Poco importa quién eres: hombre o mujer, viejo o niño, obrero o campesino, soldado, estudiante o comerciante; poco importa cuál es tu credo político o religioso. Si te preguntan qué es lo más importante para la humanidad, responde: “Antes, después y siempre: ¡la paz!”*

Baden Powell

- ▲ *Si nos referimos al mayor problema para lograr la paz mundial, me parece que antes de llegar a suprimir las armas, antes de ponerse a hacer promesas en los tratados, antes de construir palacios donde puedan reunirse los delegados para la paz, la primera etapa consiste en educar a las jóvenes generaciones de todos los países para que, en todos los asuntos, se dejen guiar por un sentido absoluto de justicia. Si los hombres hicieran de este sentido de justicia un instinto que orientara su conducta en todos los asuntos de la vida, al punto de examinar imparcialmente todos los problemas desde los dos puntos de vista opuestos antes de adoptar uno de ellos, entonces, cuando surgiera una crisis entre dos países, estarían más dispuestos espontáneamente a reconocer lo que es justo y a adoptar una solución pacífica, algo que resulta imposible mientras su espíritu siga acostumbrado a considerar el recurso de la guerra como única solución.*

Tonino Bello, obispo

- ▲ *La Biblia menciona a menudo el abrazo de la paz y la justicia comparándolo con el de una madre y su hijo o el de dos enamorados. La paz es fruto de la*

justicia, dice Isaías en un magnífico pasaje [...], es fácil comprender que este descubrimiento bíblico relativamente reciente sobre el vínculo existente entre la paz y la justicia resulte difícil para muchos hombres de bien.

Martin Luther King

- ▶ *“Nunca tendremos paz en esta tierra mientras los hombres no se den cuenta, en todas partes, de que el fin es inseparable de los medios, puesto que los medios representan el ideal en potencia, mientras que el fin representa el ideal en acto; y no se puede alcanzar un buen fin con malos medios, así como no se puede obtener un buen árbol partiendo de una mala semilla. Es curioso ver que todos los grandes genios militares del mundo hablaron de paz. Los antiguos conquistadores que mataban para establecer la paz, Alejandro, Julio César, Carlomagno, Napoleón, todos deseaban un orden pacífico de palabra. Si leen atentamente “Mein Kampf”, descubrirán que Hitler afirmaba con insistencia que todo lo que hacía en Alemania era para establecer la paz. Y la elocuencia de aquellos que dirigen el mundo de hoy es maravillosa cuando se trata de la paz: cada vez que lanzamos nuestras bombas sobre Vietnam del Norte, el Presidente Johnson habla de paz. ¿Dónde está el problema? Todas esas gentes hablan de la paz como de un objetivo lejano, un fin al cual llegaremos un día u otro; pero nosotros sabemos que pronto habrá que pasar a considerar a la paz no sólo como un objetivo sino como el medio por el cual se puede llegar a tal objetivo. Tenemos que llegar a fines pacíficos a través de medios pacíficos.”*



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Juan 14, 21-29

“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él.” [...] “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras, y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado. Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. Os dejo la paz; mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: “Me voy y volveré a vosotros.” Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al

Padre, porque mi Padre es más grande que yo. Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis."

Salmo 85 (84), 8-14

¡Muéstranos tu amor, Yahveh,
Y danos tu salvación!
Voy a escuchar de qué habla.
Si, Yahveh habla de paz
Para su pueblo y para sus amigos,
Con tal que a su torpeza no retornen.
Ya esta cerca su salvación para quienes le temen,
Y la gloria morará en nuestra tierra.
Amor y Verdad se han dado cita,
Justicia y Paz se abrazan;
La verdad brotará de la tierra
Y de los cielos se asomará la justicia.
El mismo Yahveh dará la dicha,
Y nuestra tierra su cosecha dará;
La justicia marchará delante de él,
Y con sus pasos trazará un camino.



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

- ▶ *¿Para nosotros, qué quiere decir "hacer las paces"?*
- ▶ *¿Cuáles son los motores de nuestro perdón dentro de la pareja?*
- ▶ *¿Cómo entendemos la justicia en el marco de nuestra vida de pareja? ¿Cuáles son los momentos en los que experimentamos un sentimiento de injusticia en nuestra relación?*

Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo



- ▶ *¿Cómo manejamos nuestros conflictos y desacuerdos de pareja y de equipo?*
 - ▶ *¿Somos capaces de pedir perdón y de aceptar el perdón que nos viene del otro?*
 - ▶ *¿Qué vías tomamos para la educación en los valores de la solidaridad y la justicia?*
- ▶ *En nuestra vida diaria ¿cómo intentamos reaccionar ante el desequilibrio de la riqueza en el mundo que nos rodea?*

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



El alcance universal de la fe

Tercera Reunión

El alcance universal de la fe

TNuestra fe está basada en el Amor y el Amor verdadero sólo es posible si está dirigido a todos los hombres de todos los tiempos, de todas las culturas y de todas las religiones. En ocasiones, nuestro celo de creyentes nos lleva, equivocadamente, a reservar nuestro amor tan sólo a nuestros hermanos en la fe, pero el Señor fue muy claro: Él vino para la salvación de todos.

Así pues, debemos vivir nuestra fe con un espíritu abierto a lo universal, ser capaces de ampliar nuestro horizonte y reconocer los valores de la alteridad, es decir, ver en cualquier "otra" persona el rostro de Cristo.

El valor de la alteridad, fundamento del ecumenismo

El siglo que acabamos de dejar atrás es el siglo en el que se vio aflorar, primero tímidamente para luego manifestarse, una *inevitable presencia de la alteridad*, de lo "extraño" (lo diferente) en el corazón mismo de las diversas comunidades de la sociedad; es el siglo en el que se afirmó la *necesidad ineluctable del diálogo*. Después de siglos en los que lo "diferente" era entendido en forma negativa o, por lo menos, guardando sus distancias, estas últimas décadas nos enseñaron que no podíamos contentarnos con tolerar la diversidad, sino que debíamos compartirla, aceptando el misterio del otro aún cuando se presente a nosotros como un enigma. En efecto, en todo "extraño" existe un enigma que espera ser interpretado para convertirse en un misterio y una lección de vida: el diálogo es el espacio vital para todos los que han descubierto, en el respecto a las diferentes identidades, la plena "solidaridad" en su pertenencia a una única familia humana. Debemos pues acostumbrarnos a considerar al otro y a la alteridad como una fuente de comunión, y no como un pretexto para la exclusión. ¿Se puede hablar de verdad cuando se acepta difundirla y propagarla por medio de la violencia, o cuando es impulsada por el desprecio que desconsidera al ser diferente? "La verdad separada del amor no es Dios. Se convierte en un ídolo al cual no hay que amar ni adorar", escribía Pascal. El Nuevo Testamento nos enseña que hay que practicar la verdad dentro de la caridad, y esto quiere decir comenzar por una práctica cordial de la alteridad que nos lleve a

respetar los ritmos de los demás. Esto es igualmente válido desde el punto de vista religioso. En efecto, la Verdad no es una posesión celosamente preservada que se puede detentar en forma exclusiva o, peor aún, de la que se puede hacer un arma contra los demás. No, la Verdad es una persona que nos posee: el cristiano pertenece a su Señor pues está sumergido en su muerte y su resurrección.

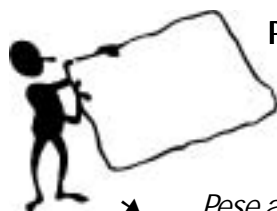
La unidad de la fe contra la división de las fes

En el curso de las últimas décadas, los cristianos comenzaron a encontrar insostenibles las divisiones que durante largo tiempo marcaron su historia. Divisiones que condujeron a odios, discordias y guerras, en contradicción con el llamado de Jesús para ser "uno". Los cristianos convencidos de su deber de hacer todo lo posible para recuperar la unidad de la fe son cada vez más numerosos para aceptar la diversidad de maneras de creer en el único Señor. La unidad, buscada en este período fecundo para el ecumenismo, no está *en contra* de alguien; esta unidad no debe significar uniformidad sino unidad pluralista en la que las Iglesias, como verdaderas hermanas, se reconocen mutuamente y se ponen al servicio unas de otras. Para los cristianos, estar unidos, estar en comunión, tampoco es una cuestión de estrategia ni una búsqueda del poder necesario para oponerse a los "otros", a los no cristianos que se han vuelto, es cierto, mayoría o fuerza agresiva. No, los cristianos están unidos porque seguir al Señor Jesús quiere decir vivir el mandamiento del amor mutuo, ponerse al servicio de los demás, sobre todo de los más pobres y débiles, renovar constantemente el perdón y por ende las iniciativas de reconciliación. Pero no es sólo eso: estas últimas décadas, nos hemos ido dando cuenta poco a poco que nuestras ciudades se hacen cada vez más "pluralistas", con la presencia compuesta y multiforme de etnias, culturas y religiones que cuestionan profundamente nuestra identidad y nuestras certidumbres. "Dar razón de la esperanza que está en nosotros" (1 Pedro 3,15) se vuelve una exigencia casi cotidiana que debemos expresar mediante actitudes concretas de escucha y acogida, evitando cultivar la nostalgia de épocas en las que nuestro mundo era automáticamente cristiano, o resentimientos estériles que alimenten lógicas hostiles.

¿Somos promotores de división?

Debemos tener cuidado pues las divisiones se sitúan a menudo entre nosotros mismos. No sólo entre las teologías, las iglesias y las religiones, sino también dentro de nuestros corazones. En ocasiones incluso en nombre de la fe corremos el peligro de ser, nosotros también, promotores de división,

por nuestra insensibilidad o incomprensión. Por el contrario, estamos llamados a vivir nuestra época con confianza, seguros de que Dios no la abandona. Desde siempre, Dios escogió el rostro del otro –cualquiera que fuera su situación religiosa– para hacerse presente, aún en forma inédita y misteriosa, en la historia de la humanidad. En Jesús, nuestro Dios nos llama y nos compromete para ser cada día testigos de reconciliación, para reducir las grandes fracturas del mundo, de la vida diaria, de nuestros entornos: las fracturas que separan a los hombres de las mujeres, a las etnias entre ellas, a unos grupos de otros, a mí de los demás, a mi familia de las otras familias, a unos cristianos de otros cristianos, a los cristianos de los judíos, a los cristianos de los musulmanes. Nuestro camino se tropieza sin cesar con estas fracturas; nuestra casa tiene también fracturas, así como nuestro lugar de trabajo; y estamos llamados a reducirlas a través del amor que no acentúa las diferencias sino que sabe aceptarlas y valorizarlas. La paz no es otra cosa que “la armonía dentro de la diferencia”. En una época “pluralista”, en medio de hombres diferentes y credos diferentes, nosotros como cristianos tenemos que hacer el esfuerzo de una escucha auténtica, de una acogida calurosa, de una ayuda gratuita y desinteresada. Como los cristianos de los primeros siglos, en eso nos reconocerán y esa será nuestra forma de anunciar a Cristo.



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Enzo Bianchi, fundador de la comunidad monástica de Bose

▶ *Pese a las apariencias, en el pueblo de Dios, entre los simples cristianos, se siente cada vez más profundamente, como “característica” cristiana, y se vive como objetivo el encuentro con otro cristiano; pero no como un ser hereje o cismático, sino como un hermano que camina a nuestro lado hacia la unidad que el Señor desea, sin pensar en conveniencias estratégicas orquestadas por las Iglesias. Matta y Meskin, el gran monje copto contemporáneo, nos recuerda que mientras más fieles sean los cristianos al Evangelio, más fácilmente se encontrarán y lograrán la unidad y la comunión: llegarán a ella justamente en su Señor, guiados por el Espíritu, en la práctica diaria del Evangelio.*

Fray Roger, de Taizé¹

▶ *En los albores del siglo XXI, nos enfrentamos a una urgencia: hacer efectiva la reconciliación. En el largo camino de la vocación ecuménica, el diálogo*

¹ Entrevista a Fray Roger por el director de la revista “Evangelizzare” de Bolonia.

y la investigación teológica son indispensables. Pero, si después de tantos años de investigación, no se logra alcanzar el objetivo, vemos que llega el cansancio y se pierde la credibilidad. ¿Dónde encontrar nuevamente el impulso de la vocación ecuménica? Pienso entonces en la humanidad proyectada por el Papa Juan Pablo II en su primera encíclica "Redemptor Hominis". Allí el Papa explica una realidad evangélica esencial que permite comprender la catolicidad que Cristo nos brinda. Juan Pablo II escribe: "En cierta forma, Cristo está unido con todo ser humano". Los seres humanos no están unidos a Cristo sin su respuesta personal, en cambio Cristo está misteriosamente unido a toda criatura humana. A través de esta reflexión, el Papa abre una vía hacia la reconciliación. Cristo es comunión. No vino para crear una nueva religión sino para permitir la comunión en Él, la comunión única que es la Iglesia. Y pienso también en las palabras plenamente evangélicas pronunciadas por el Papa Juan XXIII, en enero de 1959. Hablando del concilio que iba a comenzar, el Papa dijo: "No entablaremos ningún juicio histórico. No buscaremos descubrir quién tuvo razón y quién se equivocó. Tan sólo diremos: ¡Reconciliémonos!" Para la vocación ecuménica, sin importar nuestra fragilidad, una de las exigencias más inmediatas es la de apoyar la reconciliación allí donde existen fracturas, antiguas o nuevas. Ciertas referencias históricas, el recuerdo de eventos graves del pasado pueden bastar para provocar enfrentamientos y hasta odios. La memoria de las humillaciones y heridas puede transmitirse de una generación a otra. Por esto nunca estará de más repetirlo: sin perdón, la persona humana no tiene futuro.

Carta ecuménica, N° 3 (2001)

► Ir unos hacia otros

Dentro del espíritu del Evangelio, debemos revisar juntos la historia de las Iglesias cristianas que está marcada por numerosas experiencias positivas, pero también por divisiones, hostilidades y hasta conflictos armados. Errores humanos, la falta de amor y el mal uso frecuente de la fe y de las Iglesias para servir a intereses políticos deterioraron seriamente la credibilidad del testimonio cristiano. El ecumenismo comienza desde esa época, para los cristianos y cristianas, mediante la renovación de los corazones y la disponibilidad para la penitencia y la conversión. El movimiento ecuménico ya ha hecho progresar la reconciliación. Es importante reconocer los dones espirituales de las diferentes tradiciones cristianas, aprender unos de otros para poder así recibir los dones unos de los otros. Para el futuro desarrollo del ecumenismo, es especialmente necesario tomar en cuenta las experiencias y expectativas de los jóvenes y alentar su participación en función de sus capacidades.

D. Bonhoeffer²

- ▲ *Una experiencia de valor excepcional es la de haber aprendido finalmente a mirar los grandes eventos de la historia universal desde abajo, desde el punto de vista de los excluidos, de los maltratados, de los débiles, de los oprimidos, de las víctimas del escarnio, en una palabra, de los que sufren. Es una oportunidad personal: si en estos tiempos la amargura y el rencor no han corrompido el corazón; si miramos pues con nuevos ojos las grandes y pequeñas cosas, la felicidad y la desdicha, la fuerza y la debilidad; si nuestra capacidad de percibir la grandeza, la humanidad, el derecho y la misericordia se ha hecho más libre, más incorruptible; si incluso el sufrimiento personal se ha convertido en una buena llave, un principio fecundo para comprender el mundo en la contemplación y la acción: todo eso es una oportunidad personal. Todo reside en nuestras respuestas a las necesidades de la vida en todas sus dimensiones; y en nuestra aceptación de la vida para una satisfacción más alta, cuyos fundamentos no se encuentran realmente en un lugar que no es ni abajo ni arriba.*



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Evangelio según San Juan (17, 6-11)

Antes de pasar de este mundo hacia su Padre, Jesús oraba así: "Tuyos eran y tú me los has dado, y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti, porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos la han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, cuida en tu Nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros."

Primera epístola de San Juan (4, 15-16)

Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

² D. Bonhoeffer, *Resistencia e resa*, Queriniiana, Brescia, 2002, Pág. 74.

De la Epístola a los Hebreos (13, 1-2)

Permaneced en el amor fraterno. No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles”.



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

El contacto con la diferencia es una experiencia diaria que no siempre se reconstruye y reflexiona. Tratemos de preguntarnos:

- ▶ *Las diferencias de fe religiosa siguen siendo un grave problema para el mundo cristiano. Cristianos y musulmanes, católicos y ortodoxos: ¿Cuál es el camino que falta por seguir para lograr un verdadero diálogo religioso y un auténtico movimiento ecuménico? En mi opinión ¿estamos yendo en la dirección correcta?*
- ▶ *Allí donde vivimos, encontramos a menudo personas que no creen o que creen muy poco. ¿Cuál es mi actitud para con ellos: un sentimiento de superioridad o más bien respeto y diálogo?*
- ▶ *Como cristianos, consideramos evidente nuestra buena disposición para con todos. La realidad que tenemos ante nuestros ojos es a veces muy diferente. ¿Tengo yo la experiencia de contactos directos con la diferencia, por ejemplo con un inmigrante de otra cultura? ¿Cómo la he afrontado?*
- ▶ *La pareja es el lugar de vida donde se produce una fuerte y profunda confrontación con el otro, con una persona que no soy yo. ¿Qué herramientas y recursos sabemos emplear, partiendo de nuestra vida de pareja, para establecer contacto con lo diferente?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

¿Cuántas veces nos damos cuenta de que, para las preguntas que llegan a nuestro corazón, encontramos respuestas que no somos capaces de hacer verdaderamente nuestras?

- ▶ *¿Qué impide a nuestro espíritu y a nuestro corazón acoger la Verdad y emprender realmente el camino de conversión al que nosotros mismos aspiramos?*
- ▶ *¿Qué obstáculos, en nosotros y en nuestro entorno hacen más difícil nuestro camino?*

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



La vocación personal:
“Mi nombre está en los cielos”

Cuarta Reunión

La vocacion personal: "Mi nombre está en los cielos"

A la pregunta que el Señor nos hace: "¿Quién dicen ustedes que soy?", nosotros no podemos responder de manera consciente y comprometida si no seguimos el camino que nos lleva a la madurez personal, si no nos preguntamos nosotros mismos: "¿Quién soy yo? ¿Qué busco? ¿Qué quiero?" Para construir nuestra personalidad necesitamos toda nuestra vida, pues es sólo al final de ella que habremos realizado plenamente el proyecto de Dios sobre cada uno de nosotros.

Es sólo entonces que podremos reconocer nuestro nombre, inscrito en los cielos desde el primer día de la creación.

Construir nuestra identidad

¿Quién soy yo? ¿Me conozco verdaderamente en lo más profundo de mí mismo? Tal es la pregunta que nos hacemos en el camino de nuestra vida, especialmente en los momentos en que los eventos y circunstancias ponen a dura prueba nuestras reacciones, nuestro comportamiento y nuestra misma identidad, cuando los proyectos y expectativas para el futuro tropiezan con obstáculos o fracasos.

Es una vieja pregunta que se repite en el camino de todos los hombres. En un templo de la Grecia antigua estaba escrito: "Conócete a ti mismo", un llamamiento oficial para adentrarse en el camino más difícil, el de la comprensión de nuestra propia identidad, de nuestro propio nombre.

El paso del tiempo renueva esta pregunta con ocasión de las experiencias más determinantes que vivimos, porque lo que somos nunca quedó fijo en forma definitiva. Los acontecimientos, los encuentros significativos, las alegrías y sufrimientos contribuyen a construir nuestra identidad día tras día.

En efecto, al nacer, somos más que nada una promesa que debe realizarse, una realidad en total devenir. Nuestra primera infancia recibe

los dones de la acogida y el afecto de parte de quienes nos rodean, empezando por nuestros padres. Las caricias, el calor, el alimento, la respuesta presurosa a nuestras necesidades primarias son fundamentales para establecer las primeras bases de nuestra identidad.

Este proceso no se detiene al terminar la infancia; debe continuar en la adolescencia, la juventud y toda la vida, hasta su término. Siempre necesitamos amor para encontrar nuestro equilibrio.

En efecto, en todo momento de nuestra vida, nuestra madurez y por lo tanto nuestra identidad nos vienen en cierta forma del apoyo, del amor, de las experiencias de encuentros positivos y del don que constituyen los demás para nosotros.

Así pues, la pregunta “¿Quién soy?” no recibe nunca una respuesta definitiva, porque somos seres de relación que maduran día con día.

Sólo nos corresponde recibir los dones de amor y de vida que nos llegan constantemente de los demás, a través de experiencias significativas y de encuentros que, a la larga, contribuyen a dibujar los rasgos de nuestra identidad.

El Señor de la historia nos sostiene y nos da vida constantemente por el amor y el don que representan aquellos que nos aman. Dios está siempre presente en nuestra vida a través de la atención y del bien que nos transmite por medio de las personas que nos acogen, nos perdonan, nos apoyan y nos escuchan. “*A Dios nadie lo ha visto nunca.*”, sólo se hace presente ante nosotros a través de los hombres y mujeres capaces de transmitirnos el bien que Él inspira, para construir así nuestra vida y nuestra identidad con el correr de los años.

Recibir su nombre

La mayor tentación es entonces la de negarse a recibir: el individualismo que pretende determinar en total autonomía su destino, declarando orgullosamente que no se necesita de nadie para vivir. Esta tentación es fuerte; a menudo nos lleva a pronunciar palabras que tomamos como definitivas sobre nosotros mismos, excluyendo a los demás de nuestro horizonte: “Yo soy así. No cambiaré mis convicciones ni mis actitudes.” Es el rechazo a la novedad que traen los encuentros; nos cerramos ante las palabras y los gestos de amor que podrían modificar algo en nosotros; esa sería la mayor afrenta a nuestra personalidad. Es también la negativa

a dejarnos servir por los demás, a recibir el favor de alguien que nos ama porque esto podría cambiarnos y llevarnos por nuevas vías. Recordemos las palabras de Pedro a Jesús, en el episodio del lavatorio de pies: "No Señor, no me lavarás los pies jamás.", y la respuesta de Jesús: "Si no te lavo, no tienes parte conmigo." (Juan 13, 8).

Encontraremos la felicidad cuando estemos profundamente agradecidos por los dones que Dios nos hace a través de aquellos que nos aman y cuando sepamos que nosotros no somos responsables de lo bueno que tenemos porque todo nos ha sido dado: nuestras cualidades, la ternura que se expresa en nosotros, el nivel de gratuidad que damos a nuestras acciones, esas son gracias que Dios deja penetrar en nosotros a través de aquellos que nos enseñaron a amar por el amor que nos tienen.

Pero no podemos tampoco considerar los dones recibidos como nuestro tesoro y nuestra propiedad; estamos llamados a convertirnos nosotros mismos en don para los demás, como los demás lo fueron y lo son para nosotros.

Para nosotros, todo es don

La creación de nuestra personalidad no se terminó con nuestro nacimiento; en ese momento, apenas se inició el camino hacia la promesa de una maduración plena y auténtica. La meta es lograr un día, al final de nuestra vida, definir nuestra identidad. En ese itinerario de crecimiento hacia la plena realización de nuestro destino, en el curso de nuestra historia, Dios sigue haciéndose don para nosotros a través de los acontecimientos. Se convierte en caricia en las manos de quienes nos aman, nos abrazan, nos sostienen, nos consuelan. Él nos escucha y nos invita constantemente a confiar en la vida a través de la voz y los gestos de nuestro prójimo.

Si recibimos y ofrecemos los dones de amor y vida en el camino de nuestra madurez, permitiendo que se instale el amor y alejando de nuestra perspectiva todo lo inútil y todo lo que bloquea la vía del encuentro con Dios, recibiremos finalmente la identidad para la que fuimos llamados desde el principio.

El nombre de "hijos de Dios" es la identidad a la que todo hombre es llamado. Esta identidad será nuestra intimidad con Dios, una relación de amor único y exclusivo para cada uno.

“Al vencedor le daré [...] una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, -un nombre nuevo- que nadie conoce, sino el que lo recibe.” (Ap. 2,17)

Así, el camino de la madurez humana en la búsqueda de su identidad puede ser una aventura apasionante en la que se nos pide ante todo dejarnos amar y recibir el don de los demás que transmite el don de Dios, o mejor que transmite a Dios como don. Seremos el templo del Dios vivo si intentamos entregarnos, comunicar nuestros sentimientos, angustias y alegrías a los que están cerca nuestro, si intentamos nosotros también brindar consuelo, ser artesanos de paz, de justicia y de misericordia. “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él.” (Juan 14, 23).



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Etty Hillesum, joven judía holandesa muerta en Auschwitz en noviembre de 1943. En sus cartas, un pasaje sugiere que podemos volvernos luminosos si llevamos nuestra luz a todas partes¹:

- ▶ *Si, la aflicción es grande, y sin embargo me ocurre con frecuencia, por la noche, cuando el día ha transcurrido y naufragado tras de mí en las profundidades, que salgo a caminar con paso ágil a lo largo de las alambradas, y siempre siento brotar de mi corazón –no puedo evitarlo, así ocurre, es algo que proviene de una fuerza elemental– el mismo encantamiento: la vida es algo grande y maravilloso; después de la guerra tendremos un mundo enteramente nuevo para construir y, con cada nueva exacción, con cada nueva crueldad, deberemos oponer un poquito más de amor y de bondad conquistado dentro de nosotros mismos. Tenemos el derecho de sufrir pero no de sucumbir al sufrimiento. Y si sobrevivimos a esta época, indemnes de cuerpo y alma, sobre todo de alma, sin amargura, sin odio, tendremos también algo que decir después de la guerra. [...] La arteria principal de mi vida se extiende ya muy lejos ante mí y llega a otro mundo. Se diría que todos los acontecimientos presentes y futuros ya han sido tomados en cuenta en algún lugar dentro de mí, ya los he asimilado, ya los he vivido y ya estoy trabajando en la construcción de una sociedad que sucederá a ésta. La vida que llevo aquí no*

¹ Carta a Johanna y Klaas Smelik y otros, Westerbork, 3 de julio de 1943, in Etty HILLESUM, *Une vie bouleversée suivi de Lettres de Westerbork*, trad. Philippe Noble, Ed. du Seuil, 1988/1995, Pág. 287-288.

gasta casi nada de mi capital de energía –el cuerpo se deteriora un poco, es cierto, y a veces caemos en abismos de tristeza– pero en el fondo de nuestro ser nos hacemos cada vez más fuertes. Quisiera que fuera igual para ti y para todos mis amigos. Tiene que serlo ¡nos quedan tanto por vivir y por hacer juntos! Por eso les grito: manténganse firmes en sus posiciones interiores una vez que las hayan conquistado y, sobre todo, no estén tristes ni desesperados pensando en mí. Realmente no hay razón para ello.

Davide Maria Turoldo, teólogo, poeta y sacerdote de los Siervos de María:

- ▲ *Solos, estamos cada vez más desesperados y más perdidos, y Tú, sin nosotros, eres un pobre Dios solitario e inútil: es por eso que cada vez te pareces más a nosotros, al último de entre nosotros, Dios humilde, débil, perdido, apasionado y compasivo que vino a vivir todas nuestras flaquezas. Eres cada vez menos el Dios de la omnipotencia y cada vez más el Dios de la misericordia y del perdón. Esa es la verdadera omnipotencia: lograr perdonarnos, seguir perdonándonos y purificando todas las cosas, rehacer una creación que sea digna de Ti y que sea también la morada real de esa criatura de la que Tú estás locamente enamorado desde siempre, Señor.*

Arturo Paoli, sacerdote de los Hermanitos de Charles de Foucauld, vive en América Latina desde 1959, en donde comparte la vida de los pobres y los humildes. El breve comentario a continuación nos llama a construir nosotros mismos la ruta hacia nuestra identidad a partir de los encuentros con los más humildes de la historia:

- ▲ *El más claro ejemplo es sin duda la parábola del Buen Samaritano, relatada en el capítulo 10 de Lucas. El Samaritano es un mercader y, por ello, la razón de ser de su viaje es el proyecto de vender, de ganar mucho dinero y hacer cosas muy precisas con sus ganancias. Su mundo afectivo, económico, político y relacional gira en torno a ese centro vital. El herido al borde del camino lo despoja, hace morir esta forma de ser. Mientras que el sacerdote y el levita siguen siendo lo que son y aprecian el accidente desde su punto de vista, decidiendo que no conviene ocuparse del herido, el Samaritano no razona, queda petrificado por una imagen, por un encuentro imprevisto y eso le hace decidir el resto de su viaje: ¿Qué hará? ¿Cómo empleará su dinero? ¿Dónde irá con el herido? El hombre marcado por la muerte decide su vida, desconcierta al mercader y lo transforma en prójimo, es decir en responsable...*

Es allí que surge la paradoja: la liberación de la angustia que lleva todo hombre sólo se realiza si asumimos el "pecado del mundo", la responsabilidad de los demás, y eso es lo que Jesús propone. Porque la angustia se transforma en amor...



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Mateo 6, 25-34

En la montaña, Jesús decía: "No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celeste las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido ¿por qué preocuparos? Observad los lirios de los campos, como crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿qué vamos a beber? ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. **Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.** Así que no os preocupéis del mañana; el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal."

Del Salmo 139 (138), 1-18.23-24

Tú me escrutas, Yahveh, y conoces;
Sabes cuando me siento y cuando me levanto,
Mi pensamiento calas desde lejos;

Esté yo en camino o acostado, tú lo adviertes,
Familiares te son mis sendas.
Que no está aún en mi lengua la palabra,
Y ya tú, Yahveh, la conoces entera;

Me aprietas por detrás y por delante,
Y tienes puesta sobre mí tu mano.

Ciencia es misteriosa para mi,
Harto alta, no puedo alcanzarla.

¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu,
A donde de tu rostro podré huir?
Si hasta los cielos subo, allí estás tú,
Si en el Seol me acuesto, allí te encuentras.

Si tomo las alas de la aurora,
Y voy a parar a lo último del mar,
También allí tu mano me conduce
Tu diestra me aprehende.

Aunque diga: "¡Me cubra al menos la tiniebla!"
Y la noche sea en torno a mi un ceñidor,
Ni la misma tiniebla es tenebrosa para ti,
Y la noche es luminosa como el día.

Porque tú mis riñones has formado,
Me has tejido en el vientre de mi madre.
Yo te doy gracias por tantas maravillas:
Prodigio soy, Prodigios son tus obras.

Mi alma conocías cabalmente,
Y mis huesos no se te ocultaban
Cuando era yo formado en lo secreto,
Tejido en las honduras de la tierra.

Mi embrión tus ojos lo veían;
En tu libro están inscritos todos
los días que han sido señalados,
Sin que aún exista uno solo de ellos.

Mas para mi ¡ qué arduos son tus pensamientos
Oh Dios, qué incontable su suma!
¡Son más, si los recuento, que la arena,
Y al terminar, todavía estoy contigo!

Sondéame, oh Dios, mi corazón conoce,
Pruébame, conoce mis desvelos;
Mira no haya en mí camino de dolor,
Y llévame por el camino eterno.



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

Reflexionemos sobre nuestro camino personal, enumerando primeramente todo los dones que hemos recibido de aquellos que fueron en nuestra vida presencias llenas de sentido; y preguntémonos cuáles han sido los cambios más importantes de los que estamos agradecidos:

- ▶ *Me acuerdo de las personas, de los encuentros significativos que contaron en mi vida. ¿Qué me brindaron? ¿Qué riquezas me dejaron? ¿Qué cambiaron en mí?*
- ▶ *¿De qué estoy agradecido?*
- ▶ *¿Cuales son actualmente los dones y realidades positivas que descubro en mí?*
- ▶ *¿Soy consciente de que los dones que me vinieron de los demás se han vuelto disponibles?*
- ▶ *Al mirar una fotografía de nuestros primeros encuentros de pareja ¿Qué ha cambiado desde entonces en el plano de nuestra acogida mutua?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

- ▶ *Considerando nuestra trayectoria interior ¿Cuáles son los hábitos, comportamientos y temores que siguen presentes en nuestra vida?*
- ▶ *¿Qué pensamos tener que cambiar en nosotros para crecer en nuestro camino de hijos de Dios?*
- ▶ *¿Qué apoyo me viene de ti para crecer en mi camino espiritual? ¿Qué ayuda puedo yo ofrecerte?*

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



El llamado a formar una pareja:
Conciencia de la vocación conyugal

Quinta Reunión

El llamado a formar una pareja: conciencia de la vocación conyugal

Todo niño que nace, al mismo tiempo que viene al mundo, está llamado a convertirse en un hombre o una mujer que realice su proyecto, su vocación para toda la vida.

El llamado y la respuesta al “sí” sacramental del matrimonio son también una vocación que se debe realizar día tras día, paso a paso, hora tras hora.

El amor es una gran fuerza que nos lleva a crear y construir relaciones; el amor conyugal es la relación por excelencia, pues está basado en la reciprocidad y llamado a establecer una alianza permanente.

El llamado a ser persona

Nadie es, por sí solo, la razón de ser de su propia existencia: la vida resulta de un llamado para ser. Nosotros mismos no escogimos ser concebidos como seres únicos e irremplazables; no pedimos nacer. Pero, después de haber pasado nueve meses en un estado de total bienestar en donde todo nos fue ofrecido sin tener que pedirlo, nacimos en una completa fusión con nuestra madre, unidos por un cordón umbilical que nos brinda alimento y respiración y, no obstante, deja en suspenso nuestra identidad, a la espera de nuestro devenir.

Aquel que –por cualquier razón– vivió, al momento de su venida al mundo, una relación pobre e insuficiente, especialmente con su madre, y también con su padre y otros adultos de su entorno, se encuentra con una identidad tan incierta que casi debe pedir constantemente “permiso para vivir”, en relaciones existenciales que no permiten tener una vida libre y autónoma. En este caso, el camino hacia la construcción de la identidad y a relaciones adultas paritarias resultará seguramente más difícil.

En cambio, aquel que recibió el don gratuito del amor tomó conciencia progresivamente de la identidad que le era dada y la hizo suya. Finalmente, el joven –cuando ha llegado a formarse una *identidad*

personal equilibrada, a aceptar plenamente la *alteridad* y las diferencias, a aceptar que las relaciones son necesarias como fuente de riqueza de vida— ese joven no puede dejar de sentir el llamado al encuentro con el otro, que se hace a través del reconocimiento mutuo y de llamados recíprocos a la plenitud de la vida. Se trata del itinerario de una vocación para buscar a otro, a alguien *diferente de uno* que pueda darnos lo que nos falta, otro que pueda ser para nosotros una imagen que permanezca fuerte, significativa y eficaz, de aquel *totalmente Otro que es Dios*.

En esta fase de la vida, particularmente crucial, el camino de una vocación madura, el llamado al reconocimiento del otro se hace más claro. Y si llamamos *vocación* al hecho de escoger una vida consagrada a la búsqueda de Dios y al servicio de la comunidad, debemos también otorgar la misma dignidad de *vocación* a la búsqueda de otro, semejante pero totalmente diferente, con quien podamos establecer una relación absolutamente íntima que implica todo nuestro ser.

El llamado a forma pareja

El amor es la gran fuerza que nos impulsa a salir de nosotros mismos, a buscar la relación, a entrar en una relación. El tiempo en el que *nos enamoramos* es un período de enorme intensidad emotiva; suscita un dinamismo determinante que nos lleva a salir de nosotros mismos y a apartar la tentación del egoísmo. El descubrimiento progresivo del otro se convierte así en una aventura llena de satisfacción que marca el inicio de la aspiración y de la vocación para ser pareja. Sin embargo, esta primera época del amor debe dar lugar a una forma de relación más sosegada y más constructiva, a la edificación de un *proyecto de pareja*, a la definición de una alianza estable y fiel.

La *philia*, la *amistad*, es la primera forma de relación fuera de la familia, el primer intento para construir su itinerario personal, su proyecto de vida vinculado con alguien que uno escogió. La amistad es la primera forma de la relación de amor, una forma de conocimiento y exploración del misterio del otro. Como todas las etapas del amor, en una relación de pareja equilibrada, está destinada a durar toda la vida, a permitirnos compartir intereses, a convertirse en *complicidad*.

El *eros*, la atracción física hacia el otro, es un factor muy poderoso de la relación, con una eficacia y una fuerza creativa capaces de liberar poderosas energías. De todas las formas de comunicación y de amor, es la única exclusiva de la pareja, al punto de convertirse en una dimensión constructiva

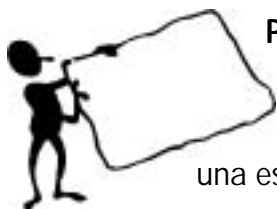
de ésta. El fundamento ético del *eros* es su naturaleza de fuerza relacional: el *eros* es intrínsecamente bueno y fecundo si es *factor de relación* conyugal que tiende a la *comunidad*; se vuelve inmoral si es ajeno o incluso contrario a la relación, aún dentro de la misma vida conyugal.

Si aprendimos a escoger, a practicar el discernimiento, a no dejarnos llevar, a educar a nuestro espíritu para hacer proyectos, debemos también basar la relación de pareja en un *proyecto de dos*, un proyecto para expresar a partir de nuestros *carismas*, un *proyecto global de fecundidad* abierto a la generación de hijos, a la acogida de niños que no hayan nacido de nosotros, a la presencia generosa en la sociedad y en la comunidad eclesial; un proyecto de pareja que debe renovarse día tras día, atento a las señales de los tiempos, a los desafíos que nos lanza la actualidad de la historia, un proyecto que trataremos de inscribir en el misterioso *Proyecto del Padre*.

Fundamentos de la relación conyugal

La relación conyugal tiene como base la *reciprocidad*. Nuestra necesidad de relación se fundamenta justamente en nuestra necesidad de recibir una respuesta, de ser estimulados, de dejarnos penetrar de amor. Así pues, una relación de pareja se construye mutuamente sobre un proyecto de dos. No obstante, la experiencia de los límites nos acecha. Estamos marcados por el sufrimiento en el fracaso de un proyecto formulado –porque todo proyecto del hombre está siempre lejos de las exigencias de la vida (Is 55, 8-9)– marcados sí por el fracaso, a partir del cual la vida puede y debe renacer, así como la Iglesia nació en el momento en que todo parecía perdido, al pie de la cruz. Así, el amor por el compañero, al tiempo que se construye y se vive dentro de la reciprocidad, debe tomar las características de la *oblatividad*, del *agapè* (amor de darse, N. del T.), de la *alianza eterna* (Ef 5, 25-32).

Vivir la vida de pareja con la conciencia de un llamado a la relación y, por consiguiente, a la vida, como una *vocación* a la búsqueda de Dios que nos habla a través del otro, tal es la condición primera para hacer del matrimonio un sacramento, es decir, una señal eficaz y llena de sentido, de la existencia de un Amor que es fuente y origen de todo amor humano.



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Erri De Luca, judío laico, presenta una metáfora de la vida de pareja a través de la descripción de una escalada en montaña:

- ▶ *Somos dos: sobre una pared, dos es mucho más que el doble de uno. Yo ataco las vértebras inferiores del lomo de mula, me quedo sin aliento sobre las agarraderas viscosas, ato la cuerda en todo lo que se me presenta, incluso una esquina de tronco que está allí desde hace cincuenta años. Yo supero la dificultad, ella me sigue, avanzando con agilidad. Hemos salido del pasaje de techos y se siente más segura. Me alcanza. Estamos en una chimenea quebrada que no tiene fin, escarpada y estrecha. Yo subo por un restablecimiento evitando su cabeza; nuestro dúo se distiende de nuevo para desenredar la cuerda enmarañada entre nosotros: somos un mismo cuerpo que se desliza, se retrae, se enrosca alrededor de un anclaje y luego sigue subiendo. En lo alto de la chimenea, ella pierde apoyo, su pie resbala, se aferra en un movimiento nervioso y una palabra escapa de su boca: "Sostenme firme"; por supuesto que yo la sostengo pero luego ya no es necesario, ella ya no cuelga de la cuerda, se ha recuperado sola. Vamos derecho hacia arriba, donde la pared se inclina y la ruta de ascenso es menos evidente... Nos miramos, con el rostro sudoroso. Ya casi lo hemos logrado aún cuando no vemos la cima. Somos dos, lo contrario de uno y de la altiva soledad.*

Adria y Piero Gallo, pareja de compañeros de equipo, abordan el tema de la vocación para la vida de pareja y el deber de la pareja de suscitar nuevas vocaciones:

- ▶ *El Movimiento de los Equipos Notre-Dame nos ayudó a convertirnos, como pareja, en un lugar de maduración de nuestra vocación, ayudándonos esencialmente a convertirnos en pareja. No nacemos emparejados, nos hacemos pareja. Convertirse en pareja es el fruto de un itinerario de formación permanente que nunca podemos considerar terminada. Lo que llamamos 'los peligros de la pareja' nos acecha a todos: la pareja fusión que tiende a borrar la personalidad de cada uno, la pareja explotadora que busca sacar ventaja de la ayuda brindada por el otro, la pareja aprovechadora que se sirve del otro para satisfacer sus propias expectativas, la pareja cerrada que busca construir una familia aferrada a sus propios intereses y sorda a las necesidades de la comunidad eclesial, del mundo y de la historia. El testimonio de tales parejas no puede inspirar un camino de vocación. En cambio, los movimientos de espiritualidad conyugal (en nuestro caso los Equipos Notre-Dame) ayudan a los cónyuges a tomar el camino de una vocación de pareja.*

La pareja comienza el camino de su vocación cuando cada uno de los cónyuges se hace cargo de la vocación del otro, respetando y

más tarde resaltando la diferencia del otro, favoreciendo su desarrollo sin contrariarlo sino estimulando su plena realización. Es así como la pareja vive en si misma la experiencia primigenia del encaminamiento de su vocación y, por el hecho de vivirla, da testimonio de ella ante sus hijos...

La pareja, señal sacramental de la Alianza entre Dios y su pueblo, núcleo original de la familia, pequeña iglesia en el hogar donde resplandece la comunión que ella vive en si misma, favorece en sus hijos el encaminamiento de su vocación, incluso a la vida consagrada. Ella da testimonio de la vida de una comunidad, pequeña iglesia donde reina la escucha, el amor oblativo, donde se brinda la asistencia a sus miembros más débiles y más desamparados, donde se desarrolla el espíritu de servicio para el mundo y la comunidad de creyentes. En ella asumimos ministerios específicos con miras a crear una comunidad bautizada que sea comunidad sacerdotal, señal de esperanza y de salvación para el mundo entero.



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

I Samuel 3, 1-10

Así pues, servía el joven Samuel a Yahveh a las órdenes de Elí; en aquel tiempo era rara la palabra de Yahveh, y no eran corrientes las visiones. Cierta día, estaba Elí acostado en su habitación –sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver– no estaba aún apagada la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el santuario de Yahveh, donde se encontraba el arca de Dios. **Llamó Yahveh: “¡Samuel, Samuel!” Él respondió: “¡Aquí estoy!”** y corrió donde Elí diciendo: “Aquí estoy, porque me has llamado.” Pero Elí le contestó: “Yo no te he llamado; vuélvete a acostar.” Él se fue y se acostó. Volvió a llamar Yahveh: “¡Samuel!” Se levantó Samuel y se fue donde Elí y diciendo: “Aquí estoy, porque me has llamado.” Elí le respondió: “Yo no he llamado, hijo mío, vuélvete a acostar.” Aún no conocía Samuel al Yahveh, pues no le había sido revelada la palabra de Yahveh. Tercera vez llamó Yahveh a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo: “Aquí estoy, porque me has llamado.” Comprendió entonces Elí que era Yahveh quien llamaba al joven, y dijo a Samuel: “Vete y acuéstate y, **si te llaman**, dirás: Habla, Yahveh, que tu siervo escucha.” Samuel se fue y se acostó en su sitio. Vino Yahveh, se paró y llamó como las veces anteriores “¡Samuel, Samuel!” **Respondió Samuel: “Habla, que tu siervo escucha.”**

Cantar de los Cantares 2, 8-9a.10-14; 8, 6-7

*¡La voz de mi amado!
Helo aquí que ya viene,
Saltando por los montes,
Brincando por los collados.
Semejante es mi amado a una gacela,
O un joven cervatillo.*

*Empieza a hablar mi amado, y me dice:
"¡Levántate, amada mía,
Hermosa mía, y vente!
Porque, mira, ha pasado ya el invierno,
Han cesado las lluvias y se han ido.
Aparecen las flores en la tierra
El tiempo de las canciones es llegado,
Se oye el arrullo de la tórtola
En nuestra tierra.*

*Hecha la higuera sus yemas,
Y las viñas en cierne exhalan su fragancia.
¡Levántate amada mía,
Hermosa mía, y vente!
Paloma mía, en las grietas de la roca,
En escarpados escondrijos,
Muéstrame tu semblante,
Déjame oír tu voz;
Porque tu voz es dulce
Y gracioso tu semblante."*

*Ponme cual sello sobre tu corazón,
Como un sello en tu brazo.
Porque es fuerte el amor como la Muerte,
Implacable como el seol la pasión.*

*Saetas de fuego, sus saetas,
Una llama de Yahveh.
Grandes aguas no pueden apagar el amor,
Ni los ríos anegarlo.
Si alguien ofreciera todos los haberes de su casa
Por el amor,
Se granjearía desprecio.*



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

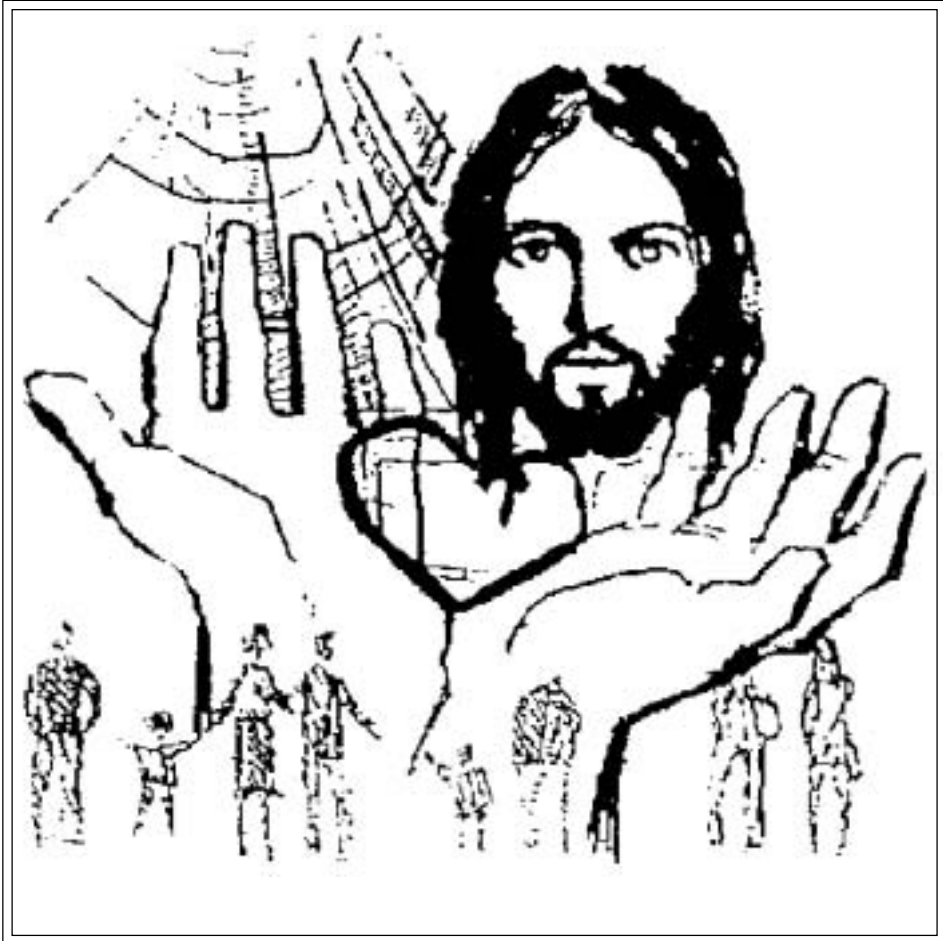
- ▲ *¿Soy consciente de que mi identidad tiene sus raíces en las relaciones vividas en mi infancia? ¿Recibí un amor desinteresado? ¿Quién me dio el “permiso de vivir”? ¿Cuáles son las zonas de luz y de sombra de mi identidad que puedo reconocer como producto de los años vividos con mi familia de origen?*
- ▲ *En la búsqueda de mi pareja ¿recibí un llamado hacia la alteridad? ¿fui encaminado hacia la vocación? Cuando nos casamos ¿éramos conscientes de responder a un llamado?*
- ▲ *En la marcha continua hacia la construcción de nuestra vocación de pareja ¿qué riesgos corremos? ¿Logramos ser para el otro la imagen del Otro? ¿Logramos mostrar al otro el rostro de Dios?*
- ▲ *La relación conyugal se nutre de reciprocidad pero tiende a la gratuidad, a la oblatividad. Ese camino, que lleva a la espiritualidad, implica que superemos nuestros proyectos individuales y que nos entreguemos con confianza al amor de Dios. En nuestra experiencia personal y de pareja ¿qué papel juegan la reciprocidad y la oblatividad?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

- ▲ *¿Cómo nos han ayudado las conversaciones fraternales en equipo para tomar conciencia de nuestra vocación conyugal?*
- ▲ *¿La vida de equipo ha modificado o enriquecido nuestra relación conyugal?*
- ▲ *En el medio social y eclesial en el que vivimos ¿qué se hace y qué debería hacerse para favorecer un encaminamiento a la vocación del matrimonio, para que los novios logren elaborar el proyecto de su relación de pareja en el sentido de la alianza conyugal en el Señor y se comprometan al desarrollo armonioso de una relación de philia, eros y agapè?*

Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006



La respuesta personal y
la respuesta de pareja

Sexta Reunión

La respuesta personal y la respuesta de la pareja

El matrimonio es un sacramento permanente que se nutre del amor de los esposos y de la presencia de Dios en ellos. El "Sí" de los esposos no se agota en un día, sino que debe actualizarse a lo largo de toda la vida conyugal. Es pues necesario tomar conciencia de que se requiere una formación continua para ser plenamente pareja, para volverse fecundos más allá de la paternidad biológica, para convertirse, como pareja, en ministros y testigos del amor de Dios en el entorno social y eclesial en el que vivimos.

Matrimonio, sacramento permanente

Si el deseo de una vida juntos, de una relación exclusiva y fiel es la respuesta al amor de la pareja, la elección del matrimonio sacramental es la respuesta a una vocación específica: sentirse depositarios de una Alianza eterna, confiar plenamente en un Amor y una Misericordia permanentes. Y el matrimonio es un sacramento, una señal, que tiene verdadera relación con la alianza constantemente renovada entre Dios y su pueblo.

Pero se ha llegado a confundir a menudo, sobre todo en estos últimos años, el *sacramento* mismo –que no puede ser más que un proceso permanente, que dura toda la vida de los esposos y cuya eficacia, muchas veces, continúa en la memoria más allá de la muerte de la pareja– con su *celebración* que es el compromiso solemne de la pareja y la comunidad, pero que no disminuye en lo absoluto la eficacia de la señal que constituye la comunión oblativa de la pareja.

Otros momentos importantes, otras celebraciones públicas pueden ser hitos en la historia de una pareja: los aniversarios de matrimonio, el bautizo de los hijos, las celebraciones litúrgicas en las que se renueva la promesa del matrimonio. Pero la liturgia de la vida de la pareja, y por ende del sacramento del matrimonio, es una liturgia más laica, doméstica y cotidiana que religiosa, pública y festiva. Cuando una pareja invita amigos a cenar y comparte con ellos su mesa, celebra el matrimonio

como sacramento de hospitalidad; los esposos, que participan juntos en la vida de la sociedad y de la comunidad eclesial para mostrar allí, con su testimonio, que es posible una comunión, celebran el sacramento del matrimonio; los esposos fatigados que velan el sueño de sus hijos dan testimonio de su amor y celebran así el sacramento del matrimonio; los esposos que se escuchan, se reciben mutuamente, se desnudan uno frente al otro, inscribiendo sus vida en la comunión y armonía física de los cuerpos, están celebrando el sacramento de su matrimonio. El altar de este sacramento no es abstracto y metafórico sino la mesa de la cocina en torno a la cual la familia se reúne y el lecho en la alcoba de los esposos, donde ellos celebran su amor.

Formación permanente

Si el matrimonio es un sacramento permanente que remite al Amor de Dios para toda la vida de los esposos, entonces el tiempo de preparación para el matrimonio que se propone a los novios es totalmente insuficiente; se requiere que los esposos sigan un proceso de formación permanente, un itinerario ciertamente progresivo pero que nunca podrá decirse realmente terminado.

La actualidad pastoral en la Iglesia, que se caracteriza por concentrar la atención en la celebración de los sacramentos más que en la formación permanente, deja a menudo a los esposos sin apoyo. Movimientos como los Equipos Notre-Dame brindan una valiosa ayuda a los esposos acompañándolos según una pedagogía progresiva y exigente, sobre un itinerario de *formación continua*, y los orienta en la vía de la *perfección*, gracias a la acogida que les da una pequeña comunidad.

La fecundidad de la pareja

Es evidente que la formación no es un fin en si mismo, sino un proceso que se abre necesariamente a la fecundidad.

Cuando se habla de fecundidad de la pareja, se piensa de inmediato en la *fecundidad biológica*, en la procreación de hijos. Concebir hijos parece ser una consecuencia evidente y natural de la vida de una pareja. Hasta comienzos del siglo XX, la esperanza de vida era tan corta que la vida en pareja, la relación conyugal, se terminaba a menudo coincidiendo con la procreación y educación de los hijos, al punto de suscitar el equívoco de que tal era la única finalidad de la relación de pareja. El aumento considerable de la duración de la vida ha puesto en evidencia que la vida conyugal atraviesa diferentes períodos, todos relacionados

en un proceso de *construcción continua de una relación vital*, de una comunión que es el fin último de la vida de pareja, y que resplandece y transmite la vida bajo formas diferentes de fecundidad: no sólo la procreación de hijos, sino también la *apertura* generosa de la familia a la *adopción* y al padrino: el *apoyo* delicado y continuo a los *padres mayores* y dependientes; la *fecundidad social y eclesial*, a través de la cual la pareja "exporta" a la sociedad y a la Iglesia en la que vive su manera de acoger al otro, su apertura natural a la escucha y al diálogo, su capacidad de crear intercambios de ideas entusiastas, su costumbre de buscar generosamente el bien común dejando atrás el interés individual. La pareja no resta sentido al proyecto del individuo, sino que supone la formulación clara de objetivos y decisiones comunes. Toda pareja, a partir de su historia y del contexto particular en el que vive, y a partir de su creatividad, sabrá elaborar un *proyecto de fecundidad* inédito que le sea propio.

La fecundidad: un don para transmitir

La conciencia de ser un pequeño elemento en la creación nos hace comprender que, en realidad, nosotros no somos el origen de la vida; tan sólo podemos transmitirla. Lo que se pide a la pareja no es ser fecundo sino hacerse fértil. Es Dios y su Palabra los que son fecundos (Is 55, 10-11) pero, por la ley de la encarnación, la Palabra sólo llega a expresar su fecundidad cuando cae en la tierra fértil de la historia llegada a su madurez, en la plenitud de las señales de los tiempos (Lc 8, 5-8. 11-15). Lo mismo ocurre con la pareja: es el amor de Dios, el amor que une a los esposos el que es fecundo, y la pareja se hace fértil a su vez por su capacidad de expresar a través de frutos concretos el amor que la penetra y la anima. El mundo tiene una dramática y urgente necesidad de parejas fecundas, pero todos debemos sentirnos obligados a volvernos tierra fértil para acoger los dones cada vez más ricos que nos hace la vida; se nos pide cada vez con mayor exigencia que acojamos incondicionalmente estos dones, para que la humanidad responda hoy a los desafíos más apasionantes, aproveche posibilidades inéditas de relaciones, de comunión, de prosperidad y de paz y, al mismo tiempo, afronte los peligros más inquietantes que, por primera vez, cuestionan nuestra presencia misma sobre la tierra.

El ministerio de la pareja

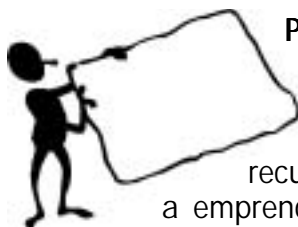
Entre la pareja y la comunidad eclesial debe existir una *relación recíproca*. La comunidad debe dar testimonio de su fe a la pareja, y la

pareja debe compartir con la comunidad sus dones y desarrollar sus carismas específicos. Los laicos casados pueden cumplir una misión original de *fecundidad eclesial*. El papel de la pareja en el testimonio de la fe y la evangelización va más allá del apoyo –aunque valioso– que la pareja puede dar a aquellos que escogen el *celibato para el Reino*, brindándoles el calor de la relación familiar y la posibilidad de conversaciones abiertas. La pareja tiene una misión propia de evangelización en la que invierte sus propios carismas, según la tradición inaugurada por las primeras parejas de esposos cristianas (Ac 18, 1-3.11.18-21.24-28).

La pareja puede cumplir su misión eclesial dando testimonio de los valores que la caracterizan, la acogida, la misericordia y la valorización de las diferencias; una comunidad eclesial dispuesta a recibir plenamente los valores que transmite la pareja podría llegar a compartir plenamente responsabilidades y ministerios.

Así pues, la respuesta a nuestra vocación conyugal no sólo incluye la vida en pareja, alimentada por el amor de Dios, sino que consiste también en hacer que ese amor sea capaz de suscitar y mantener muchas otras formas de vida que justamente encuentran su fuente en el amor conyugal.

Reflexionar en sus vivencias a la luz de la Palabra de Dios, elaborar una teología de la pareja que parta de las experiencias mismas de pareja, vivir su relación conyugal como una vocación específicamente sacramental, responder al llamado del Padre con un “Sí” constante al amor que abre nuevos horizontes: todos éstos son elementos de respuesta a nuestra vocación de pareja.



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Mercedes Gómez-Ferrer, en su libro *“Une voix de femme” (Una voz de mujer)*, Pág. 83-84, recuerda las razones que la llevaron, junto con Alvaro, a emprender el camino de los END y a comprometerse, durante largos años, a dar lo mejor de sí mismos en numerosos servicios del Movimiento:

- ▲ *Había dos cosas que buscábamos en los equipos: primeramente, profundizar juntos nuestra vida de fe –no queríamos avanzar en forma separada– y segundo, ser felices en pareja.*

A decir verdad, fue una circunstancia totalmente humana la que nos decidió a dar el paso. Un domingo, toda la familia estaba reunida en una casa de campo. Nosotros sabíamos que una de las parejas de nuestra familia pertenecía a los Equipos Notre-Dame. Mientras esperábamos la hora del almuerzo, esta pareja se alejó de los demás para dar un pequeño paseo entre los naranjos en flor. Caminaban cogidos de la mano. Alvaro y yo, jóvenes novios en esa época, paseábamos también, a una cierta distancia detrás. En un momento dado, ellos se detuvieron, se abrazaron y se besaron apasionadamente. Ese gesto concreto en una pareja casada desde hacía cinco años me maravilló y recuerdo haber pensado que, tal vez, los Equipos tenían algo que ver con esa llama de amor que se mantenía tan viva... Las cosas más importantes de la vida son a veces tan simples como ésta.

¿Qué hemos encontrado en los Equipos Notre-Dame? Las dos cosas que buscábamos: crecer en el marco de nuestro amor de pareja y profundizar nuestra fe.

Pero también hemos encontrado otra cosa, cuya importancia no habíamos sabido descubrir en un primer momento: la necesidad de la ayuda mutua en el camino de la fe. Un ser humano no puede progresar sólo. Una pareja tampoco. La evangelización se hace en comunidad porque el Evangelio es un camino de vida. En comunidad, reconocimos nuestros límites y riquezas, aprendimos a caminar con un paso diferente, a no juzgar a los demás en forma definitiva, a encontrar un equilibrio entre ser progresistas y conservadores, a descubrir el rostro amigo del sacerdote, a ser más realistas sin por eso perder la esperanza.

En resumen, hemos podido comprender mejor, por haberlo experimentado, que la Iglesia es comunidad de comunidades.

Texto extraído del "Second souffle" (Segundo aliento), reflexión del Movimiento de los ENS después del encuentro de Lourdes de 1988:

- ▲ *3.1. Los Equipos Notre-Dame son una escuela de formación para los hogares. No se trata solamente de profundizar los conocimientos de nuestra fe, sino de practicar el discernimiento humano y cristiano que aplica tanto la razón como el corazón, en la búsqueda de una coherencia más estrecha entre la fe y la vida.*

Este discernimiento se nutre de varias fuentes: el estudio del "tema" en pareja y en equipo, la lectura de documentos del movimiento, las sesiones de formación, los retiros, la profundización de las orientaciones en sesiones de formación periódicas propuestas por el movimiento. Esta formación es una búsqueda personal, conyugal y comunitaria que se vive en la práctica de los sacramentos y muy especialmente de la Eucaristía, en la apertura progresiva a la plegaria, en la escucha de la Palabra de Dios y la atenta lectura de las señales de los tiempos

Esta formación nos hace cuestionarnos, nos ayuda a interpretar el plan de Dios para nuestro hogar y nos invita a adecuar nuestra vida conyugal, familiar y profesional a los valores del Evangelio. Hacer comprender el sentido cristiano del trabajo del hombre y la mujer en el plan de Dios, no disociar las exigencias de la moral privada de las de la moral social, siguen siendo objetivos que perseguir.

▲ 3.2 [...] Los hogares practican estos pasos siguiendo tres líneas directrices:

- La progresión gradual: *el Señor nos recibe allí donde estamos. No se trata de quemar etapas y forzar el tiempo; se trata de querer progresar a partir de la situación en la que cada uno se encuentra;*
- La personalización: *no es posible que todos sigan al mismo ritmo pues el proceso es a la vez personal y propio de la pareja. Los medios concretos no deben tener por efecto desanimarnos sino, por el contrario, inspirarnos y ayudarnos a lo largo de toda nuestra vida;*
- El esfuerzo: *así como no hay amor sin momento de encuentro ni oración sin momento fuerte de escucha y diálogo, tampoco existe conversión personal o de pareja sin la decisión de concretar nuestros deseos imprecisos de progreso en acciones bien definidas que cambiarán nuestra vida y nos construirán poco a poco. [...]*

▲ 4.1 [...] Seamos inventivos y compartamos con un sentido de ayuda mutua esas experiencias que quieren ir "más lejos", para que el movimiento pueda responder a una aspiración real y las parejas no sientan la necesidad de buscar en otro lado.

Nuestro movimiento siempre se ha preocupado por dar elementos de referencia y discernimiento para la formación de los hogares. Permaneciendo responsables y libres, ellos deben ser apoyados en su búsqueda de la comprensión de la palabra de Dios frente a las

señales de los tiempos. Esto exige una formación permanente y una investigación actualizada para expresar las realidades de la fe en un lenguaje accesible.



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Hechos de los Apóstoles 18, 1-4. 18-21. 24-16

Después de esto (Pablo) marchó de Atenas y llegó a Corinto. Se encontró con un judío llamado Aquila, originario del Ponto, que acababa de llegar de Italia, y con Priscila, por haber decretado Claudio que todos los judíos saliesen de Roma; se llegó a ellos y, como eran del mismo oficio, se quedó a vivir y a trabajar con ellos. El oficio de ellos era fabricar tiendas. Cada sábado en la sinagoga discutía, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos.

Pablo se quedó allí todavía bastantes días; después se despidió de los hermanos y se embarcó rumbo a Siria; con él iban Priscila y Aquila. En Cencreas se había cortado el pelo porque tenía hecho un voto. Arribaron a Éfeso y allí se separó de ellos. Entró en la sinagoga y se puso a discutir con los judíos. Le rogaron que se quedase allí más tiempo, pero no accedió, sino que se despidió diciéndoles: "Volveré a vosotros otra vez, si Dios quiere." Y embarcándose marchó de Éfeso.

Un judío llamado Apolo, originario de Alejandría, hombre elocuente, que dominaba las Escrituras, llegó a Éfeso. Había sido instruido en el Camino del Señor y con el fervor de su espíritu hablaba y enseñaba con todo esmero lo referente a Jesús, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Este, pues, comenzó a hablar con valentía en la sinagoga. Al oírle Aquila y Priscila, lo tomaron consigo y le expusieron más exactamente el Camino.

Romanos 16, 3-4

Saludad a Priscila y Aquila, colaboradores míos en Cristo Jesús. Ellos expusieron sus cabezas para salvarme. Y no soy solo en agradecerlo, sino también todas las Iglesias de la gentilidad; saludad también a la Iglesia que se reúne en su casa.

Marcos 6, 6b-8

Jesús recorría los pueblos del contorno enseñando. Y llama a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. Les ordenó que nada tomaran para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja.



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

- ▶ *La respuesta que damos al llamado de Dios a amarnos ¿la perciben ustedes viviendo su matrimonio en la dimensión de “sacramento permanente”, como testimonio constante de que un amor humano es posible y capaz de constituirse en señal del Amor de Dios?*
- ▶ *Cuando nos casamos ¿formulamos un “proyecto de fecundidad”? Si nuestras respuestas a Dios que nos llama se encuentran también en los frutos que nuestro amor es capaz de dar ¿qué fecundidad estimamos haber realizado? ¿A qué fecundidad nos sentimos llamados en la etapa actual de nuestra vida de pareja?*
- ▶ *¿Qué aportes nos ha aportado el Movimiento de los END y su pedagogía para responder a los llamados de nuestra vocación conyugal?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

- ▶ *¿Qué pedimos a la pedagogía de los END en esta etapa de nuestra vida de pareja y de equipo?*
- ▶ *Permaneciendo fieles a los carismas originales del Movimiento ¿cómo debería evolucionar la pedagogía de los END para poder responder a las necesidades de las parejas de hoy?*
- ▶ *¿Qué ministerios eclesiales pueden serles accesibles? ¿El equipo les ayuda a practicar un discernimiento? ¿Los alienta a mantenerse disponibles para un servicio?*

**Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006**



Acoger a los demás
para acoger al Señor

Séptima Reunión

Acoger a los demás para acoger al Señor

Nuestro deseo de conocer a Dios, de rezarle, de entrar en su "intimidad" sólo puede ser colmado a través del encuentro con Cristo. Cristo nos entrega a Dios, Cristo es Dios. Cuando el apóstol Felipe pide a Jesús: "Muéstranos al Padre", Jesús le responde: "Quien me ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14,8). El Señor Dios se acerca constantemente a nosotros a través de su Hijo y podemos encontrarlo realmente cada vez que, al acoger a cada uno de nuestros hermanos o a cualquier otra persona que es nuestro prójimo, reconocemos en su rostro el rostro del Otro absoluto, el rostro de Dios.

El hombre, creado en el principio a imagen de Dios, no es ciertamente como Dios, pero tiene algo de su esencia, refleja a Dios porque desde el comienzo es la imagen de Dios que es relación.

En efecto, el hombre se descubre a si mismo a partir del momento en que otro ser humano lo acoge; grita de alegría cuando descubre que no está solo, que tiene junto a él a alguien que le es semejante. Así pues, el hombre sólo se descubre, sólo se reconoce, sólo se convierte en si mismo y se desarrolla en la relación con Dios y con los demás. En cambio, la soledad es su muerte espiritual y física.

La relación acostumbra al don de sí, por el cual el hombre encuentra y expresa la plenitud de su ser y su existencia, por el cual aprende a concebir la vida como un don y como algo que no le pertenece sólo a él sino también a ese otro que le da todo su sentido.

Nacemos del misterio del encuentro de amor de otras personas que nos dieron la vida; y seguimos viviendo gracias al aire que respiramos gratuitamente en nuestros pulmones. Este aire no es sólo un elemento natural vital, es también, simbólicamente, alimento del alma, del corazón y del espíritu.

El Otro absoluto, Dios, vive también de una relación de acogida, no sólo con relación al hombre sino también dentro de si mismo. Él es

Padre (y Madre también, como nos lo recordaba el Papa Juan Pablo I), él es Hijo, y posee un Amor tan potente y misterioso que está personificado en el Espíritu.

Felipe pide a Jesús: "Muéstranos al Padre". Jesús le responde: "Quien me ha visto, ha visto al Padre" (Jn 14,8). Ver a Jesús, al hombre Jesús, Hijo de Dios, quiere decir ver a Dios. Esto significa que tenemos, en nuestra naturaleza de hombres, la posibilidad de entrar en la fuerte y bienaventurada relación trinitaria.

Uno de los textos de "Palabras musulmanas sobre Cristo", reproducidos en un número de la revista internacional de teología *Concilium* (2003), dice: Jesús encontró a un hombre y le preguntó: "¿Qué estás haciendo?" El hombre respondió: "Me consagro a Dios." Jesús le preguntó: "¿Quién cuida de ti?", "Mi hermano", respondió el hombre. Jesús le dijo: "Tu hermano tiene más devoción hacia Dios que tú."

Buscar a Dios sin tener en cuenta al hombre es una falsa pista histórica, religiosa y espiritual. No se llega a Dios cerrando los ojos ante las necesidades de un hermano. En el relato del Juicio Final, Jesús nos lo recuerda sin lugar a equívoco. ¿Cuándo vimos a Jesús? Cuando encontramos y acogimos al enfermo, al prisionero, al hambriento y al sediento.

¿Cuándo termina la noche?

Un rabino tenía por costumbre preguntar a su discípulo: "¿Cuándo termina la noche y comienza el día?" El discípulo daba diferentes respuestas pero ninguna satisfactoria. Finalmente, desanimado, fue a preguntarle a su maestro y el rabino le dijo: "Cuando ves sobre el rostro de otro el rostro de tu hermano, es ahí que termina la noche y comienza el día."¹

Habría que mirarnos con más frecuencia a los ojos. El mundo pierde un poco de su noche y recibe más luz del sol cada vez que las personas llegan a aceptarse mutuamente, con sus bondades y sus miserias. Esto sólo es posible si nos conocemos y nos consideramos en lo más profundo del alma.²

Todo encuentro entre dos seres humanos nace de una mirada, pero la mirada, para ser auténtica, necesita silencio. La inflación de las

¹ Apólogo de la tradición judía.

² Gianfranco Ravasi, *L'Avvenire* del 4 de febrero de 2003.

palabras, en cascada violenta y ruidosa o incluso delicada y sugestiva, nunca remplazará al silencio mágico de una mirada.

Del miedo a la franca acogida

Es el miedo el que nos impide conocer nuestras capacidades, crecer y vivir fraternalmente. Se puede temer a los hombres, pero también a Dios cuando él nos conduce por caminos desconocidos. Pensemos en el temor de María ante el ángel que le propone que se convierta en la Madre de Dios. Del temor a los otros nacen todos los obstáculos para el encuentro con los demás. Por el miedo al otro, los cristianos olvidan con frecuencia que Dios se hizo hombre y quiere salvar a todos los hombres, sin distinción de raza ni religión.

Cuando compartimos tal momento, tal situación, entonces se nos hace posible ir más allá de la apariencia del otro. Con mucha frecuencia nos quedamos en la superficie de las cosas y de las personas, y no llegamos a darnos cuenta de lo que éstas tienen por dentro. No llegamos a encontrar el tesoro que está en el otro.

El rostro del hombre es el rostro de Dios

En resumen, el rostro del hombre es el rostro de Dios. Es la manera en que el Señor viene al encuentro de nuestra libertad y realiza su proyecto sobre nosotros: en el Sí que decimos sobre todo a los acontecimientos, porque la trama de nuestros días está tejida de acontecimientos y hechos de apariencia banal muchas veces. Y es normalmente a través de estos acontecimientos que el Señor se hace presente en nuestras vidas, no en nuestros proyectos, pensamientos, imaginación o sentimientos más o menos claros y cambiantes. Y los acontecimientos toman la fisonomía específica de los rostros de los hombres y de su historia. Como nos lo recuerda Noel, nuestro Dios es un "Dios hecho carne" que, para conocernos, quiso entrar físicamente en la historia. En el desarrollo de esos acontecimientos, él quiso acercarse a la vida de todos nosotros. El cristianismo es una religión encarnada que cree en un Dios que se hizo niño pobre en una gruta de Judea, y que fue crucificado como un malhechor en la ciudad que los judíos creían habitada por otro Dios.

Si creemos en ese Dios, vivimos la experiencia de una amistad que se convierte en comunión, comunidad cristiana, elemento en un mundo nuevo de rasgos diferentes a todos los demás. Nuestra fe se hace "carne", cuerpo de Cristo que puede ser encontrado y "tocado" por todos, en todos los medios, aún en aquellos aparentemente más hostiles y alejados. Si lo pensamos bien

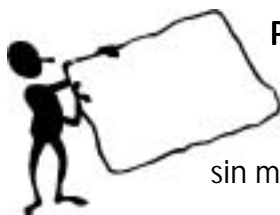
¡cuán grandioso es todo esto! En las reuniones, no sólo conocemos a Pedro, Juan, Sara, Francisco o cualquier otro, sino que encontramos a Jesús, gracias a su presencia entre nosotros en nuestra comunión. Ese es el instrumento que el Señor escogió para encontrarse con el hombre: no los cursos bíblicos o teológicos, la elocuencia o la sabiduría, las cualidades personales o la consistencia moral, sino la comunión con aquellos que se reconocen en Él, que se hace presente y se deja conocer en todos los medios.

Los otros más cercanos

El primer libro de la Biblia nos revela que la pareja es el lugar donde la alteridad manifiesta su mayor capacidad de desarrollo para el ser humano: en efecto, en la pareja, en el amor conyugal, se vive cada día el encuentro con el otro y con la diferencia.

Para muchas parejas, existe también ese otro por excelencia: el hijo. Tagore³ nos recuerda que “todo niño que nace nos trae la buena nueva de que Dios no se ha cansado todavía de los hombres”; o también que, a través de nuestros hijos, Dios ha querido decirnos algo, ha querido amarnos de una manera singular. Los hijos también expresan mucho de nosotros mismos: son el espejo de nuestros límites, en ocasiones de nuestros fracasos y frustraciones; ellos son siempre flechas con las que atravesamos el espacio y el tiempo para llegar allí donde no podríamos llegar en una sola vida.

¿Pero no son acaso innumerables aquellos que nos presentan el rostro de Dios? ¿Y en cuántos rostros podemos leer la pregunta de Cristo: “¿Quién dice la gente que soy yo?”



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Espiritualidad popular de la India: “*El árbol de mangos*” (Para un indio, el paraíso es inconcebible sin mangos):

- ▲ *Un anciano cavaba en su jardín: “¿Qué haces?”, le preguntaron. “Planto un árbol de mangos”, respondió. “¿Te figuras acaso que alcanzarás a comer sus frutos?”, le objetaron. Pero el replicó: “No, yo no viviré lo bastante como para probar los frutos, pero otros sí. En cuanto a mí, toda mi vida he comido frutos de árboles plantados por otros.”*

³ Rabindranath Tagore, poeta, pensador y educador bengalí (1861-1941), premio Nóbel de literatura en 1913.

Ambrosio, obispo de Milán en el siglo IV.

- ▲ *El bien de vuestros hijos será el que ellos mismos escojan: no soñéis con cumplir en ellos vuestros deseos. Bastará que ellos sepan amar el bien y protegerse del mal, y que detesten la mentira. Así pues, no pretendáis dibujar su futuro; más bien sentíos orgullosos de que ellos tomen impulso hacia el mañana, aún cuando os parezca que os están olvidando. No alimentéis ingenuas ideas de grandeza pero, si Dios los llama a hacer algo hermoso y grande, no seáis la traba que les impida volar. No os arroguéis el derecho de tomar decisiones en lugar de ellos, pero ayudadles a comprender que hay que decidir y que no hay que asombrarse de que lo que desean exija esfuerzo y a veces hace sufrir, pues no se puede soportar una vida vivida para nada. Más que vuestros consejos, es el cariño que os tienen y el cariño que vosotros les tenéis lo que los ayudará; más que mil recomendaciones agobiantes, lo que los ayudará serán los gestos que vieron en la casa. [...] Todos los discursos sobre la caridad no me enseñarán más que el gesto de mi madre que dejó entrar en la casa a un vagabundo hambriento; y no conozco gesto mejor para expresar el orgullo de ser hombre que la vez que mi padre salió en defensa de un hombre acusado injustamente. Que vuestros hijos vivan en vuestro hogar en medio del bienestar que tranquiliza y alienta a salir de casa, porque éste nos inculca la confianza en Dios y el gusto por una vida bien vivida.*

Arturo Paoli, hermano de Charles de Foucauld, nacido en Lucques (Italia) en 1912, pasó la mayor parte de su vida en países de América del Sur: Venezuela, Argentina, Brasil, compartiendo la difícil vida de los más pobres y desheredados:

- ▲ *Pensemos en un hombre que, en su peregrinaje a través del mundo de los hombres, cargó con todas las miserias que encontró, que no pudo dar una respuesta al porqué tanta miseria, al punto de endurecerse y alejarse del Dios de sus plegarias habituales: Un día, en el desierto de su alma, entra un fuego devorador, de golpe, de improviso, inesperadamente. Este fuego aún sin nombre lo rodea con los más estrechos lazos, lo hace obediente y pasivo y, al mismo tiempo, lo impulsa a seguirlo hacia los Otros. Ya no puede darle el nombre del Dios al que rezó toda su vida; ese fuego es el Dios que descende, que viene a su encuentro, que lo envía hacia el otro. El otro es su religión, su amor por Dios, su obediencia a Dios. Es el "aquí estoy", la última frase que el ego pronuncia antes de consumirse en el fuego.*



Para reflexionar sobre la Palabra de Dios

Mateo 25, 34-40

Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Entonces los justos le responderán: "Señor ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?». Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hicisteis."

Plegaria "desnuda" de Juan Arias

Señor, yo quisiera también decirte mi plegaria. Una plegaria que no tiene más que una palabra: los otros. Nos es por generosidad; es una necesidad vital. Sin los otros, estoy muerto, soy un sueño, una sombra, no soy nada. Son los otros quienes mejor revelan la realidad que soy yo. Son ellos mi Dios y ellos son yo mismo.

Entre esos otros, Señor, están los que duermen, los que desesperan, los que tienen hambre y también los esclavos. Para ellos yo quiero ser grito, esperanza, pan y libertad.

Entre ellos están los que tienen sed de toda justicia y de fe en todo gesto humano.

Quiero tomarlos de la mano para caminar juntos, sin interrogarlos.
[...]

Ellos están en mi barco, sueñan con la misma orilla, aunque no todos le darán el mismo nombre; hablan el mismo idioma: ése que quiere liberar a todo hombre de toda esclavitud.

Si hay entonces en mi barco uno cuyos ojos se iluminan ya con la luz de los resucitados, comeré con él los primeros frutos de la vida; el crepúsculo se confundirá con el alba; no se verá ya la diferencia entre el sol y la nieve, y hasta las brevas serán eucaristía.

Y seremos verdaderamente Tú.

¿Pero por qué todo es así, y por qué, por necesidad y deseo para mí, hice todo eso Señor? Yo tomo el compromiso de inventar todos los días nuevos medios para hacer más; pero quisiera ofrecer a los otros la posibilidad de pedirme lo que quieran que haga para ayudarlos a liberarse.

Quisiera, Señor, que nunca me falte el valor de conservar mi puerta siempre abierta a todo requerimiento humano que sirva al pleno desarrollo del hombre. Siento que sólo así la esperanza de mi pleno desarrollo podrá tener sentido, y podré pedírtelo sin rubor.



Preguntas para mí y para nosotros: el deber de sentarse

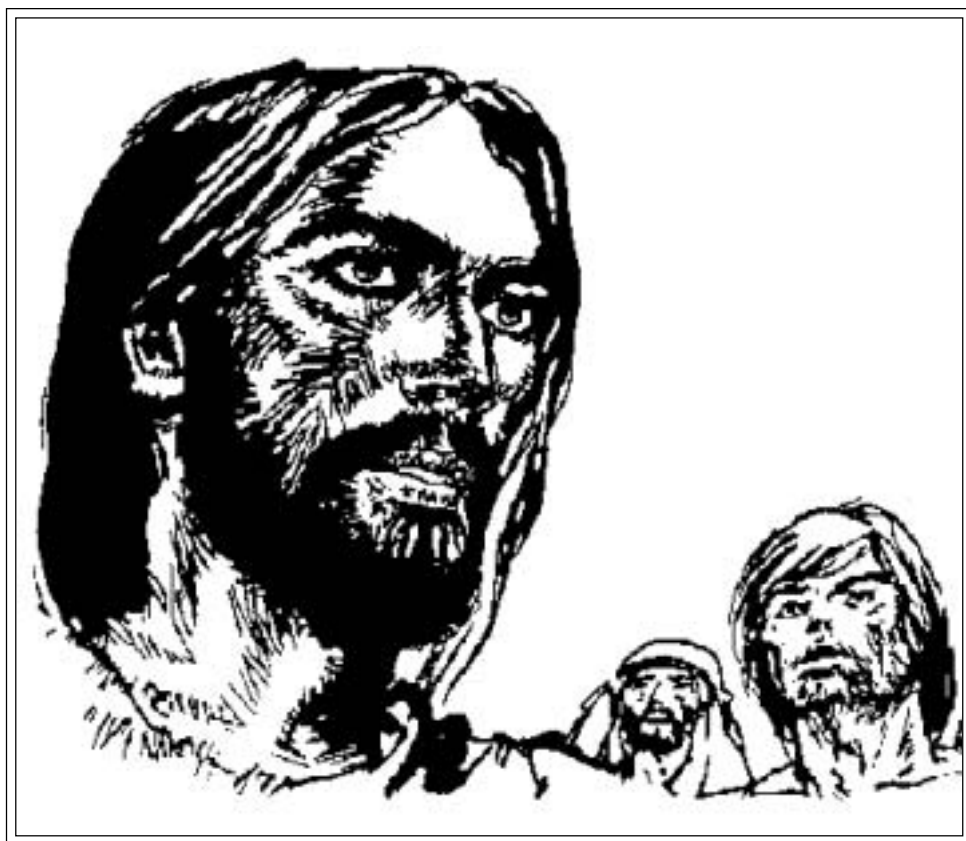
- ▶ *¿Cuáles son los sentimientos dominantes en nosotros: miedo, repliegue sobre nosotros mismos, confianza, acogida, etc.?*
- ▶ *¿Quién me ha acogido, aunque sea parcialmente? ¿A quién he acogido yo, aunque sea parcialmente? ¿A quién no he acogido? ¿Cuándo no he sabido hacerme aceptar?*
- ▶ *¿Qué personas nos han acogido como pareja? ¿Qué personas hemos acogido como pareja?*
- ▶ *Y lo más importante: ¿sentí (sentimos) la presencia del Señor en esa otra persona que conocí (conocimos)?*



Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

- ▶ *¿Qué pensamos de la situación actual y del futuro de nuestros hijos? ¿Con miras a qué objetivo los estamos educando?*
- ▶ *En equipo, ¿cómo nos sentimos aceptados como personas y como pareja? ¿Cómo aceptamos a los otros compañeros de equipo? ¿Cómo acogemos a los otros que no son compañeros de equipo?*
- ▶ *¿Cómo encarna nuestro equipo su fe en Jesús de Nazareth, Cristo, Hijo de Dios, Salvador de toda la humanidad? ¿Cómo lo anunciamos?*
- ▶ *¿Llegará el hombre del mañana a convertirse en hombre "para los demás", en hombre con responsabilidades respecto de todos los hombres que habitan nuestro planeta?*

Tema de estudio para el
año de preparación a la
Reunión Internacional
de Lourdes 2006



“¿Quién dice la gente que soy yo?”
“Tú eres Cristo, el hijo de Dios”

Octava Reunión

“¿Quién dice la gente que soy yo?”
– “Tu eres Cristo, el Hijo de Dios”

Si realizamos el camino de nuestra madurez humana, si llevamos a cabo el camino de la fe, entonces podremos responder a la pregunta de Jesús: “Y ustedes ¿quien dicen que soy yo?” con plena conciencia, con firmeza y seguridad: “Tu eres Cristo, el Hijo de Dios.”

La respuesta que buscamos, no podemos encontrarla en una idea sino en una persona viva, Jesucristo, Salvador de todos los hombres, modelo de vida para todo ser humano. La respuesta que buscamos, la que da sentido a todo lo que vivimos, es Cristo, aquel que primero nos amó y que pide igualmente a cada uno de nosotros: amar, nada más.

Al final de estas reflexiones...

Hemos llevado a cabo un recorrido de reflexión para intentar responder, también nosotros, a la pregunta de Cristo: “¿Quién dice la gente que soy yo?”

Nos hemos preguntado juntos, en pareja y en equipo, para encontrar las respuestas susceptibles de expresar el sentido de nuestra fe, de nuestra vocación conyugal, de nuestra manera de vivir. Hemos visto y comprendido que cada vez más personas viven hoy en un clima de gran incertidumbre debido a las rápidas transformaciones de una sociedad que ha perdido la estabilidad tranquilizadora de la época anterior, tanto a nivel económico con desequilibrios cada vez más acentuados y preocupantes, como a nivel social, civil, pero también ético y religioso.

Esta inquietud genera inseguridad y miedo para el presente –¿qué pasará conmigo?– para el futuro –¿qué será de mis hijos?– y, paradójicamente, incluso para el pasado –¿me equivoqué? ¿en qué?. Después de una larga reflexión durante este año, las preguntas fundamentales del hombre parecen tener que quedar sin respuesta: ¿Por qué vivo? ¿De dónde vengo y adónde voy? ¿Existe un futuro posible en

otro lado? ¿Existe realmente una vida futura en el más allá? Y sobre todo: ¿Qué sentido tiene mi existencia?

Mirando a nuestro alrededor, es preciso constatar cada vez más claramente una crisis de la familia, que fue durante siglos factor de estabilidad; se ven tensiones entre los padres y los hijos que rechazan la experiencia del pasado, relaciones sexuales que no siempre son vividas como relación de amor, confusión de papeles entre el hombre y la mujer, la cual, por lo menos en parte, ha logrado su emancipación; y, por último, tensiones en la pareja. En particular, los padres parecen haber renunciado a su papel educativo justamente porque no tienen confianza en la vida que vivieron, ni en la que están viviendo; los jóvenes parecen mirar el matrimonio con temor.

En el mundo entero, muchos se preguntan si los usos y tradiciones heredados del pasado son valores de civilización, de sociabilidad, puntos de anclaje, o si son la herencia de situaciones ya pasadas que no tenemos por qué continuar. Pero en realidad ¿es todo eso tan negativo?

...existe una respuesta...

En este panorama tan negativo, podemos detectar, cada vez más conscientemente, una respuesta capaz de operar una revolución en la vida del creyente: la respuesta no se sitúa a nivel de las ideas, de la ideología; la respuesta es un hombre vivo: Jesucristo.

Es él quien revela el misterio de la historia del cosmos y de cada uno de nosotros. El misterio develado es que, en la raíz de la evolución cósmica milenaria que condujo a la aparición del hombre sobre la tierra, existe un Poder creador, Dios-Padre, quien no sólo hace existir al hombre sino mucho más, hace de él el objeto de una relación de amor tan intensa y radical que llega a compartir, en el Hijo, la condición humana "en todo igual que nosotros excepto en el pecado." (He 4, 016015); y que en la Resurrección del Hijo prefiguró el nivel de plenitud definitiva a la que todo hombre está llamado.

De esta manera, Cristo es el centro de la vida del creyente, no sólo como revelador sino también como modelo de vida y como salvador.

Jesucristo puede convertirse en modelo de una vida que vale la pena vivir, de una vida llena de sentido. Él tiene la respuesta a todos los deseos de grandeza, bondad, eternidad e infinito que están en el corazón del

hombre. Él nos salva aún si el mal sigue existiendo en nosotros y en el mundo, aún si las pruebas y el sufrimiento nos alcanzan muy cerca, aún si sabemos que nuestra vida se acaba con la muerte. Él nos salva porque su misericordia nos muestra que el pecado se perdona, porque nos enseña que el sufrimiento y las pruebas no son un destino sellado para siempre y, sobre todo ¡nos salva porque él resucitó!

Dios no nos salva sin nosotros

“El Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti.” (San Agustín). Considerar a Cristo como modelo del hombre buscado y deseado por Dios, eso requiere de voluntad de nuestra parte, de ponernos a seguirlo, tomando para nosotros los rasgos característicos que lo hacen ser considerado un gran maestro de vida hasta por muchos no creyentes.

Para los creyentes, estos rasgos no son los que, hace dos mil años, hicieron de él el hombre que, en su paso por el mundo, dejó una marca indeleble. Son las características del Hombre Dios, vivo hoy, ayer y siempre, él que obra continuamente (“Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo.” (Juan 5, 17) para que la vida de todo hombre sea divinizada, en un sentido que supera los límites del tiempo.

Jesucristo se convirtió en lo que somos, para que nosotros nos convirtamos en lo que él es; tal es la enseñanza de los Padres de la Iglesia. “Jesucristo se hizo hombre para divinizarnos” (Atanasio); “el hombre es una criatura, pero una criatura que recibió la orden de convertirse en Dios.” (Basilio de Cesarea); “Si Dios se hizo hombre, el hombre se ha hecho Dios.” (Cirilo de Alejandría); “somos divinizados por Jesucristo” (Gregorio Nacianceno).

Pero, mientras que la obra de Dios, por Jesucristo, con el Espíritu, nunca falla, en cambio sí puede desfallecer nuestra respuesta vigorosa, franca, segura, consciente: ésta consiste en el esfuerzo de ser como Él. *“Queda aquel que nos amó primero, que se inclinó sobre la criatura sacada de la nada, para que participe libremente de la plenitud divina; criatura llamada a la existencia no solamente para amar, sino para ser amada a su vez. Esas dos líneas del amor –descendente y ascendente– se encuentran y se confunden; una desciende como un rayo de luz, la otra sube como un chorro de agua viva. Una y otra dan testimonio del milagro de amor anunciado por el apóstol Juan: desde ahora, somos hijos de Dios.”¹*

¹ Myrrha Lot Borodine (ver bibliografía).

La respuesta indispensable del hombre

Digamos nuevamente que la respuesta del hombre al milagro del amor divino es necesaria; y puesto que tenemos un modelo, la respuesta consiste en ponerse a seguirlo, a tratar de encarnar en nuestra vida los rasgos característicos de Jesús que conocemos por los Evangelios.

Es ante todo el amor incondicional; tenemos ejemplos de ello, cuando Jesús “se sienta a la mesa de los publicanos y pecadores”, cuando perdona a la adúltera al tiempo que le ordena no pecar más, cuando, con amor, conduce a la Samaritana a una introspección que renueva su vida. Pero hablemos de los rasgos característicos de Jesús que coinciden particularmente con nuestras necesidades actuales:

- ▲ Jesucristo es servidor por amor: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.» (Mt 20, 28).
- ▲ Es el maestro que tiene autoridad: “Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad” que venía del hecho que él proclama la Verdad y propone una escala de valores explicada en las Bienaventuranzas, de la cual da testimonio con su vida (Mc 1, 22).
- ▲ Cristo es un hombre libre con relación a las normas, a las costumbres, incluso a la Ley que el vino a “cumplir”. No limita la relación con Dios a un conjunto de ritos que deben ser observados, sino que la hace consistir en la conversión del corazón: “Convertíos y creed en la Buena Nueva.” (Mc 1, 15).
- ▲ Acoge a todo el mundo, va al encuentro de todos; en torno a él respiramos un aire familiar, y él nos invita hoy a una sociabilidad que se opone a los contra-valores del individualismo, que es signo de egoísmo, de cierre hacia los demás, y que niega los valores que están en el corazón del hombre.

Es esencial para nosotros, para seguir vivos, ponernos al servicio, ser creíbles de conformidad con el Evangelio, ser libres de las exigencias y condicionamientos del mundo pero no liberados de la ley del amor, ser abiertos y acoger a todo hombre. Cuando se está totalmente impregnado por la ley del amor, se es totalmente libre; libre también del miedo y la inseguridad que se extienden entre los hombres; libre además porque se es, paradójicamente, totalmente servidor.

En el amor por los hombres, confirmaremos nuestro amor por el Padre y ya no tendremos miedo de oír que nos preguntan: "¿Quién dicen ustedes que soy yo?", porque sabemos que Cristo es el que amó primero y que Él sólo espera de nosotros una respuesta: el Amor.



Para reflexionar sobre las palabras de los hombres

Enzo Bianchi, monje de la Comunidad de Bose

¿Por qué Dios se hizo hombre?

La pregunta del motivo por el que Dios se hizo hombre, pregunta constantemente recurrente en el curso de los siglos de la fe cristiana, recibió, en Oriente y Occidente, una sola respuesta de fondo, aunque en dos formas distintas y no contradictorias. En la tradición oriental, se impuso la fórmula de Atanasio: "Dios se hizo hombre para que el hombre se convierta en Dios", es decir, para que conozca el camino de la teosis, la divinización; mientras que en Occidente se insistió más en la acción salvadora realizada por Dios en Jesús: "Dios se hizo hombre para salvar al hombre."

Pero, si profundizamos en las dos respuestas, estoy convencido –y espero que nadie se escandalice– que la respuesta puede también expresarse así: "¡Dios se hizo hombre para que el hombre se convierta en un verdadero hombre!"

Sí, Dios se hizo hombre en Jesús de Nazareth para mostrarnos al hombre auténtico, al hombre verdaderamente a su imagen y semejanza, y así enseñarnos a vivir en plenitud, hasta conocer, me atrevo a decir, no sólo días llenos de dicha, sino incluso de gloria. De otro lado, ése es el sentido de la encarnación que nos presenta especialmente el cuarto Evangelio: "Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria..." (Juan 1, 14)

Christian Duquoc: Jesús es Dios de una forma especial –como hijo– y ese hecho de ser Dios no abolió lo que fue, Jesús de Nazareth. Por el contrario, es en base a lo que fue humanamente e históricamente que se manifiesta a nosotros "hijo", a tal punto que no podremos verlo en su condición divina si ponemos entre paréntesis u olvidamos lo que fue. Lo original de Jesús y lo que rechazamos sin cesar, es que sea Hijo de Dios y no sólo en un sentido de proximidad moral con Dios, sino de una identidad misteriosa con la realidad misma de Dios, sin que ésta destruya

su vida histórica o la vuelta anodina. Por el contrario, si es reconocido Hijo, con base en la Resurrección, no es a pesar de su vida terrestre, es dentro de ella, pues sólo a través de ella pudimos comprender el sentido de su filiación divina. No en un despliegue de poder, reduciendo a la nada a sus adversarios, ni en la majestad del Juicio garantizando la justicia, ni en la gloria insospechada de Dios o llenándonos de un terror sagrado, sino en una personalidad, una autoridad, una libertad de hombre, en el perdón, en la defensa de los rechazados, que es Hijo de Dios. Lo que importa, es que Dios sea reconocido precisamente ahí, y no en el poder irresistible, el terror sagrado, la permanencia del orden. La realidad de Dios no nos es accesible en si misma, se nos hizo visible en un rostro humano, el del Hijo, Jesús²."

Jean Allemand

Cristo es la Palabra de Dios encarnada, que se hizo uno de nosotros. En toda su vida, por sus enseñanzas, sus gestos, su pasión y su muerte, Él es Palabra de Dios a los hombres. Cristo es la Palabra total, definitiva, irremplazable, que expresa a Dios a la perfección. La Palabra de Dios no es ante todo un texto, sino una Persona.³

Para reflexionar sobre la Palabra de Dios



Juan 6, 32-40

En Cafarnaúm, Jesús respondió a la multitud: En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da verdadero pan del cielo; porque el pan de dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo." Entonces le dijeron: Señor, danos siempre ese pan." Les dijo Jesús: "Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Pero ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis. Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí y al que venga a mí no lo echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día."

² Christian DUQUOC, «Jésus homme libre» CERF 1975, Pág. 124-125.

³ Jean Allemand «Prier 15 jours avec le Père Caffarel» Pág. 78.

Isaías 55, 1-11

¡Oh, todos los sedientos, id por agua,
y los que no tenéis plata, venid,
comprad y comed, sin plata,
y sin pagar, vino y leche!
¿Por qué gastar plata en lo que no es pan,
y vuestro jornal en lo que no sacia?
Hacedme caso y comed cosa buena,
y disfrutaréis con algo sustancioso.
Aplicad el oído y acudid a mí,
oíd y vivirá vuestra alma.

Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna:
las amorosas y fieles promesas hechas a David.
Mira que por testigo de las naciones le he puesto,
caudillo y legislador de las naciones.
Mira que a un pueblo que no conocías has de convocar,
y un pueblo que no te conocía, a ti correrá
por amor de Yahveh tu Dios y por el Santo de Israel,
porque te ha honrado.
Buscad a Yahveh mientras se deja encontrar,
llamadle mientras está cercano.

Deje el malo su camino,
el hombre inicuo sus pensamientos,
y vuélvase a Yahveh, que tendrá compasión de él,
a nuestro Dios, que será grande en perdonar.
Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos,
ni vuestros caminos son mis caminos - oráculo de Yahveh -.
Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra,
así aventajan mis caminos a los vuestros
y mis pensamientos a los vuestros.
Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
para que dé simiente al sembrador y pan para comer,
así será mi palabra, la que salga de mi boca,
que no tornará a mí de vacío,
sin que haya realizado lo que me plugo
y haya cumplido aquello a que la envié.



Una sola pregunta para mí y para nosotros: el deber de sentarse

... y luego para



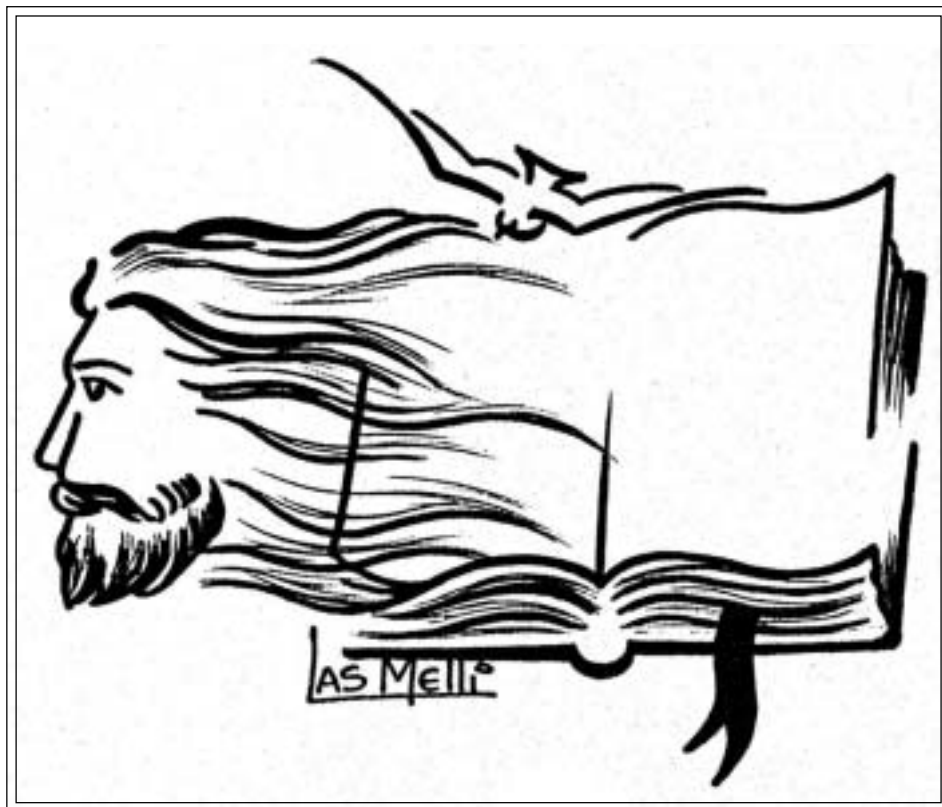
Intercambiar ideas, investigar, comprender juntos en equipo

► *Al final del recorrido de reflexión llevado a cabo este año, en preparación de la reunión de Lourdes, una sola pregunta para reflexionar solos, en pareja y en equipo: Si Cristo viniera hoy a nosotros y nos dijera: "¿Quién dicen ustedes que soy yo?", ¿cuál*

sería nuestra respuesta?

**Charlas
Colegio ERI 2004**

Rio de janeiro - Brasil



ANEXO

«Y VOSOTROS, ¿QUIÉN DECÍS QUE SOY YO?»

*Francisco y Silvia ASSIS PONTES
SR BRASIL*

Textos de base:

Marc. 8, 27-29

Luc 9, 18

Mateo 16, 13

Introducción

Jesús hizo una pregunta directa y clara a sus discípulos y esa pregunta permanece viva en ellos, pero la misma pregunta se volvió más fuerte después de su muerte y resurrección. Era necesario alejar toda equivocación con respecto a la manera como los discípulos consideraban a Jesús: « Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Hoy, todavía, la respuesta de cada uno de los discípulos será decisiva para evaluar la autenticidad de su vida cristiana.

I/ El contexto de la pregunta

Era el momento en el cual Jesús debía anunciar su pasión a los discípulos. La hora suprema de su misión había llegado.

No había venido al mundo para instruir a sus discípulos, ni solamente para revelarse ante ellos como el Mesías. Sobre todo, había venido, para abrirles la puerta que los conduciría a la resurrección. A una vida nueva.

Así, no era suficiente para los discípulos tener a Jesús como maestro, como modelo para seguir. Era necesario que lo reconocieran como el Mesías prometido. Era, también, necesario reconocer a Jesús como EL HOMBRE DIOS, del cual dependemos totalmente, la fuente verdadera de todo bien. Era, pues, necesario que los discípulos se impregnaran no solamente de la creencia, sino que tuvieran la certeza de que no habría

salvación si la muerte no era vencida por la resurrección de Jesús. Tenían que comprometerse a seguir a esta persona que no dudaba en llegar hasta las últimas consecuencias de un amor sin límite...

II/ ¿Qué muerte debemos vencer hoy?

Jesús continúa haciéndonos hoy la misma pregunta, ¿qué es lo que debemos aprender para vencer la muerte? ¿Cómo vencer la muerte?

Únicamente, cuando Jesús nos muestra el camino de la cruz, comenzamos a asumir la victoria sobre la muerte. El texto mismo nos lo dice: «Desde entonces, comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía sufrir mucho de parte de los ancianos» (Mt. 16,21)

Tenemos la opción de escoger entre SER SERVIDOS o SERVIR, entre TOMAR PARTIDO o SACRIFICARNOS POR LOS DEMAS, entre UNIR y DIVIDIR.

En nuestra condición de PAREJAS, miembros de un Movimiento que nos propone vivir la espiritualidad conyugal, que nos enseña y nos ayuda a descubrir los reflejos del amor de Dios en el amor de un hombre y de una mujer, las situaciones de muerte que afectan a la pareja, la institución del matrimonio y el amor, nos atañen directamente.

Todos esos valores, queridos por Dios, han sido condenados a muerte por la ideología secular del mundo.

En un mundo que predica el individualismo y la competencia, la unión de esfuerzos entre marido y mujer para realizar un proyecto común de vida, parece ser una utopía. Las diferencias entre el hombre y la mujer, lejos de ser un don de complementariedad, parecen reforzar las barreras que impiden el encuentro y la vida en comunión.

La juventud es llevada a creer que el matrimonio cristiano no tiene ningún significado ni valor. Hoy se prefieren las uniones libres y sin compromiso. El número de separaciones aumenta de una manera alarmante.

El amor es despojado de todos sus atributos: son raros quienes aceptan hablar de renuncia, de abnegación, de entrega, de gratitud, de fidelidad, de compromiso, de perdón o de reconciliación. La filosofía de echar todo por la borda, asegura a los usuarios el derecho a servirse del amor solamente hasta donde les represente placer o gusto.

Es todo este ambiente de muerte el que hace desear la vida.

III/ ¿Sólo la Fé o el Amor?

(Gálatas 2, 7-8; Juan 21, 15-27; Juan 6, 66-69)

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». (Mc 8,34)

El solo hecho de querer una vida sin riesgos nos aleja del camino de Jesús. No hay vida ni resurrección sin pasar antes por el camino de la cruz.

A veces somos tentados a tener fe en Jesús únicamente para hacer de El nuestro refugio, para tener la seguridad de nuestro bien personal y nos olvidamos que la fe sola no es suficiente. Jesús prefiere el Amor.

A Pedro le dice «¿Me quieres?». Después de haberle repetido por tres veces la pregunta, se conmovió el corazón de aquel rudo pescador. La tristeza causada por la insistencia de la pregunta se transformó en la certidumbre del amor sin límite e incuestionable: « Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero ».

Y Jesús continuó diciéndole: «Apacienta mis ovejas».

No hay nada en común entre Jesús y aquellos que solamente piensan en su propia salvación. No existe nada en común con aquellos que solo se preocupan por «evitar el pecado» y al mismo tiempo siguen corriendo tras sus propias ambiciones y buscando beneficiarse al máximo de la vida.

IV/ De la fidelidad a las exigencias concretas del Evangelio.

La palabra fidelidad está muy desgastada en el mundo de hoy que relativiza los valores evangélicos.

Nuestra vida cristiana, con frecuencia, está sometida a la tentación de participar en ese proceso de hacer todo relativo a algo... Y, es allí donde surge la incoherencia entre la fe y la vida.

Nosotros abrazamos la fe en Jesucristo, pero estamos lejos de mantenernos fieles a su persona. En el lenguaje bíblico, la ruptura de la fidelidad equivale al adulterio. En el Antiguo Testamento, encontramos decenas de situaciones donde la ruptura de la alianza entre Dios y la humanidad es considerada como adulterio. En los Evangelios, vemos a Jesús dirigirse a los fariseos como una generación adúltera, porque no son fieles a la voluntad de Dios.

La prueba de la autenticidad de la vida cristiana pasa necesariamente por el tamiz de la fidelidad. No hay fidelidad a medias, así como tampoco hay mentiras a medias ni verdades a medias.

Se trata de aceptar plenamente a Jesús, de aceptar enteramente su Palabra, en lugar de tratar simplemente de adaptarla a nuestra vida, a nuestra manera de pensar.

Jesús es radical en aquello que es esencial. «¿Quieres ganar la vida? Entonces, déjate morir. ¿Quieres seguirme? Entonces deja todo, deja a tu padre y a tu madre, a tus hijos, tus bienes, tus convicciones personales, tu modo de vida, y toma tu cruz.»(Mc, 8-35)

El Espíritu Santo que inspiró a nuestros fundadores, les permitió comprender que la dimensión de la caridad conyugal, como medio para conducirnos al encuentro con Dios y nuestros hermanos, se encuentra presente en toda la vida del Movimiento.

La Guía de los ENS retoma los fundamentos de la Carta, cuando nos presenta como orientación de vida el reto de crecer en el amor de Dios, una tarea para toda la vida y, por consiguiente, de progresar en el amor al prójimo.

Que el amor es el valor fundamental, no podemos poner en duda. A partir de esta convicción seremos capaces de asumir situaciones de riesgo para morir y resucitar con Jesús, hablar por aquellos que no tienen ni la voz ni la oportunidad de hacerlo, anunciar la paz en un mundo de guerra, ser solidarios con quienes se han apartado del camino, defender la

vida. ¿Podremos nosotros, como parejas de los Equipos, limitarnos a nuestras confortables reuniones espirituales, sin que nuestros corazones sean arrebatados por ese amor de Dios que nos pide responder a los retos de la vida y del mundo?

Solamente nuestro propio sacrificio hará florecer el amor en el corazón del mundo.

V/ ¡Dichosos los que comprenden que la obra es de Dios!

Si, dichosa la pareja que da el Si a Jesús, porque no son ni la carne ni la sangre las que les han revelado eso (descubrimiento humano), sino el Padre mismo que está en el cielo. Es el gran regalo que Dios ha hecho a la pareja humana. Dios ha puesto en su amor la fecundidad y la santidad de Jesús.

No se trata, pues, de una respuesta que podamos dar por nuestra propia cuenta. Nosotros no podremos penetrar en el misterio del amor con medios meramente humanos, puesto que todo es don y es gracia de Dios, que se antepone a la voluntad humana. El esfuerzo del hombre está en un segundo plano, en la medida en que sea capaz de sobreponerse a los obstáculos.

VI/ ¿Y vosotros, quién decís que Soy Yo?

Es muy cierto que Jesús ya no está históricamente presente para hacernos esa pregunta y para que podamos oírla de su propia boca.

Pero necesariamente nosotros la entenderemos de una u otra forma, interpelados por el prójimo o por Él mismo, en el silencio de nuestros corazones. En una encrucijada cualquiera de nuestro camino en busca de la santidad, la pregunta resonará solemnemente: ¿Y para ti, pareja, quién soy yo?

Después de 2000 años de cristianismo, la fe que nos fue transmitida y que ha sido vivida por todos aquellos que nos precedieron, el amor vertido por la sangre de los mártires, el ejemplo de los santos, la tradición de la Iglesia y la experiencia personal de cada uno de nosotros, nos permiten responder con la misma convicción de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios».

Pero ¿cómo? ¿Acaso no somos nosotros, quienes ponemos nuestra seguridad en el rendimiento de nuestro trabajo, en los bienes materiales que acumulamos? ¿Dónde está nuestro tesoro? ¿En los grandes supermercados, en los almacenes, en los ideales de consumo o en la atracción de cada novedad inventada por la tecnología?

Jesús espera que la respuesta que le demos sea un don de nuestra vida comprometida en todo con Él, en la misión de transformar el mundo ejerciendo la verdad, poniendo en práctica la justicia, y sobre todo, compartiendo el amor.

VII/ La solidaridad en el compartir y en la comunión

El Santo Padre retó a los evangelizadores a construir una espiritualidad de comunión. Y en el esfuerzo por articularnos como Movimiento en nuestra Iglesia, es esencial que volvamos a retomar uno de los aspectos de nuestra pedagogía: la ayuda mutua fraternal al interior y por fuera del Movimiento.

Vemos un inmenso campo de posibilidades concretas para la acción de las parejas miembros de los equipos, partiendo del simple deseo de querer estar al lado de quienes necesitan ayuda.

A lo largo de su historia de casi 65 años, el Movimiento de los Equipos de Nuestra Señora ha acumulado un patrimonio muy grande y precioso. Ha revelado a las parejas innumerables posibilidades de encontrar la única respuesta capaz de garantizarles la búsqueda de la felicidad: el descubrimiento del amor de Dios revelado por Jesús en la vida conyugal. Este es el gran tesoro del cual somos exclusivos depositarios. Es un tesoro que necesita ser compartido a través de esta oferta de ayuda mutua en aquello que es lo más natural para nosotros: el amor conyugal que refleja el amor de la Santísima Trinidad.

Es urgente mostrar ese camino de felicidad a las parejas jóvenes, cuyo amor frágil es bombardeado por los medios. Y no es solamente a nuestros hijos jóvenes sino también a los hijos de nuestros amigos, a los hijos de tantos desconocidos, a todos aquellos que están buscando una respuesta a sus deseos más recónditos de felicidad.

Es urgente ofrecerles las razones de nuestra esperanza a millones de parejas que no encuentran sentido a sus vidas, parejas que se encuentran al borde del camino.

El Padre Caffarel decía que el hambre de Dios se encuentra en la esencia misma de la persona humana y, ¡cuánta de esta hambre se encuentra hoy en el mundo! Un hambre que cada pareja de los Equipos puede calmar con su testimonio de vida atractivo, alegre y feliz.

Conclusión: Yo quiero ver tu rostro, Señor.

Jesús, nosotros no estuvimos contigo en los caminos de Samaria o de Jerusalén. No te hemos escuchado en los templos ni en las sinagogas. No hemos navegado contigo en el mar de Galilea. Tampoco nos hemos sentado en la arena de la playa para oírte predicar.

No hemos visto la expresión de tu rostro, mientras observabas a la joven mujer que te lavaba los pies con sus lágrimas y los secaba con sus cabellos.

No fuimos testigos de tus curaciones del ciego de Jericó ni del paralítico que clamaba por tu misericordia.

Sin embargo, queremos ver tu rostro que revela el amor del Padre. Queremos oírte hablar del Reino de Dios, enseñando a los humildes y los más pequeños y diciéndoles que ellos son tus preferidos.

Mas ¡no te vemos, no te oímos, Señor!

En cambio, sí sabemos que te podemos ver en el rostro de los que sufren, de quienes tocan a nuestra puerta, de quienes nos piden ayuda, de aquéllos que deambulan solos por el camino de la vida.

El Papa Juan Pablo II, en su carta *Novo Millenio Ineunte*, No 49, nos recuerda que «si partimos verdaderamente de la contemplación de Cristo, debemos ver el rostro de aquellos con quienes Él se ha querido identificar: *« porque tuve hambre, y me disteis de comer...»* (MT 25, 35-46)».

Es solo en esos rostros, Señor, donde podremos sentir la mirada de tu amor, la ternura de tu alma, el amor de mi Dios.

Ayúdanos a ver tu rostro, Señor!

CRISTO, SEÑOR DE LA HISTORIA

Mons. François FLEISCHMANN

Consejero Espiritual E.R.I.

Introducción

El propósito de esta charla es recordar algunos de los dones esenciales de nuestra fe en Jesús, Cristo, el Hijo de Dios, el Señor de la Historia., de *nuestra* historia, como punto de partida para nuestras reflexiones del Colegio. Con la convicción de que estos fundamentos los debemos siempre aprovechar y asimilar porque nutren nuestra esperanza, nuestra razón de vivir en su Iglesia, nuestra fe con todo lo que ella implica para la vida. El creyente es aquel para quien la fe y los mensajes recibidos son el signo de una presencia. « Ha encontrado a alguien, en quien se propuso cifrar su confianza, descubrió en él aquello que lo podría salvar, es decir, le dio a su vida un sentido definitivo. Realizó la experiencia del hecho que, Dios absolutamente trascendente, se revela, se manifiesta y se entrega. » (Bernard Sesboué, *Croire*, p. 269).

En un tiempo tan limitado no podría explorar la totalidad de un tema tan vasto. Tratando de situarme dentro de una perspectiva teológica, solicito vuestra indulgencia para aceptar que no puedo abarcar todas vuestras preocupaciones, ni responder a todas vuestras inquietudes, ni reflejar todas vuestras respuestas a la pregunta primordial de Jesús: *¿Y vosotros quién decís que soy Yo?* Las contribuciones de las cuatro Súper Regiones durante el Colegio aportarán muchas luces y testimonios más cercanos a vuestra experiencia, a partir de los elementos del diálogo de Jesús con sus discípulos en Cesarea y sobre la forma de acoger su presencia.

Hay múltiples maneras de abordar la reflexión sobre Cristo. Las últimas generaciones han diferenciado claramente entre una *crisología de abajo hacia arriba*, en la que partimos de la persona humana de Jesús para descubrir el alcance de su misión y de su divinidad y, una *crisología de arriba hacia abajo*, a través de la cual acogemos la revelación de Cristo

vivo que *descendió* entre nosotros y, reflexionamos sobre lo que esto implica en la historia de la humanidad. Sin embargo, como sucede con frecuencia, es necesario admitir y asociar los dos enfoques.

Siempre retornamos a los testimonios de los Evangelios sinópticos, de San Pablo y de San Juan, que deben ser recibidos en su complementariedad. Esto dicho, el centro de todo es indudablemente la fe, el misterio de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. Pasaje obligado para la inteligencia del Evangelio, del Nuevo Testamento, de nuestra relación con Cristo.

I/ Jesús ¿Cómo descubrirlo?

Si hoy estamos hablando de Jesús, el Cristo, es porque un grupo de discípulos lo reconoció en la Pascua, liberado, elevado, resucitado de la muerte, vivo. Todos proclamaron esta buena nueva, que es su convicción, su fe.

Las **profesiones de fe primitivas** que han llegado hasta nosotros a través de los Hechos de los Apóstoles y de lo que san Pablo transmite, resumen lo esencial. Así escribe Pablo a los Corintios (hacia el año 54): *Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas u luego a los Doce...* (1 Co 15,3-5). Así, en una primera síntesis, Pablo recuerda que Jesús es un ser que conoció la muerte como todo humano y que sigue tan vivo que permanecerá en nosotros por siempre.

Más adelante nos referiremos de nuevo a este anuncio. Pero ahora, preguntémosnos ¿cómo podemos conocer a Jesús teniendo en cuenta que en la época moderna, la realidad histórica ha sido interpretada de diferentes maneras? El hecho de abordar la pregunta desde la fe nos indica que no han sido inútiles las investigaciones históricas.

Pero independientemente de algunos testimonios muy someros de autores no cristianos de la antigüedad, conocemos a Jesús a través de lo que nos legaron los apóstoles. Recordemos que no podían tener la calidad de **Apóstol** sino aquellos que habían sido **testigos de la vida de Jesús**. Pedro lo dice en el momento de reemplazar a Judas, cuando buscaba uno

de esos *hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado*(Ac 1, 21-22). Tenemos pues testimonios directos que reviven *lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos*(...) (1 Jn 1,1).

Lo que ha llevado a malos entendidos es que esos testigos no tenían como objetivo escribir una biografía de Jesús, según los criterios de nuestra cultura histórica actual. Fueron predicadores de la Buena Nueva de Jesús vivo que, lo hicieron durante su vida en la tierra, retomando las enseñanzas recibidas después de Jesús, sus gestos, sus palabras, sus milagros, los conflictos en los cuales estuvo comprometido, su Pasión. En resumen, estos testimonios conforman un movimiento de adelante hacia atrás, habiendo **sido clarificada su memoria por la Resurrección**. Ahora ellos comprenden mejor las palabras y las acciones de Jesús.

Los relatos y las enseñanzas fueron transmitidos primero oralmente, después, poco a poco fueron consignados por escrito. Posteriormente, se reunieron en los libros de los Evangelios. Sus autores los escribieron desde el punto de vista de la tradición recibida en cada una de sus comunidades, a partir de datos seguros con respecto al contenido, pero sin mayor cuidado respecto a la exactitud de las fechas o los lugares, ni tampoco a la exactitud literal de las palabras – sabemos que los discursos de Jesús fueron reconstruidos, lo cual no tiene por qué inquietarnos con relación a su alcance -.

Es importante tener la seguridad que existen **fundamentos históricos fuertes**; sin lo cual nuestra fe sería vana puesto que ella reposa en la adhesión a una persona concreta. Las investigaciones históricas a menudo han sido desvirtuadas por los prejuicios que hacen imposible una apreciación objetiva de los datos contenidos en el Nuevo Testamento.

Debo ser breve. Mencionaré someramente lo que hoy es aceptado. Ya nadie pone en duda la existencia de Jesús de Nazaret. En los cuatro Evangelios hay algunos puntos geográficos y cronológicos que sitúan la existencia de Jesús en el espacio y en el tiempo. Los testimonios, por otra parte, son más creíbles en la medida en que estos testigos no se atribuyen más importancia de la que realmente tienen: ellos no esconden sus dudas, especialmente antes de los primeros anuncios de la resurrección, reportan la falta de comprensión de las enseñanzas de

Jesús como, por ejemplo, cuando anuncia que va a ser perseguido y condenado a muerte, o sus propias debilidades, como la negación de Pedro.

Los enfoques de los cuatro evangelios son diferentes, pero en el fondo **todos convergen**, sin contradicciones importantes para evocar **el rostro de Jesús** cuya condición humana obedece a la ley común, con excepción del pecado. Es fácil relacionar las tendencias en los Evangelios: el nacimiento, los sentimientos como la amistad, la fatiga, el dolor, la muerte. Otros elementos muestran, también, que Jesús no era un hombre común; aquí naturalmente podemos pensar en los milagros, resaltando que los Evangelios los reportan en coherencia con las enseñanzas, sin insistir en una gratuidad maravillosa. San Juan los denomina *los signos*.

Para comprender correctamente el contenido de los Evangelios, es necesario conocer **un mínimo sobre la cultura de la tradición judía**. Jesús es hijo de su pueblo. Se declara un judío fiel; conoce las Escrituras. Toma posición frente a la vida religiosa de su pueblo y a sus expectativas. Por otra parte, sin tener un poco de familiaridad con el Antiguo Testamento, ¿cómo comprender la posición de Jesús con respecto a los títulos que se le atribuyen? Él acepta ser llamado *maestro o profeta*. También acepta ser *hijo de David*, Rechaza los títulos de *rey* o aún de *mesías*, en la medida en que estos son tomados en un sentido meramente temporal. Permite que Pedro se refiriera a él como *Cristo y Mesías*, pero le impone silencio. Delante de Pilatos, aclara la ambigüedad del título de *rey*. Con frecuencia, Jesús se designa a sí mismo como *el Hijo del hombre*, expresión mal comprendida si no vemos en ella al mediador, según Daniel. Jesús se presenta como el *Servidor*, que *entrega su vida*, lo que hace referencia a Isaías. Jesús habla con la autoridad de la *Palabra de Dios y de la Ley*; está lleno del *Espíritu Santo*... También se sitúa con relación al *Templo*. Estos no son sino algunos ejemplos para recordar que no podemos abordar con precisión la figura de Jesús si ignoramos el Antiguo Testamento.

¿Será necesario precisar que, cuando reconocemos la importancia de la Tradición de la Primera Alianza para comprender la vida y la acción de Jesús, le estamos dando un toque extraño a la historia? Es un hecho histórico que Jesús fue un judío de su tiempo.

Lo que conocemos por los métodos históricos, lo hemos dicho, es ciertamente importante. Esto dicho, no significa que la historia

produce la fe. El P. Seboüé escribió: «Entre la historia y la fe, existe un umbral de libertad que solo puede franquear el creyente. En este momento deja de ser el investigador quien interroga los hechos. Es el hombre quien, por un acto personal de síntesis, recopila los datos reales como signos de una presencia nueva, de una manifestación de lo divino en nuestra historia» (ibid.)

II/ Cristo, Salvador

La profesión de la fe primitiva relatada por San Pablo, a quien hago referencia, se refiere al motivo principal que tenemos para considerar a Jesús como Cristo: Él murió *por nuestros pecados* y resucitó. En esta segunda parte de la exposición nos vamos a situar, pues, en la perspectiva de la salvación que Cristo nos dio. Este es uno de los asuntos que se han vuelto más difíciles en esta época, puesto que muchos de nuestros contemporáneos no ven la necesidad de la salvación porque buscan la plenitud en sí mismos y no en otro, aún si ese Otro es el mismo Dios.

El mensaje que dejaron los Apóstoles en cabeza de los Evangelios, los sinópticos en particular, es el anuncio de Jesús de **la venida del Reino de Dios**. Es claro que tenemos que purificar esta imagen cuyo sentido evangélico está lejos de las realidades políticas que la palabra evoca. El «Reino de Dios», era un estado de sociedad humana perfectamente reconciliado y pacífico. Los hombres se reconcilian entre sí y con Dios. Es la alegría por la realización plena de las expectativas de los contemporáneos de Jesús al igual que de todas nuestras aspiraciones. Es la paz, como la define San Agustín: «La Paz es la tranquilidad en la justicia». El «Reino de Dios» es «la salvación» para toda la humanidad.

El Reino anunciado por Jesús se presenta como un don de Dios a los hombres, para la felicidad que ellos esperan. La causa de Dios coincide, a partir de ahora, con la causa del hombre (E. Schillebeeckx). Este regalo del Reino se **inaugura con la venida de Jesús**. Si el reino está cerca es porque Jesús está ahí. El anuncio del Reino se hace uno con la persona de Jesús. Esta expresión de la «pretensión» de Jesús es asombrosa, puesto que Él se presenta como el portador de Dios a los hombres. Esto da a la persona de Jesús una dimensión enorme (cf. B. Sesboüé, *Croire*, p. 251-252).

El anuncio del Reino de Dios tiene el aspecto de una utopía inaccesible... Cuando los discípulos se impacientan y preguntan a Jesús cuándo se va a instaurar ese Reino, ellos todavía no comprenden cómo realizará Jesús esa entrega fundamental de Dios a la humanidad y se desconciertan cuando les anuncia que antes tendrá que pasar por la muerte.

Aquí encontramos el núcleo del mensaje cristiano, especialmente en San Pablo. El tuvo que enfrentar una gran dificultad: su fe en la salvación a través de Cristo reposa en *el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Ga. 2,20)* En la carta a los Corintios escribe: *Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres (1 Co 1,23-25)*. De hecho, la muerte en la cruz fue infame, ¿cómo ensañarse tanto con un condenado? ¿Cómo concebir que el poder de Dios no haya sido aniquilado por el fracaso?

El mensaje cristiano da un giro de ciento ochenta grados en la manera de ver a Dios mismo. Como lo escribe el Padre Urs von Balthasar, **Dios** «no es de buenas a primeras « poder » absoluto, sino **«amor» absoluto** y su soberanía se manifiesta no en el hecho de retener aquello que le es propio, sino en el hecho de abandonarlo » (*El Misterio pascual, Misterio salvador 12*, p. 32). Aquello que llamamos la *kenosis*, es decir **la humillación consentida** del Hijo de Dios que asume la condición humana, que se despoja de su gloria hasta tomar la condición de esclavo y que se humilla hasta morir en la cruz. Vosotros conocéis el pasaje de la Carta a los Filipenses leída el domingo de Ramos y de la Pasión. Pero nunca olvidaremos cómo continúa ese himno paulino: ***Dios le exaltó...y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR*** (cf. Ph 2, 9-11).

Todo el Nuevo Testamento está orientado hacia la Cruz y la Resurrección, el misterio pascual, la realidad de nuestra salvación. La verdadera sabiduría de la cual habla san Pablo, es la vida de Cristo entregada hasta llevar el peso de los pecados de los hombres sin haber tenido parte en ellos y de haber padecido hasta el extremo en su propia carne. La lectura repetida de la vida de Cristo en los Evangelios muestra su voluntad constante de servir y de **dar su vida**. ¿Era necesario ese sufrimiento de Jesús? Con frecuencia nos hacemos esta pregunta. San

Agustín hace eco a San Pablo: « Si Dios es para nosotros, ¿Cómo no nos habría entregado todo? ...Es el Padre quien nos ha amado primero, él mismo y por causa nuestra. No escatimó en darnos a su propio hijo» (De la Trinidad, XIII, 11). Jesús tomó el camino de la Pasión en un acuerdo profundo con la voluntad del Padre fiel a su amor por su creación que él quiere liberar de los lazos con el mal y con la muerte. El Padre Congar presenta esta fórmula: « No fue el sufrimiento de Jesús el que nos salvó; fue el amor con el cual El vivió ese sufrimiento ». La acción de la muerte viene de los hombres mientras que la acción de la vida viene de Dios. Pedro lo dijo el día de Pentecostés: *a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio.*(Ac 2, 23-24) (cf. Sesboué, ibid. p. 294-296).

Jesús resucitado es vencedor de la muerte. Esto toma pleno sentido cuando hayamos comprendido que el Hijo, cuyo ser es todo **por Dios**, no vino a este mundo sino **por nosotros**, para llevarnos hacia Dios. Su resurrección es la promesa de la nuestra. Ella nos muestra lo que significa **ser salvado**: es vivir, **vivir para siempre**, en una vida de amor infinito penetrado por el amor de Dios en ese Reino de reconciliación y de paz que evocamos a cada instante. Cristo, el primero en nacer de entre los muertos asume la cabeza de la humanidad y conduce a todos sus hermanos hacia la resurrección al final de los tiempos.

Para el tiempo en que vivimos, Cristo permanece presente, a través de la historia de las generaciones subsiguientes. Nosotros honramos la Cruz que es mucho más que un instrumento de suplicio. **La cruz es signo de solidaridad** Cirilo de Jerusalén escribió: «Sobre la cruz Dios extendió sus manos para abrazar los límites del globo terrestre» (Catéchèse 13,28). El evangelista Juan nos muestra el costado abierto, el corazón traspasado de Jesús, de donde brotan *sangre y agua* (Jn 19,34); con toda la Tradición, recibimos por el signo del Corazón sagrado el anuncio de los **dones inagotables de la Eucaristía y del Bautismo**, profundamente ligados a la persona de Cristo Salvador. Ya Juan nos había dicho que Jesús, sobre la Cruz, *entregó el espíritu*, expresión que sugiere la transmisión, **el don del Espíritu Santo** que nos fue prometido... Tiene pues fundamento, afirmar que esos momentos supremos vividos por Jesús entre nosotros fueron esenciales en la fundación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, del cual somos miembros.

Aquí quisiera añadir, aunque muy rápidamente, un punto de vista que me parece importante. En una fórmula que tal vez hemos tenido dificultad de comprender, el Concilio Vaticano II ha dicho que «el nuevo Adán, Cristo, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, ha manifestado plenamente al hombre mismo y le ha revelado su más alta vocación» (*Gaudium et spes*, n. 22). El primer Adán había escuchado la promesa engañosa del tentador: «Seréis como dioses». El Nuevo Adán revela la vida entregándose totalmente, para ayudarnos a encontrar nuestra realización en la vida *para* amar a Dios y a nuestros hermanos de esta vida y para alcanzar la felicidad infinita del Reino. Simplemente os invito a reflexionar **en lo que nos revela a Cristo para discernir el sentido de la vida humana.**

III/ Jesús, Hijo de Dios

Hasta aquí, no he insistido en una realidad que expresamos espontáneamente: Cristo Jesús es el Hijo de Dios en el sentido más fuerte de la palabra. Pero es necesario insistir un poco más en esto, puesto que es un elemento capital. Quienes lo subestiman comprometen todo el edificio de la fe cristiana.

Voy a tratar de decir algo al respecto. Si hacemos un recorrido por el Evangelio, podemos constatar que **Jesús siempre fue conciente de su relación filial con el Padre.** El se convierte «en servidor» perfecto, pobre, pero con una **autoridad** que va más allá de los profetas de la antigüedad ; recordad la impresión que produjo su palabra: *la gente quedaba asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad* (Mt 7,28-29) ; **Perdona** deliberadamente los pecados al paralítico, prerrogativa divina más fuerte que la misma curación realizada delante de los testigos; reivindica la capacidad de ser *señor del sábado* (Lc 6,5), es decir, **que su palabra iguala o sobrepasa la Ley**; reivindica, en términos apenas velados, su condición cuando se atribuye el nombre divino diciendo: *En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy.* (Jn 8,58).

Jesús ponía esta autoridad incomparable en su relación singular con Dios a quien llama «mi Padre» Era conciente de ser el Hijo único de Dios y, en ese sentido, de ser El mismo, Dios. (*Commission théologique internationale 1985, 1^{ère} proposition*). El Evangelio de san Juan, en particular, muestra **la intimidad constante de Jesús con su Padre, a**

quien llamará *mi Padre y vuestro Padre* en su mensaje de resucitado a las santas mujeres (cf. Jn 20,17), fórmula que sugiere que la relación de Jesús con el Padre no es del mismo orden que su relación con los discípulos. Jesús es el **verdadero revelador de Dios Padre**: quien, por otra parte, se atrevió a decir: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre* (Jn 14,9)

Jesús reveló al «Padre» en un sentido jamás escuchado antes: Dios es Creador y sobre todo es eternamente Padre en una relación plenamente entregada a su Hijo único, él que eternamente no es Hijo sino en relación con el Padre. Cada día debemos meditar esta palabra de Jesús: *Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Mt 11,27) (Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 240).

Estas citas no nos deben inducir a pensar que la afirmación de la divinidad de Jesús reposa en unas palabras, en unos títulos. En efecto, es todo el Evangelio, la narración de toda la historia de la presencia del Hijo encarnado entre nosotros, la que nos da el testimonio. El Padre Sesboué ha expresado esto mejor que nadie: «Esta historia nos dice que hay un lazo indestructible entre lo que Cristo hizo por nosotros y lo que Él es en sí mismo. Él no nos podría divinizar, si no perteneciera fuertemente a «la familia divina». La afirmación que Jesús es Hijo de Dios no tiene sentido ni credibilidad sino en la gran perspectiva del designio de Dios que se comunica personalmente para hacer de nosotros sus hijos. » (*Croire*, p. 363).

Esta reflexión que nos lleva de nuevo al papel redentor de Cristo, sugiere dos cosas que me parecen importantes: Comprometido totalmente en la condición humana, con todo el peso de las rupturas, de los sufrimientos y de la muerte, excepto en el pecado, el Hijo de Dios hecho hombre va hasta el extremo de experimentar la «separación» del Padre: el dolor en todas sus formas; pero en Jesucristo, es el Dios trinitario quien ha dado prueba de compasión, siendo la obra más perfecta de amor. Hemos podido hablar del «sufrimiento de Dios»; podemos entender cómo esta compasión por amor que repara las rupturas y reconcilia para hacernos entrar en la alegría de la unión – alegría del intercambio perfecto que reina entre las personas divina, alegría del advenimiento del Reino al cual hemos sido llamados-.

Otra observación se impone también: siendo Hijo de Dios, Jesús realizó su **misión en favor de todos los hombres, de toda la creación**;

es decir, que Él ha venido a salvar al mundo de todos los tiempos y de todos los lugares. La Comisión Teológica Internacional lo ha expresado así: «La conciencia que tiene Cristo en cuanto que fue enviado por el Padre para la salvación del mundo y para convocar a todos los hombres para ser parte del Pueblo de Dios implica, misteriosamente, el amor de todos los hombres, para que todos podamos decir: «El Hijo de Dios me ha amado y se entregó por mí»” (Ga 2,20; Vatican II, *Gaudium et spes*, 22,3)».

Aquí termino de hablar sobre este punto mientras os invito a considerar que no hay oposición entre la humanidad y la divinidad de Cristo. Es claro que esto no deja de interrogarnos; de manera sucesiva las generaciones cristianas han tenido que retomar constantemente la reflexión sobre Cristo.

IV – La reflexión continúa

El tema de Jesús y las preguntas sobre Él han surgido desde los comienzos del cristianismo y han continuado de época en época, en función de las culturas que relata el Evangelio, comenzando por la cultura griega, bien diferente de la tradición hebrea. Durante los primeros siglos, los debates fueron apasionados y conflictivos. Fue así como se precisó la Tradición de la Iglesia, especialmente por los grandes Concilios cristológicos. De manera esquemática trataré de referirme a algunas de esas etapas.

Para el helenismo, era muy difícil conciliar la trascendencia divina con la venida del Hijo de Dios dentro de los límites de la condición humana, en un período de tiempo y en un espacio restringidos. La tentación de Arius consistió en considerar a Cristo como un «dios secundario» inferior. Esto suscitó una fuerte reacción del **Concilio de Nicea** (en 325) que definió al **Hijo como consubstancial al Padre**. Jesús de Nazaret es idénticamente el Verbo eterno del Padre, activo en la creación.

El dilema de cómo Dios y el hombre pueden coexistir en Cristo continuó. Se necesitó del **Concilio de Éfeso** (en 431) para volver a definir que el Verbo de Dios, en realidad, asumió personalmente su nacimiento de la Virgen María. El Concilio confirmó, también, el título de **Madre de Dios** con el cual honramos a María.

Las dificultades continuaron y así llegamos al **Concilio de Calcedonia** (en 451), etapa muy importante en la elaboración de la doctrina sobre Cristo. Para resumir: **Cristo es una persona en dos naturalezas**. Dos expresiones complementarias ayudan a comprender esto: ***sin confusión*** de dos naturalezas, la humanidad auténtica de Jesús y la trascendencia divina. ***Sin*** división: la unión es total entre Dios y el hombre Jesús en la persona del Verbo. La presencia plena de Dios en la humanidad de Jesús hace de El efectivamente nuestro Salvador y el que nos hace partícipes de la vida divina.

Esto que he evocado, en pocas palabras, constituye una base muy valiosa para nosotros en nuestro acercamiento al Cristo vivo.

Bien sabemos que surgen **nuevas dificultades**. También hoy – ya lo he dicho – muchas veces, quienes consideran muy débil el sentido del pecado, no **ven la necesidad de la salvación** que sería ajena al proyecto de vida de cada individuo y contradice la autonomía de la persona. ...Otros han tenido gran dificultad en admitir que Cristo sea **el único mediador de la salvación** para la humanidad que ha conocido experiencias espirituales tan diversas...Nos falta aún aceptar las formulaciones dogmáticas fundamentales de nuestros padres en la fe – resumidas en el Credo -, comprenderlas y aclararlas en un diálogo entre la Escritura y las lenguas de nuestro tiempo y sobre todo vivirlas en comunión con la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Cada uno de los participantes en nuestro colegio, a su manera, buscará continuar esta reflexión en forma más concreta, en función de la experiencia de las parejas en los Equipos de Nuestra Señora.

Para concluir

Con el fin de estimular vuestra reflexión, no haré una conclusión personal. Simplemente os voy a proponer dos textos.

El primero lo tomaré de la Comisión Bíblica Pontificia, en su documento *Biblia y Cristología* publicado en 1984. En él se resume la base del contenido de la fe para la reflexión sobre Cristo.

«La *fe verdadera* es la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, que se hizo carne (1 Jn 4,2), que reveló a los hombres el nombre del Padre ((Jn 17,6), que

se entregó para rescatarnos a todos nosotros (1 Tm 2,6 ; cf. Mc 10, 45), que resucitó al tercer día (1 Co 15,4), que subió al cielo (1 Tm 3,16), que está sentado a la diestra de Dios (1 P 3,22) y cuya manifestación gloriosa se espera al final de los tiempos (Tt 2,13). » (§ 2.2.3.1 *Cristo presente en su Iglesia*, éd. du Cerf, p. 105).

El segundo texto, naturalmente, es tomado del Nuevo Testamento. Cuando San Pablo escribe a Timoteo, hace, como suele hacerlo, una vibrante profesión de fe. Al meditarla encontraréis muchos elementos de lo que hemos tratado de evocar aquí.

«Dios nos ha salvado, y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús, y que se ha manifestado ahora con la Manifestación de nuestro Salvador Cristo Jesús, quien ha destruido la muerte y ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio, para cuyo servicio he sido yo constituido heraldo, apóstol y maestro.» (2 Tm 1,9-11).

“Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas”

(Mc 8,28)

*José y Maria Berta MOURA-SOARES
SR PORTUGAL*

Introducción

Les invitamos a hacer juntos este itinerario de esperanza que nos llevará a un encuentro más profundo con Jesucristo nuestro Dios y Señor de nuestras vidas. Nuestra intención no es recordar el pasado sino celebrar el eterno encuentro de Dios con el Hombre, porque sabemos que quien lo encuentra vivifica su esperanza y le da sentido y exigencia a su vida.

Por este motivo, es importante conocer lo que piensa esa inmensa multitud que sabe que Jesús existió. Muchos hablan de Él pero no lo siguen ni lo celebran regularmente como presente en sus vidas. Consideran a Jesús como la continuación del pasado pero no logran descubrir en El la novedad, la originalidad y la salvación.

I/ En Cesarea

En Cesarea de Filipo asistimos a uno de los diálogos más intensos e íntimos entre Jesús y sus discípulos. Cesarea se convierte en un momento único en la estructura de los Evangelios, ya que se trata simultáneamente de un punto de llegada de una experiencia con Jesús y de un punto de partida para la profundización de esa misma experiencia. Es allí, donde pregunta quién es Él, y sus discípulos le contestan: *“Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que uno de los profetas”* (Mc 8, 28). Relacionan a Jesús con los grandes personajes que deberían preceder la venida del Mesías. Es lo que El representa para el pueblo: un precursor y nada más. El verdadero Mesías esta aún por llegar.

Eso es lo que era y sigue siendo todavía, una permanente tentación para aquellos que reconocen en Jesús el gran maestro que predicó el amor, la fraternidad, la paz y la justicia y que se sienten irresistiblemente

atraídos por Él. Jesús tiene una personalidad deslumbrante, es el profeta de los pobres, un revolucionario del amor y de la justicia, pero todavía lo consideran como un Mesías triunfante que ha venido y viene para liberar a su pueblo.

Jesús no es nada de eso, quiere ir más lejos. Por ello provoca el diálogo y hace la pregunta, una pregunta que exigirá una respuesta totalmente personal sobre Aquel que tienen delante de sus ojos.

II/ En el mundo actual

El interés que Jesús despierta va más allá de la Iglesia institucional. Hoy, en un entorno abierto, Cristo, según algunos teólogos, se ha convertido en un *“patrimonio común”*. Entonces, cabe preguntarse, ¿por qué, aún hoy, Cristo sigue interesándonos? y ¿quién es para las personas que nos rodean?

Existe un vínculo entre los ardientes deseos del hombre y la cuestión de Jesús. En el fondo, el misterio del sufrimiento y la búsqueda de la felicidad son todavía una realidad muy visible. Hoy en día, la capacidad del hombre para superar el absurdo le conduce a definir algunos ideales, a proyectar en ellos el sentido de su existencia y a recurrir a figuras que le ayuden a superar sus límites. Una de estas figuras es Jesucristo, puesto que vivió una situación histórica como la nuestra y puede, de este modo, atraer y establecer las bases de una decisión.

La pregunta de Jesús se repite a lo largo de la historia y se dirige a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos; la respuesta es el resultado de un acercamiento a Cristo.

Durante su vida, Jesús se manifestó como un signo de contradicción y piedra de escándalo. Su persona y la prolongación de su misión en la Iglesia han suscitado, desde siempre, aceptación o rechazo, persecución o seguimiento, hasta el incondicional testimonio de vida. En la práctica, quienquiera que lo haya conocido no permanece indiferente a Él, porque le seduce y le atrae.

Hoy como ayer, las personas tienen sus propias opiniones sobre Jesús. Siguen dándole la misma respuesta que hace dos mil años, aunque

reduciéndolo al reconocimiento de un modelo para los hombres, a un gran profeta o, en el mejor de los casos, a uno de los caminos para llegar a Dios.

Pocos son los que afirman la verdad personal que llevan en si mismos y sólo algunos confiesan abiertamente su fe en Cristo, como Hijo de Dios y Salvador del hombre; como Alguien que ha dado sentido a su vida, a su amor y a su esperanza.

Si bien, es verdad que existe un interés por su persona sabemos, sin embargo, que cada vez más se intenta construir un mundo sin Dios y sin Cristo, tomando al hombre como centro absoluto de la vida y viviendo el hombre como si Dios no existiera. Asistimos a unos signos claros de pérdida de esperanza que se manifiestan a través de formas inquietantes de una «cultura de muerte» y que se hacen visibles, especialmente, en el miedo al futuro, en el vacío interior y en la pérdida del sentido de la vida. Todo esto se hace explícito en las graves crisis de la familia, en el desmoronamiento del concepto mismo de familia, cuando presenciamos la dramática disminución de la natalidad, la falta de vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada, el rechazo a tomar decisiones definitivas en la vida, incluido el matrimonio, el aumento de la soledad, la inestabilidad de las relaciones afectivas y la perversión de los corazones (Juan Pablo II: Exhortación apostólica postsinodal, *Ecclesia in Europa*, 7-8).

III/ Falsos profetas

Cada día, en cada instante, la voz del Señor nos llega a través de las solicitudes que se nos hacen, de los desafíos que se nos presentan, de los gritos de las familias que sufren y que exigen, por nuestra parte, una decisión inmediata.

El hombre no es capaz de vivir sin esperanza: su vida carecería de significado y se volvería insoportable (Ibid 10).

Intentamos dar una respuesta a este anhelo, pero las respuestas son a menudo frágiles y efímeras, lo que permite la aparición en el mundo contemporáneo de falsos profetas que influyen en nuestra manera de pensar: los políticos que representan a los países fuertes y poderosos, los generales que mandan enormes ejércitos, los propietarios de grandes

empresas multinacionales que manejan inmensos capitales y condicionan la vida del mundo; las estrellas del cine o de la música que proclaman la victoria de lo inmediato; los poseedores de inmensas riquezas que exaltan el **tener** por encima del **ser**.

Al negar a Dios, estos falsos profetas identifican la esperanza «*con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, u otras formas de mesianismo, con una felicidad de carácter hedonista fomentada por el consumismo, la búsqueda de fórmulas de espiritualidad esotéricas*” (Ibíd.). Todo lo cual es vano y es incapaz de apagar la sed de felicidad que persiste en el corazón del hombre.

El reconocimiento del «Hijo del Hombre» no es posible en un contexto en el que predominen las apariencias puesto que exige una dimensión espiritual. La apertura a esta dimensión espiritual es una paradoja en nuestro tiempo porque es algo fuerte y débil al mismo tiempo. Por un lado, los hombres se cierran ante lo trascendental, satisfechos con lo cotidiano, con sus necesidades, sus placeres, sus certezas y, sin embargo, se ven confrontados a sus limitaciones bajo la forma de enfermedades, desilusiones afectivas, la muerte..., su seguridad vacila, al tiempo que surgen los signos más o menos visibles de una llamada hacia algo que los supera, hacia una Trascendencia más o menos difusa.

IV/ Denuncia profética

Nadie puede vivir sin perspectivas de futuro, y la Iglesia debe ofrecer al hombre el más valioso de los bienes, el que nadie más puede darle: la fe en Jesucristo, fuente de esperanza que jamás decepciona. En Él y, sólo en Él, se encuentra la salvación (Ac. 4, 12 – Juan Pablo II, Ecclesia in Europa, 11.18.).

En esta reflexión descubrimos la Iglesia construida como una comunidad de profetas, cuya profecía está asociada a su misión de anunciar la Buena Nueva con dos principales preocupaciones: denunciar los tiempos de crisis en que vivimos, y ser testimonio de unos valores en los que creemos al sernos propuestos como estilo de vida.

Gracias a la misión que le ha sido confiada, la Iglesia puede asumir su tarea profética de denunciar los caminos falsos que debilitan la esperanza.

En este contexto, la familia cristiana, con su fidelidad asume, también, el papel de denunciadora profética y de testigo verdadero: este último es un signo de un mundo nuevo que ilumina la sociedad con un rayo de luz, semilla de esperanza. Sólo la familia, concebida como comunión de amor y de vida, humaniza la sociedad. De ella irradia el carácter sagrado de la vida, la dignidad del hombre y de la mujer, igual y diferente a la vez. La fidelidad en el seno de la comunidad familiar es fuente de generosidad y de honestidad en el contexto de la sociedad. Las familias felices son semilla de una sociedad diferente (José Policarpo: conferencia del cardenal Patriarca de Lisboa – 2 de octubre).

V/ El testimonio

La necesidad y la urgencia del testimonio son una condición inherente a cualquier cristiano, desde su bautismo, y procede de su adhesión a Cristo. Pero, son también una exigencia del mundo contemporáneo. Nuestra época experimenta una gran dificultad al verse confrontada con la profecía, especialmente cuando ésta se limita al ámbito de las ideas, de las utopías. La sociedad actual es poco sensible a las teorías, exige demostraciones prácticas a través de testimonios coherentes. Exige que sepamos dar razón de la esperanza que habita en nosotros, a través de nuestras vidas y no solo de nuestras palabras.

Cristo se hace visible en la persona de aquellos que encarnan los valores que corresponden a los anhelos de los hombres y mujeres de hoy y que viven con alegría las Bienaventuranzas. Anuncian a Jesús sin ruido ni ostentación mediante un testimonio tranquilo y alegre.

Entre muchos, no podemos silenciar los nombres de algunos profetas de nuestro tiempo que, a través de su testimonio, han servido de modelo a la sociedad: Juan XXIII, quien mostró al mundo la caridad en la acogida universal, la humildad y la alegría ; la Madre Teresa dedicada al servicio de los más pobres entre los pobres con una entrega total ; el Padre Caffarel quien supo conducir a miles de parejas a descubrir que Cristo camina a su lado en el día a día de su matrimonio y que fue «un profeta de nuestro tiempo», como lo llamó el cardenal Lustiger.

Cuando los cristianos, profetas de su tiempo, anuncian esta realidad, ofrecen una escala de valores y de aspiraciones más profundas; anuncian

nuevos tiempos con la alegría de su esperanza y además nos muestran que ello es posible.

Esta es la invitación que la iglesia nos hace hoy y siempre. Seamos verdaderos profetas anunciando la Buena Nueva de la Salvación, esperando que el Señor nos estimule en esta difícil empresa y la consolide cada vez más. Interpelemos a nuestros semejantes en el torbellino de la vida diaria, seamos la nueva levadura en un mundo de lucha y sufrimiento, seamos también la luz para los que todavía esperan y sueñan, llevemos la esperanza a los que son proclamados bienaventurados (Mt 5, 1-2).

De la misma manera, las parejas cristianas, a través de su testimonio, hacen que Dios esté presente en el mundo contemporáneo cuando viven plenamente su amor conyugal: *“El matrimonio, que ha sido elevado a la dignidad de sacramento, es, por naturaleza, signo de la Alianza y de la Comunión entre Dios y el hombre, entre Cristo y su Iglesia. Así, durante toda su vida, los esposos cristianos reciben la misión de manifestar visiblemente la indefectible alianza de Dios con el mundo»* (Juan Pablo II, *Discurso a los Responsables Regionales de los END, 20 de enero 2003, Vaticano*).

Por esto, pues, la fe cristiana presenta, el matrimonio como una Buena Nueva y de ella deriva la misión de la familia. Esta Iglesia doméstica avanza así hacia el futuro, dispuesta a superar las frases sibilinas del racionalismo que desorientan al hombre contemporáneo. Conociendo la realidad y actuando sobre ella, en alianza con Cristo, anunciamos la fidelidad de nuestro amor asumiendo la calidad de la denuncia profética, semilla de esperanza para un mundo nuevo.

VI/ CRISTO, Fuente de Esperanza

Es el Señor quien nos invita. Demos testimonio sin miedo, dinamizados por el Espíritu, reforzados por la oración, acompañados por la Virgen María.

María que nos repetirá sin cesar: *« Haced lo que él os diga. »* (Jn 2, 5). Aprendamos de ella a estar atentos y disponibles a la acción del Espíritu de Dios.

Al igual que María y, fieles al espíritu profético de nuestro Movimiento, estamos invitados a ser receptores del Espíritu para conocer el verdadero

rostro de Cristo y enseñar a nuestros contemporáneos, con fidelidad y nuevo entusiasmo, a reconocer a Jesús.

Gracias a la revelación del Espíritu Santo, confesamos hoy que para nosotros Jesús es mucho más que **“Juan Bautista, Elías o cualquiera de los profetas”**. Es **“Cristo”**, nuestro Dios, nuestra esperanza, la única fuente capaz de colmar nuestra sed de infinito y nuestra hambre de esperanza, el único Salvador, ayer, hoy y siempre.

Bien sabemos que responder a Cristo equivale a comprometernos, implica hacerle conocer los valores que agitan nuestros corazones y no dar al tiempo un lugar que no le corresponde. Debemos vivir nuestra vida como si fuera el espacio que necesitamos para hacer lo que Él nos pide. Ya hemos comprendido y experimentado que el tiempo es breve y la vida corta para querer hacer otra cosa que no sea tu voluntad, Señor, lo cual será tu gloria y nuestra Salvación.

Señor, a menudo nos llamas y no comprendemos que esta llamada procede de Ti. ¿A qué se debe esta dificultad para escucharte y este esfuerzo para reconocerte? Si entre Tú, que eres « El que es » y nosotros que tanto te amamos, hay tantas dificultades para escucharte y comprenderte, ¿Cómo será posible que los demás puedan conocerte y amarte?

«¿QUIÉN DICEN QUE SOY?»

*Jan y Peter RALTON
SR OCEANIA*

Jesús pregunta: ¿Quién dicen que soy yo? Esta es la primera de dos preguntas.

Esta primera pregunta la hizo al pueblo que se encontraba allí reunido, la segunda, por el contrario va dirigida a sus discípulos, a aquéllos que estaban cerca de Jesús y que lo habían escuchado, que habían visto todo lo que había hecho y que, de cierto modo, estaban comprometidos a seguirlo. Pedro, hablando en nombre de los doce dijo: «Tú eres el Cristo». Una profesión de fe. Sin embargo, Cristo seguía siendo un misterio para ellos.

El pueblo, por una parte, lo constituían todos aquellos que no lo conocían tan íntimamente como los discípulos y los apóstoles, sin duda alguna eran espectadores, que habían visto los milagros y posiblemente habían escuchado las parábolas. Era la multitud que iba y venía. La multitud que se había reunido para escuchar el «sermón de la montaña», la multitud que lo había seguido hasta lugares solitarios para oírlo hablar, la multitud que había sido alimentada milagrosamente, pero que también había dicho: «este es un lenguaje intolerable», por lo cual no lo siguieron por mucho tiempo y, finalmente, la multitud que lo acogió a su entrada a Jerusalén y luego se volvió contra Él, derramó su sangre y luego lo condujo a la cruz.

“El pueblo”, lo componen, también, aquéllos que cambian según las circunstancias – siguen a Cristo cuando está de moda hacerlo pero, luego, se alejan cuando es conveniente hacerlo. A la pregunta: « ¿Quién dicen que soy Yo?...», su respuesta es, que se parece a uno de los primeros profetas. Sin embargo, las respuestas de la multitud, fueron diversas: uno de los antiguos profetas, uno que regresaba, o uno que había resucitado. Esas respuestas traducen alguna profundidad y, al fin y al cabo, la fe en un Cristo, personal y Salvador de todos. ¿Esperaban, ellos, volver al pasado o negaban la realidad del presente? o ¿eran incapaces de abrirse al futuro?- Hoy la multitud es mucho más diversa.

Para este trabajo, el “pueblo” lo hemos dividido en dos grupos básicos: aquéllos que vienen de importantes religiones diferentes al cristianismo, y aquéllos que han tenido alguna experiencia de cristianismo.

En el mundo de hoy, hay muchas personas que no han tenido la oportunidad de encontrar a Cristo a través del Evangelio, como los cristianos actuales, ni de escuchar su sabiduría y su experiencia, su compasión y su amor. Sin embargo, en este mundo pluralista y altamente cambiante, muchos musulmanes, judíos, hindúes, budistas, chiítas, animistas, agnósticos y ateos, han oído hablar de Jesús y han adaptado sus opiniones o sus enseñanzas a su medio, a partir de sus propias perspectivas.

También hay muchos que, al igual que la multitud del Evangelio, han seguido a Cristo por diversos caminos, pero no han creído por mucho tiempo en Él. Hay gentes que han oído hablar de Cristo o que han sido testigos de la fe, de la compasión y del amor de los cristianos pero no han reconocido a Cristo. Hay, también, quienes han sido bautizados, pero no profesaron su fe. Hay otros que han sido bautizados y catequizados, pero no aceptaron a Cristo como el Salvador. Otros, han vivido una vida cristiana, pero se han vuelto indiferentes y aún hostiles a la misma fe. Hay, quienes han estado prestos a abrazar la fe cristiana durante los momentos buenos, pero han sucumbido ante las preocupaciones del mundo y sus atracciones. Otros, finalmente, proclamaron a Cristo como profeta, hombre santo o modelo para los demás, pero sus enseñanzas fueron demasiado exigentes para ellos. Posiblemente, habrán dicho, que existe una fuerza directriz en la creación, un poder que está por encima de todo, pero no reconocieron a un Dios personal.

¿A quién hacemos esa pregunta en el mundo de hoy?

▲ A la luz del deseo de los Equipos de entender el lenguaje de los jóvenes, entrevistamos a un joven de veinte años, que pasó quince años en una escuela católica y cinco en la universidad. Comenzó por explicarnos que la educación recibida le había enseñado a recopilar toda la información posible sobre un tema a fin de poder tomar una decisión, con conocimiento de causa. Todavía está investigando. No cree en todo lo que se le ha enseñado. Cree en un ser superior y tiene una creencia, una necesidad muy grande de desarrollar su propia

espiritualidad pero encuentra que esto es muy difícil dentro de la estructura de la Iglesia. Ve las inconsistencias que se dan entre las enseñanzas de la Iglesia y la vida real de la misma; tanto la jerarquía como sus miembros, no viven conforme a su fe. Siente que el mensaje de Cristo: «amaos los unos a los otros como yo os he amado», es vivido principalmente dentro de un grupo limitado, mientras que la mayoría están marginados o no practican el cristianismo. Probablemente, esta sea la razón por la cual no quiere, en este momento idealista de su vida, formar parte de la Iglesia en la cual recibió su educación religiosa. Continúa buscando en todas partes a Cristo y su mensaje.

Para llevar la pregunta más allá de nuestro propio sistema de pensamiento, decidimos observar tres grupos religiosos importantes que bebieron su fe en la misma fuente. Cristianos, musulmanes y judíos. Por contraste, en el último momento hemos decidido estudiar la tradición budista...

➤ Hicimos la pregunta a una vecina criada y educada en la tradición metodista, dentro de la Iglesia presbiteriana. Se explayó hablándonos sobre su conocimiento acerca de otras denominaciones, cuando la Iglesia metodista se unió a la Iglesia Presbiteriana y a la Iglesia Congregacionista para formar la Iglesia unida de Australia.

Nos parece que ella ha desarrollado un aspecto de Jesús que refleja bien el mundo en el cual vive, lo que se equipara con un conocimiento bíblico profundo. No duda que Jesús es el Hijo de Dios. Aunque cree en la Trinidad, no tiene ningún interés en la relación entre las tres personas. La Inmaculada Concepción de la Virgen María no hace parte de su fe como tampoco la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Con frecuencia insistió en la relación de Jesús con sus padres, el papel que ellos desempeñaron en su desarrollo y la gran responsabilidad derivada de allí.

Para ella es muy importante la resurrección de Cristo, «sin ella no tendríamos salvación. Él murió y luego resucitó». Con frecuencia se pregunta cómo pudo Jesús soportar el hecho de saber que iba a morir a la edad de treinta y tres años. ¿Qué efecto tuvo ese hecho con respecto a su vida? Ella hubiera deseado que Jesús hubiese tenido una familia, pero sentía que Él no podía haber tenido una familia capaz de resistir los últimos tres años de su vida. También la sorprende el papel de Judas; ve

su traición a Jesús como la base de su sufrimiento, de su muerte y de su resurrección. Con un marido en la fase terminal de una enfermedad, en este momento, esas preguntas son muy importantes para ella.

► Un amigo musulmán explicaba que en la tradición islámica, al igual que en las tradiciones judías y cristianas, se llega a la creación del mundo y a la creación de Adán y Eva por Alá. Abraham es reconocido como el padre de la fe. El Corán es el punto culminante de todos los libros anteriores incluyendo el Antiguo y el Nuevo Testamento (Escrituras Hebreas y cristianas). La revelación hecha a Mahoma le fue comunicada por el ángel Gabriel. El Corán es considerado como el libro más importante porque contiene todas las verdades de los libros anteriores. Mahoma es reconocido como un profeta, y Cristo es muy importante porque fue el último profeta nacido en 576 AJC.

Los musulmanes creen que Cristo fue uno de tantos entre una línea de 124 profetas y su mensaje es parecido al de todos los profetas, pero ellos niegan la divinidad de Cristo. Su recuerdo sobre la vida de Cristo varía, con respecto al nuestro, en muchos aspectos. El Corán dice que la madre de María vino al mundo muy tarde y que fue una santa mujer que consagró su hija a Dios. Cuando los ángeles visitaron a María, le anunciaron al Mesías que hablaría a la humanidad desde su cuna. En Belén habló a los Tres Reyes Magos. Jesús también hizo milagros. Cuando necesitó gente para que le ayudaran, los discípulos aceptaron: «Es a Alá a quien vamos a ayudar».

El Corán rechaza la concepción de la Trinidad y rechaza también la crucifixión de Jesús, pero afirma la ascensión. «El hombre que crucificaron se parece a Jesús a quien tomaron por Alá» Dios lo salvó del sufrimiento. Ellos creen también que Cristo volverá en el último día.

► La tradición judía comienza con Dios creador del mundo. Con el fin de comprender su punto de vista, pasamos un día investigando sobre algunos aspectos de los judíos. La nación judía y su fe se remontan a Abraham y a su hijo Isaac quienes llegaron de Israel, de Jordania y de Siria. Dios prometió a Abraham una tierra donde brotarían leche y miel. Aunque en esta historia ellos nunca han sido los dueños del territorio donde habitan, este origen es crucial para comprender su linaje. Para muchos, Israel no podría existir verdaderamente si no hubiese sido fundado por el Mesías.

Preguntamos a un rabino: «¿qué dice el pueblo judío de Jesús?». Respondió que, en su tradición, Jesús era reconocido; sin embargo, nuestro punto de diferencia radica en el hecho que ellos lo ven tan solo como un hombre bueno, un profeta de su tiempo. Aunque el pueblo judío tiene un fuerte sentimiento basado en el hecho de constituir un pueblo, no obstante, está formado por diferentes comunidades. En el siglo XIX algunos de sus miembros desearon actualizar la tradición y allí nació la Reforma. El movimiento ortodoxo permanece fiel a las prácticas corrientes en tiempos de Jesús. El estudio y la comprensión de los 613 preceptos de la Torah son esenciales para la santidad.

► Para obtener el punto de vista de los Budistas, hablamos con nuestra vecina, quien con su marido, son responsables del templo budista. Atravesan el mar todos los años para estudiar las enseñanzas en los templos. En su comunidad son considerados como servidores, hermanos y hermanas y miembros del templo y representantes del grupo. Ella conoce la Biblia porque asistió a una escuela cristiana durante varios años. Su tradición no hace memoria de la creación.

Cree que Cristo fue un gran maestro y filósofo para los pueblos que vivían en el Mediterráneo. Fue como Buda (563 AC) en India y Confucio (551 AC) en la China. Para sus seguidores, Él tenía la necesidad de ser anunciado por todo el mundo porque los lugares estaban aislados. Todos esos hombres eran representantes de Dios. Existe un solo Dios para todos los pueblos, pero los pueblos lo ven de manera diferente y lo encuentran a través de diferentes maestros. Esas filosofías nos enseñan a contar con nuestra propia energía interna. Todos tenemos una realidad enraizada en nuestro interior. Todos tenemos necesidad de aprender a reconocer nuestra propia verdad. Buda decía que «nunca la encontraréis en el exterior sino en el interior».

Cree que en medio de la vida, nuestro trabajo consiste en lograr esa disciplina. Necesitamos construir la armonía en la paz y en la energía internas, y extenderla a nuestras familias, nuestra comunidad, nuestra patria y nuestro mundo. Cuando no buscamos esta verdad interior sino el poder y la fama, el mundo está en peligro. Las respuestas no están en la guerra y el dominio. El mundo necesita líderes como Cristo que comprendan el poder de la armonía.

El evangelio de Marcos transcribe la doble pregunta de Jesús: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?(...) Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» justo antes de anunciar su pasión, su muerte y su resurrección (Mc 8, 27-29), y de vivir la Transfiguración (Mc 9, 2). La respuesta a la doble pregunta se encuentra en las escenas siguientes. Jesús, solamente puede ser comprendido en relación con su muerte, con aquello que lo llevó a esa muerte, al significado de la resurrección y de la gloria que la sucedieron.

“¿Quién decís que soy yo?”

Hoy, el pueblo debe tener la oportunidad de experimentar a Cristo en su totalidad: su encarnación, su nacimiento, su vida, su aprendizaje, su sufrimiento, su muerte, su resurrección y su glorificación. Como Pedro, debemos estar abiertos al don de la fe que nos ha sido dado por el Padre de los cielos, por encima de todo cuestionamiento.

¿Cómo vivir esta experiencia en el mundo de hoy? ¿Cómo tener conciencia de que la fe es un don del Padre y acción del Espíritu Santo?

Nuestros agradecimientos al Hermano Andrew FEWINGS consiliario de la S.R. Oceanía, y a todos los otros creyentes que nos participaron su experiencia de fe.

«¿Quién soy yo?» «Tú eres el Cristo».

Colette y Marin VOISIN
SR France-Luxemburgo-Suiza

Continuamos en San Marcos.

A la pregunta de Jesús « ¿Quién soy yo? » Pedro responde: «**Tú eres el Cristo** ».

Discípulos de Jesús, al igual que Pedro, nos atrevemos a decir: « *Tú eres Cristo* », el Mesías, aquél a quien tantos hombres han oído en esta larga historia de la Biblia.

Hoy, Jesús hace la misma pregunta a cada uno de nosotros: a ti, a mí, a nosotros parejas que lo seguimos.

¿Por qué dos mil años después, los hombres, las mujeres, Colette y Marin en particular pueden asegurar: «*Tú eres el Mesías* »? No obstante, ¿qué sentido le damos a esta afirmación?

I/ ¿Qué importancia reviste para nosotros la Persona de Jesús a quien llamamos Cristo?

Hemos necesitado de la Iglesia, en todas sus dimensiones para ponernos en marcha, para enseñarnos a leer la Biblia, y poder dar un sentido a tantos acontecimientos. La Iglesia, como institución, hoy nos permite acceder a todo esto, pero también el pueblo de Dios, es decir todos los encuentros, los intercambios, las lecturas que hemos podido tener, nos han abierto poco a poco a la fe personal.

No se trata de una palabra fácil de pronunciar, reconocer a Jesús como el Mesías. La lectura de la Biblia evoca el nombre de Dios en cada página, pero mientras más avanzo en mi vida, menos me atrevo a pronunciar su nombre porque:

- no sé lo que digo
- sólo puedo balbucear

Un texto me sugiere más que todos los otros el Ser de Dios y la actitud posible del hombre: el de la zarza ardiendo.

«No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada» Ex. 3, 5

Mira, escucha, detente.

Jesús ha venido. Hombre entre los hombres. Tiene un rostro, una familia, un hogar, amigos, enemigos. Es un judío en una época precisa.

Pero no únicamente eso.

¿Quién es entonces Jesús?

Ora
 Habla con Dios. Le dice Padre
 No rechaza ni juzga a nadie.
 Acoge a quienes se lo piden.
 Escucha
 No tiene donde reposar su cabeza
 Escoge y llama no a los justos sino a los pecadores
 Lloro
 Tiene mucho que pedir a los hombres.
 Nadie es igual a ese hombre

- Habla con autoridad.

Las multitudes lo buscan, lo aclaman, lo siguen.

Los pequeños, los que no tienen títulos, los ignorados, los niños, los desterrados, los proscritos... lo reconocen.

Mt. 7, 29, *«Les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.»*

Mc. 1, 22 *«Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.»*

- Es un hombre libre, nadie lo puede encerrar. Ni su familia, ni sus discípulos, ni los fariseos, ni los saduceos, ni los zelotes.

Libre con relación a la Ley, al Templo, al sabbat.

Libre con relación a las mujeres, a los niños y a los proscritos.

- **Su vida está en perfecta coherencia con lo que predica**, hasta las últimas consecuencias. Ni los escribas, ni los fariseos, ni la autoridad romana encontraron falla alguna en Él.

Pedro es de alguna forma nuestro hermano.

Reconoce en Jesús al Mesías, al bendito de Dios, al Señor de su vida.

Pero no comprende la vocación de Jesús, lo niega, se hunde en el mar porque duda, no comprende qué es lo que significa la resurrección. Pero no fue el único.

María y José tampoco « *Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.*» (Lc. 2, 50):

Ni los discípulos, « *No habían entendido lo de los panes, sino que su mente estaba embotada.*» Mc. 6, 52

Yo quisiera que mi vida se pareciera cada día más a la de Jesús. Nada ni nadie puede igualar a Jesús. Por eso es el Señor de mi vida.

Ahora bien, en mi vida como miembro de los Equipos de Nuestra Señora, corro un gran riesgo. Pensar que, porque: hago oración personal, conyugal, familiar, porque me pongo una regla de vida, hago el Diálogo Conyugal, asisto a un retiro... me siento mejor que los demás. «*¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros...*» Lc. 18, 11. Cristo me pide mucho más que cumplir con esos ritos. Me pide vivir del Espíritu.

Necesito decirme sin descanso: Vive del Espíritu, la vida espiritual es oír : «*la Palabra de Dios* » y cumplirla Lc. 8, 21

Se necesita tiempo y el Espíritu de Jesús para que el Señor realice su camino en mí.

¿Una vida es suficiente? No. Pero Señor, ¿cuándo sabré de qué hablo? Sin duda, jamás, ciertamente. De alguna forma, poco importa. Lo esencial es que Jesús existe, que los otros también crean en El y hagan

de El, el Señor de su vida, y que juntos gracias a la ayuda de los unos y los otros, en Iglesia, nos pongamos en camino con El.

Permanecer como buscadores de Dios. Sólo Jesús conoce a Dios. Mientras más miro a Cristo más Él, el bendito de Dios, el Mesías, su Hijo bien amado, puede penetrar en mi vida.

Soy discípulo de Jesús. Él es Señor y Maestro: El Camino, la Verdad y la Vida.

En Él tengo puesta mi confianza, aunque no entiendo, sobre todo cuando no comprendo nada. Pero ahí, también, hay un camino por recorrer. He necesitado mucho tiempo para confiar plenamente. He tratado mucho de comprender y continué haciéndolo. Al mismo tiempo es el Señor de mi vida porque hay tantas cosas que me superan: misterio de grandeza, de profundidad, de Verdad, de Vida.

No soy ni teólogo ni exegeta, solo puedo contaros mi propia experiencia hoy, experiencia más rica que ayer y, sin duda, menos rica que mañana. He descubierto, he venido descubriendo a Cristo un poco más, cada día.

Al descubrir a Cristo, descubro al Padre: *«Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre(...) El que me ha visto a mí, ha visto al Padre»* Jn.14, 6-9

He decidido aceptar ser conducido al Padre por Cristo.

¿Cristo? Ante todo, una atracción que se convierte en una opción de vida y que yo espero sea una opción para toda la vida. Él le da sentido a mi vida y, año tras año, se vuelve irremplazable. Me gusta mucho esta expresión de Varillon: Cristo me hace descubrir quién es el Hombre y quién es Dios.

Poco a poco, Cristo se convierte en el centro de mi vida.

Como dijo San Pablo a los Corintios: *« Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo »* 1 Co. 11.1

O en el Cantar de los Cantares: *«He buscado al amor de mi alma... cuando encontré el amor de mi alma. Le aprendí y no le soltaré...»*(Ct. 3,1-4)

La afirmación de Cristo en el Evangelio de Juan toma más sentido día tras día como lo repite Colette a toda hora: **«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»** Jn. 14.

Pero aún queda lo más difícil: amar como Cristo ama.

«Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados» (Ef. 4,1) como nos lo recomienda Pablo en la carta a los Efesios.

El Padre J. Guillet hablando de los apóstoles decía: «eran lentos para creer, prontos para deformar, pesados para cargar». Como yo.

Durante mi último retiro descubrí esta expresión en el Evangelio de Juan: «Fijándose en Jesús.....» Jn 1,36. Fijar los ojos en Cristo, no es simplemente mirar, u observar. Fijar los ojos en Cristo es querer parecernos cada día más y más a El.

En un día tenemos miles de oportunidades de fijar los ojos en Cristo: la escucha de la Palabra, la Eucaristía indudablemente, el tiempo de oración, los encuentros con otros, etc.

El Padre Charles de Foucauld decía « Siempre terminamos por parecernos a aquél a quien miramos».

II/ ¿Qué es Cristo en nuestra vida de pareja?

Es difícil explicar 40 años de camino sin proyectar lo que vivimos hoy con respecto al comienzo.

Lo que sí tenemos cierto es que nuestra vida juntos no hubiera sido la misma sin Cristo.

¿Por qué?

Sacramento del matrimonio

Porque sin necesidad de repetir todos los días palabras como alianza o sacramento, desde el comienzo hemos pensado que Dios tenía un lugar en nuestra historia.

El SI del uno al otro, fue también un SI a Dios sin saber a dónde nos llevaría.

El amor que sentíamos, el deseo que teníamos de unir nuestras vidas iba más allá de nuestro simple encuentro. Pero, nuestros enfoques eran diferentes. Para Marin, el matrimonio era algo natural, para Colette la visión era tan idílica que le parecía irrealizable.

Con enfoques de fe tan diferentes, habíamos encontrado de alguna manera el hermano y la hermana de nuestro corazón, y esto era ya un lugar de comunión.

Nuestra vocación: hacer felices a los demás

Dios nos ha hecho un regalo. El otro es mi prójimo más cercano, mi prioridad. Dios me ha confiado a mi esposa, a mi marido. Los acontecimientos, los años, se encargan de hacernos descubrir que el amor verdadero es muy, pero muy difícil (¿imposible?) Solo Cristo nos puede transformar. Paso a paso, el Espíritu nos puede conducir allá, a donde tenemos tanta dificultad para llegar.

Él es quien nos une a pesar de nuestras torpezas, nuestras rudezas, nuestras debilidades, Él es quien nos conduce al perdón y nos da la paz.

La misión de la pareja

Nosotros hacemos lo que es propio de cada pareja. Sin embargo, la pareja Colette y Marin no se parece a ninguna de las que se encuentran aquí, ni viceversa. Cada pareja es única y, esto es maravilloso. Cada uno de nosotros tiene una misión propia, aún si pertenecemos a los ENS, comprometidos, etc.... Sin descanso tenemos que buscar aquello para lo cual fuimos realmente hechos.

Debemos progresar, sin cesar, en la unión y en la comunión para tratar de comprender las actitudes, las palabras, los gestos del otro y, al mismo tiempo, cultivar nuestras diferencias. Querer ser uno y permanecer dos.

Comulgar con lo que el otro es y dejarlo crecer en su vocación personal: participar en la construcción del otro.

Esto que es válido en el plano humano, también es válido en el plano de la fe. Yo necesito de la fe del otro, tan diferente de la mía...

La confianza que he desarrollado en el otro en todos los planos crece poco a poco y no termina jamás.

Me gusta pensar que si Dios es misterio, inmensidad en la cual me pierdo, de cierta manera, el otro también permanecerá allí siendo un misterio, aún si se trata de la persona a quien mejor conozco.

Gracias a la oración, gracias al encuentro con Jesús, me parece que amo, que escucho un poco más a mi marido, a mi mujer.

En las decisiones, los sí, los no, grandes y pequeños, Él ha dado la verdadera dimensión a nuestra vida...

Dios me ha confiado a mi esposo, a mi esposa.

Es Él quien nos impulsa a avanzar un poco más allá y nos enseña día a día a sobreponernos, a continuar adelante cada día.

Es Él quien nos impide ser calculadores y previsores. El nos enseña y siempre está presto a rehacernos, a no dejarnos caer...

A todos los que estamos tan cerca en la fe « miembros de los Equipos de Nuestra Señora » aún tan lejanos viniendo de culturas y de países tan diferentes, tal vez sea aún más comprensible el decirnos: ¡es el Evangelio el que nos hace parecidos, es Cristo quien nos ha unido!

Jesucristo es como « *este tesoro en recipientes de barro* » que llevamos dentro de nosotros (2 Co.4, 7)

Jesucristo, Señor y tesoro de nuestras vidas

Bibliografía

Primera Reunión

- H. Caffarel, *Aux carrefours de l'amour*, Parole et Silence, nueva edición octubre 2001
- G. Florio, *Perchè vivere ?* EdB, Bologna, 1984
- C. Molari, *Un passo al giorno*, Cittadella ed., 1985
- P. Raffaele Sacco, Rcj, in *L'Osservatore Romano*, mayo 2003
- J. Krishnamurti, *La ricerca della felicità*, Fabbri, 1997
- L. Pintor, *Servabo*, Feltrinelli, Milán, 1992.
- Y gracias por las reflexiones e ideas de Raniero La Valle, Marianella García.

Segunda Reunión

- A. Bello, *Sui Sentieri di Isaia*, Ed. La Meridiana, Molfetta, 2001.
- AA.VV., *Conflitti, Violenza, Pace Sfida alle religioni*, Ed. Ancora, Milán, 2001.
- G. Martirani, *Il Drago e l'Agnello*, San Paolo, Milán, 2004
- G. Martirani, *La Danza della Pace*, San Paolo, Milán, 2004.
- R. Panikkar, *Pace e Interculturalità*, Jaca Book, Milán, 2002.
- AA.VV., *Dove è la pace sulla terra*, EMI, Bologna, 2001.

Tercera Reunión

- Piero Stefani, *Sui confini. Tracce di dialogo tra religioni e culture*. Ediciones Paulinas.
- Carmine Di Sante, *Lo straniero nella Bibbia*. Ediciones Città Aperta

- Enzo Bianchi, *Da forestiero. Nella compagnia degli uomini*, Piemme
- Pietro Barcellona, *L'individuo e la comunità*, Ediciones Lavoro

Cuarta Reunión

- Ety Hillesum, *Une vie bouleversée suivi de Lettres de Westerbork*, trad. Philippe Noble, Ed. du Seuil, 1988/1995.
- D.M. Turollo, *Il dramma è Dio – Il divino, la fede, la poesia*, Rizzoli, Milán 1992.
- A. Paoli, *Il sacerdote et la donna*, Marsilio editores, Venecia 2000.

Quinta Reunión

- E. De Luca, *Il contrario di uno*, Pág. 99-100. Feltrinelli, Milán, 2003.
- A y P. Gallo, *Famiglia oggi : quale spazio per la maturazione vocazionale*, en *Collectif – Famiglia oggi e vocazione*, Pág. 110-113. Rogate, Roma, 1990

Sexta Reunión

- END, *Le second souffle*, 1988.
- M. Gómez-Ferrer, *Une voix de femme*, Pág. 83-84. Cerf, París, 2001.

Septima Reunión

- Juan Arias, *Prière nue*, 2^{da} ed. Assise, Cittadella, 1971.
- Francesco Grasselli, *Famiglie e missione*, Bolonia, EMI, 2002.
- Juan-Pablo II, *Homme et femme il les créa, une spiritualité du corps*, Catequesis sobre el amor y la sexualidad, nueva edición en un solo tomo. París, Cerf, 2004.
- Arturo Paoli, *Della mistica discorde : l'impegno come contemplazione*. Molfetta , La Meridiana, 2002.

Octava Reunión

- Myrrha Lot-Borodine, *Perchè l'uomo diventi Dio*, ed. Qiqaiion
- Jean Allemand, *Prier 15 jours avec Henri Caffarel*, Nouvelle Cité, 2002.

